

Orar con el Evangelio

(Domingos A, B y C)

Jesús Martínez García

Jesús Martínez García (Segovia, 1957) es sacerdote, Doctor en Filosofía y Licenciado en Derecho. Se dedica a la pastoral juvenil y a la atención de enfermos en Zaragoza. Ha publicado una docena de libros, entre ellos, *Hablemos de la Fe*, *Dolores y Gozos de San José*, *En la Pasión (allí estabas tú)*, *Las caras de la vida (encuentro con el dolor)*, *¿Quién es Jesús?* y un popular *Devocionario Eucarístico*.

Presentación

Las personas estamos hechas para el diálogo. Necesitamos hablar y expresar nuestros pensamientos y sentimientos, y escuchar a otros para enriquecernos. Cada cual descubre a Dios en la bodega de su intimidad, porque nos habla en lo secreto del alma. La vida humana, desde su comienzo hasta el último día en esta tierra, es una llamada de Dios, y a cada uno corresponde dialogar con Él, escuchándole, respondiéndole con la palabra y con la existencia entera.

El sentido de la vida consiste en ir respondiendo con obras de amor a Aquel que nos ha amado y nos ama. Para esto es necesaria la oración. Aquí tienes, amigo lector, unos comentarios breves a los evangelios de los domingos del ciclo litúrgico (años A, B y C) que pueden ayudarte a conocer algunos aspectos de lo que Dios espera de ti y a sacar consecuencias prácticas.

Todos los días hemos de hablar un rato con Dios, especialmente el domingo, día dedicado al descanso precisamente para poder alabarle mejor y contemplar la obra de la creación, y sobre todo avivar la obra que desarrolla dentro de nosotros. Son comentarios breves, incisivos, que necesitan después un tiempo de silencio para que la oración cuaje en afectos y en propósitos personales.

1 de Adviento

Preparar el corazón

“Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de la casa a qué hora viene el ladrón, estaría en vela y no permitiría que penetrara en la casa” (Mt 24, 42-43)

Es muy plástica la imagen del que está en vela por la noche esperando la llegada de una persona. Lo que se suele hacer en esos casos para que a uno no le venza el sueño es hablar y pasear o pellizcarse. La Iglesia está a la espera del Mesías, que va a llegar, y nos propone estos dos medios: la oración (hablar con Dios y con la Virgen) y la mortificación. En la oración veremos qué hemos de preparar (poner o quitar en nuestra alma), y con la mortificación hacerlo, para que Jesús encuentre bien dispuesto nuestro corazón cuando llegue.

Muchos se preparan, además, con la Novena de la Inmaculada: unos días en los que se mira a María, se habla con Ella, y ante su mirada uno comprende en qué debe mejorar. Ella es quien mejor conoce lo que le gusta a Jesús, y puede decirnos cómo se preparó en aquel primer Adviento desde que el Ángel le reveló que Jesús ya estaba con Ella.

Consideramos a la Virgen estos días como la Inmaculada. Dios la hizo así, concebida sin pecado. Dios se escogió como Madre una persona a la que Él mismo creó perfectamente limpia para ser el sagrario más precioso, pero Ella correspondió a ese don y a esa confianza de Dios siendo pura. La virtud de la pureza es una perfección que hace grato a Dios. Por eso se le apareció el Ángel, por eso le pudo hablar Dios. Sólo los que son limpios de corazón pueden ver y escuchar a Dios en la oración.

Nosotros –que no somos inmaculados– necesitamos purificación: raspar con la penitencia los pecados veniales e imperfecciones, y las malas inclinaciones que han dejado en nuestras facultades los pecados anteriores; hemos de vivir la templanza en el gusto, en el tacto, en la imaginación, en la voluntad, en el desorden de la inteligencia y en nuestros afectos.

Madre nuestra, a Ti acudimos estos días con oración y penitencia; ayúdanos a ser como Tú, para recibir a Jesús como Tú le recibiste.

2 de Adviento

Templanza

“Por aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y decía: «Haced penitencia, pues el reino de los cielos está para llegar»... Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre” (Mt 3, 1-4)

Sorprende la figura recia y austera del Bautista; es toda una imagen de lo que predicaba: que es necesario estar desprendidos de las cosas de la tierra. La vida es un camino que ha de acabar en Dios. Es un camino corto, y lo que importa es acertar a entrar por la puerta estrecha. Quien cifre su felicidad en la comodidad, en el confort, en la falta de sobriedad acabará olvidando que es peregrino que va a la casa del Padre, y no atinará a entrar.

Nos es necesaria la templanza en esta vida para poder entrar en la otra. Los bienes de la tierra son objetivamente buenos como medios, pero subjetivamente pueden convertirse en estorbo, y llenar el corazón de tal manera, que uno esté tan grueso, que le sea imposible entrar por la puerta angosta. En la medida que no utilizamos las cosas como instrumentos sino como fines, se convierten en tiranos y esclavizan.

Se nos pide una templanza habitual, estando desprendidos de las cosas que usamos, viviendo la castidad, la mansedumbre, la sobriedad en muchas facetas: en la comida y en la bebida, en el uso de la televisión y la curiosidad por las noticias, en el deseo de sobresalir, en el afán de lujo, en la preocupación excesiva por el vestido o las diversiones. Quien no es sobrio, es como el deportista que ha comido mucho y no está ágil para hacer deporte. Quien no es templado, no puede escuchar a Dios y le resultará muy difícil hacer lo que debe. En el Adviento resuenan cada año las palabras de Juan el Bautista como un toque de atención, como un aviso para que estemos a lo que tenemos que estar en esta vida y no nos despistemos.

Que no me despiste, Señor; voy a hacer un parón para replantearme cómo estoy viviendo a lo largo del día, porque lo que me interesa realmente es oír tu voz, prepararme para este encuentro de la Navidad, en el que Tú me quieres decir tantas cosas.

3 de Adviento

Apostolado

“¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro? Jesús les respondió: «Id a anunciar a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados»” (Mt 11, 3-5)

Juan Bautista estaba encarcelado y, con buen método pedagógico, envía a sus discípulos a que conozcan a Jesús haciéndole esa pregunta, quizá para que se hagan discípulos suyos (Juan siempre llevando a la gente a Dios). Y Jesús les contesta con una frase que alude a una profecía claramente mesiánica: cuando llegue el Mesías se acabarán todos los males, porque él será el gran libertador.

A la vez, Jesús les expuso de qué liberación se trataba: había venido a salvar de los pecados, de la ignorancia y del sufrimiento. La señal de que uno ha entendido el Reino de Jesús y a él pertenece es que trata de vivir sin pecado, procura conocer la verdad de la revelación y si padece el sufrimiento –como lo padeció Cristo– lo ofrece al Padre para reparar los pecados.

Y existe otra señal clara de que uno ha entendido a Jesús: el apostolado, ayudar a los amigos a que quiten sus pecados (limpiar leprosos), explicarles la doctrina cristiana (evangelizar a los que no la conocen, y por eso son verdaderamente pobres), y tratar de solucionar el sufrimiento ajeno (escuchando, comprendiendo, animando, dedicando tiempo, viviendo la solidaridad). No es verdaderamente cristiano quien se encierra en sus problemas personales y vive al margen de las necesidades ajenas. Los demás nos necesitan; mejor dicho, Dios cuenta con nosotros para ayudar a los demás a solucionar sus problemas humanos, y sobre todo ayudarles a estar cerca de Dios.

¿Qué puedo hacer en estos días próximos a la Navidad? ¿No seré yo acaso la persona con la que Dios cuenta, y que no han de esperar a otro? ¿Hay alguien que necesita de mí? ¿Estoy tan encerrado en mis problemas que no veo los de los demás? ¿Puedo ir a visitar a algún enfermo o a alguien que esté solo? ¿Qué puedo hacer para acercar a alguna persona más a Dios?

4 de Adviento

La vocación de José

“Se le apareció un ángel del Señor y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús»” (Mt 1,20-21)

José Era un hombre justo, bueno, cercano a Dios. Por eso Dios quiso pedirle más. Dios siempre habla con los hombres pidiéndoles su colaboración, para apoyarse en ellos. Así habló con Abrahán, con Moisés o los Profetas. También cuenta con nosotros para realizar sus maravillas entre los hombres, y en nosotros. En el juego divino de la entrega es como si Dios pidiera una mano, y cuando se le ha dado, pide el brazo, y si se le da, pide la vida entera. Dios a quien más ama más le pide, para poderle dar más. Pero esto puede dar miedo.

En toda vocación hay un ángel, alguien que nos habla de parte de Dios con sus palabras o con su ejemplo. Y ante la voz de Dios surge el temor. Porque en la entrega de uno mismo parece que algo se pierde, algo hay que romper. Quizá el amor propio, la propia seguridad, el proyecto personal de futuro. Miedo, además, ante la fuerza y el proyecto de Dios, que nos sobrepasa.

José teme por eso; teme perder a su esposa, a quien más ama, pues intuye que Dios ha hecho obras grandes en ella, y prefiere desaparecer de la escena. Ante lo sobrenatural tiene miedo. Pero el ángel le tranquiliza: le habla de su vocación, del porqué y del para qué de su vida. Tiene que ser San José. Y su misión consiste en cuidar del Mesías y de su Madre.

No hemos de tener miedo a ser santos, si es el mismo Dios quien nos lo plantea. Podemos serlo con la gracia del bautismo, y con la gracia de la vocación particular si la hemos recibido. Lo que se necesita es poner de nuestra parte toda nuestra libertad, nuestras energías, toda nuestra vida; ser fieles.

Cuando yo no entienda los planes divinos, ¿qué he de hacer? Iré a la oración. Y tarde o temprano Dios me enviará un ángel (como a José, como a María recogida en oración, como a Jesús en su oración en el huerto), que también me dirá: No temas.

La Sagrada Familia

Obedecer a Dios

“Cuando se marcharon los magos, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo»” (Mt 2, 13-14)

Es todavía de noche cuando la Sagrada Familia sale de Belén nada menos que hacia el lejano Egipto, pero José está acostumbrado a obedecer a Dios y lo hace con prontitud. José no inquiere sobre las razones que puede tener Dios para ordenar ese viaje, porque Dios siempre sabe más. Obedeciendo a Dios el hombre no se equivoca nunca. Sólo se equivoca cuando el príncipe de la mentira distorsiona la realidad y hace que se vean con aparente claridad cosas que no son verdad. Bendita obediencia que descomplica el alma y hace que el hombre tenga una especial confianza en Dios.

El sacrificio que comporta ponerse en marcha –o lo que sea– cuando Dios lo pide traerá en seguida el gozo. Sin él saberlo, se están cumpliendo las Escrituras sagradas (*de Egipto llamé a mi hijo*). No conoce hasta cuándo tienen que estar allí. De momento está viviendo donde Dios quiere, como Dios quiere, con quien Dios quiere, hasta que Dios quiera. Procurando trabajar y entablar amistades, santificando lo que tiene en esos momentos entre manos. Porque ahí le espera Dios.

Cuando se ama la voluntad de Dios se es muy feliz. La imaginación –movidada por la vanidad– puede sugerir que en otro lugar o con otras personas seríamos más felices o más eficaces. Pero no hay que esperar al día de mañana o a que cambien las circunstancias para servir a Dios. Ahora es cuando Dios nos espera. Entonces se cumplirán las palabras de Dios y estaremos escribiendo una historia humana que será a la vez historia santa (como la Historia Sagrada), en medio de la vida corriente.

¡Cuántas veces, Señor, no entiendo por qué me pasa lo que me pasa, y me cuesta aceptar tu voluntad, cuando en realidad cuentas con todo ese sacrificio mío para que te demuestre mi fe y mi obediencia, y Tú puedas escribir la historia que deseas!

No quiero solamente aceptar lo que me duele, sino que lo amo, porque sé que Tú sabes más y sabes sacar mayores bienes. Confío en Ti.

2 después de Navidad

Dios entre nosotros

“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios... Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le conoció” (Jn 1, 1-10)

En el primer domingo del año la Iglesia desea que volvamos nuestros ojos hacia Aquél que es principio y fin de nuestra vida: Dios; y en concreto contemplemos a Dios entre nosotros, a la Segunda Persona de la Trinidad que es Jesucristo. Él está ahora con el Padre en la eternidad, pero continúa en el mundo, junto a nosotros. Los hombres guardamos los sucesos en fotografías o en películas; son hechos que ya no volverán a ser, porque el tiempo los archiva y sólo los podemos hacer presentes con la memoria. Pero no sucede así con los hechos de Jesús, porque se *archivan* en la eternidad de Dios, en un eterno presente. Jesús se hizo niño, y siempre será Niño, y así le podemos tratar. Jesús se hizo trabajador y así le podemos tratar siempre; se entregó en la Cruz, y le podemos tratar en la Cruz.

Cristo no es un personaje que vivió en la historia y que pasó. Al ser a la vez Dios, sigue entre nosotros de una manera misteriosa, especialmente a través de su Iglesia y de su liturgia, y en nuestra alma en gracia. Está en el mundo, con nosotros está y a veces no le conocemos; no nos damos cuenta y le vemos como un personaje histórico que dista de nosotros veinte siglos. Y él vino para que le conociéramos, para que le habláramos, para ser nuestro guía, nuestro descanso y nuestro consuelo; para ser la verdad de nuestra vida, el camino y la vida de nuestra vida.

Jesús, yo te quiero conocer. Quiero conocer tu vida, tus gestos, tus sentimientos, tu amor por mí y por todos. Quiero mirarte en estos días como Niño recién nacido, estar contigo y hablarte, porque sé que sin Ti la vida no tiene sentido, y contigo –que eres la luz verdadera– todo adquiere su verdadera importancia.

Ayúdame para que aprenda a ver los sucesos y las personas con tus ojos, con sentido de eternidad, con esa serenidad con la que veías las cosas cuando estabas en la tierra, con la serenidad que Tú tienes ahora.

Bautismo del Señor

La Gracia de Dios

“Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto»” (Mt 3, 16-17)

Nuestra relación con Dios ha de ser mucho más que un sentimiento, mucho más que un conocimiento de alguien que vive separado de nosotros. Puede ser –es– algo muy íntima: La gracia que infunde Dios en el alma del que no está en pecado mortal es en nosotros una participación en la naturaleza divina y por ella somos constituidos en hijos de Dios; y así como comienza a estar en nosotros y puede perderse por el pecado grave, también puede aumentar por la recepción de los sacramentos y las obras buenas. Aumentando en nosotros, somos más hijos de Dios, poseemos más divinidad. La gracia no es una simple *relación* de Dios con el hombre, es una donación de algo que nos transforma y diviniza.

Por eso, al comienzo del año la Iglesia pone a nuestra consideración el Bautismo del Señor, porque por ese sacramento comenzamos a ser hijos de Dios. Él tiene sus caminos ocultos para dar la gracia a quienes no han oído hablar de Jesucristo ni de su Iglesia, pero lo ordinario es entrar en comunión con Dios recibiendo este sacramento. Para eso lo ha instituido Jesús: “El que crea y se bautizare será salvo” (Mc 16,16). De esta manera entramos a formar parte de la Iglesia y podemos participar en su liturgia dando culto agradable a Dios.

Gracias, Señor, porque he tenido la inmensa suerte de haber sido bautizado y moras en mi alma en gracia como en un templo. Sin yo saberlo soy un sagrario viviente, algo santo. Gracias, Señor, porque aunque no me dé cuenta tantas veces Tú vives en mí. Perdóname porque a veces no valoro el tesoro más importante que es mi alma en gracia, y me he alejado de Ti. Renuevo ahora las promesas de mi bautismo. Ayúdame con tus gracias concretas para que nunca me separe de Ti y pueda decir que también yo soy un hijo amado del Padre.

2 tiempo ordinario

Quitar el pecado

“Al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29)

¡Qué terrible sería si no tuviéramos el sacramento del perdón, si después de recibir el Bautismo y participar de la vida divina perdiéramos para siempre la amistad con Dios por el pecado mortal! Pero cómo nos conoce Dios y qué bien dispone las cosas para que podamos volver a su amistad perdida! Para eso vino el Verbo a este mundo, para quitar el pecado. Con su entrega en la Cruz mereció la gracia: he aquí el Cordero que quita el pecado del mundo. Pero Dios cuenta con el hombre; Dios sabe que el hombre, que es libre para hacer el mal –por eso mismo– es libre para arrepentirse y pedirle perdón a Él, que es a quien se ofende al pecar.

Hace falta una disposición interior de *conversión* hacia Dios, de *penitencia* y reparación, es necesario *confesar* los pecados al sacerdote y recibir la absolución como elemento esencial de este sacramento; entonces se recibe el *perdón* de Dios y uno se *reconcilia* con Él y con la Iglesia (cf. *Catecismo*, 1423-1424). Todos estos elementos son necesarios por nuestra parte para que Dios pueda darnos su perdón. La salvación depende totalmente de Dios, efectivamente, pero en otro orden, depende totalmente de nosotros. Por eso insiste san Pablo en que nos dejemos reconciliar por Dios (cf. 2 Co 5,20; Rm 5,11).

Señor, Tú me esperas, como el padre de la parábola, y deseas mi dolor de amor cuando me alejo de Ti por el pecado para llenarme de tu gracia. Por eso iré a pedirte perdón en este sacramento, porque pedir perdón es una manera de amar, y yo necesito hacerlo con cierta frecuencia, porque sé que soy como una batería de corta duración.

Aunque por tu misericordia no te ofenda gravemente, iré porque me esperas para demostrarte tu misericordia, y yo necesito demostrarte mi cariño y recibir tu gracia en este encuentro, precisamente a través de este sacramento.

3 tiempo ordinario

La vocación

“Pasando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, su hermano, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: Seguidme, y os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 18-19)

Jesús llamaba a sus apóstoles por sus nombres, a cada uno por el suyo. Porque cada uno era una persona eternamente pensada por Dios y para cada uno tenía Dios prevista una misión. Descubrir la propia vocación divina no es otra cosa que adivinar qué quiere Dios para mí, es decir para qué he nacido.

Pasaron los años y Pedro se convertirá en san Pedro. Jesús le sacará de sus barcas, de sus redes, de su pueblo y de sus cortas ilusiones para embarcarlo en una aventura divina. Pedro no había imaginado nunca que acabaría en Roma predicando, que sería mártir y que construirían una gran basílica que llevaría su nombre. Por sus propias fuerzas no habría podido ser la roca donde se asentara la Iglesia, pero Jesús –que sabía lo que Pedro podría llegar a ser– lo escogió, y él, obedeciendo a Jesús, llegó a ser lo que fue. Y algo semejante sucedió con los demás apóstoles fieles.

También nosotros somos fruto de un querer de Dios. Por eso estamos en el mundo. Y nos ha llamado el Señor para que formemos parte de la Iglesia, unos como sacerdotes, otros como religiosos, otros como fieles laicos, pero todos con ese sentido vocacional y de misión de nuestras vidas. Toda vida es respuesta; y toda la vida es respuesta. Él sabe todo lo que podemos dar; a nosotros lo que nos toca es dejarnos llevar por Él, hacer lo que esté en nuestra mano, ser fieles a nuestra vocación. Es apasionante descubrir este sentido vocacional de la propia existencia y vivir la vida como una aventura divina.

Gracias Señor porque me has llamado, porque entiendo lo que significa mi vida, y porque quieres contar conmigo para pescar a las personas, es decir, para que les ayude a descubrir su vocación y colabore contigo en su santificación. Gracias por la confianza que tienes conmigo. Pídeme, Señor, lo que quieras, y dame tu ayuda para cumplirlo.

4 tiempo ordinario

Las Bienaventuranzas

“Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo” (Mt 5, 11-12)

«Las bienaventuranzas –dice el Catecismo– responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia El, el único que lo puede satisfacer» (n. 1718). Todos queremos ser felices, pero con frecuencia no coincide nuestro modo subjetivo de lograrlo con lo que objetivamente nos hace bienaventurados. La consecuencia de esta equivocación es la desilusión, la amargura, el dolor en el corazón, y la injusticia y el sufrimiento que causamos a los demás. Dios conoce perfectamente los caminos que nos hacen verdaderamente felices y nos los ha comunicado, y son las bienaventuranzas.

Lo primero que hace falta es la humildad, la pobreza de espíritu para obedecer a Dios, siguiendo sus mandatos y consejos. Y viviendo así, con esas actitudes de fondo en el corazón: de mansedumbre, de desprendimiento, de castidad, de misericordia, de dar la paz, de buscar la justicia aunque suponga ir contra corriente; viviendo así se es muy feliz, con esa felicidad que inunda el corazón, aun en medio de la persecución y de la calumnia. Pero hay que dejar nuestras ilusiones y cosas limitadas para capturar al Infinito, hay que dejar todo para ganar el Todo, hay que olvidarse de uno mismo para ganar a Dios.

¡Cuándo me daré cuenta, Señor, de que tengo que renunciar a mis criterios tan humanos y egoístas, que tengo que perder el miedo a lo que vayan a decir y hacer lo que debo, que he poner toda mi confianza en Ti, y sólo en Ti! ¡Cuándo me daré cuenta de que lo único que importa en esta vida es vivir de fe, cumpliendo lo que Tú sugieres, aunque yo no lo entienda ahora; y que sólo Tú eres el que da la felicidad terrena y eterna como premio a esa fe traducida en obras!

¿Pueden decir los demás sobre mí que soy una persona de Dios? ¿Sufro alguna contradicción por hacer lo que Dios desea; es decir, noto en mi vida lo que supone ser cristiano o no me cuesta nada porque vivo según mis gustos?

5 tiempo ordinario

Evangelizar

“Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo” (Mt 5, 15-16)

Muchos cristianos realizan innumerables acciones buenas: en sus casas, en su trabajo, en su barrio, en su país; acciones de carácter público como son las obras asistenciales, de promoción de los necesitados, obras de solidaridad; y muchas otras en su vida ordinaria, callada, que sólo contemplan pocas personas. Indudablemente no hemos de hacer las cosas para que nos alaben, pero es muy bueno que los demás queden edificados al ser testigos del bien hacer. Intentar ocultarlo sería un error; Dios quiere que nuestras buenas obras sean luz para los demás.

Así como otras personas aprovechan la propaganda y los medios de difusión para difundir la duda, el egoísmo, la crítica, en una palabra, el mal; hemos de aprovechar nosotros esos medios para difundir la verdad, los valores cristianos –que son los verdaderos valores humanos– y las iniciativas que ayudan a los hombres. No basta ser buenos, sino que hay que parecerlo, no basta hacer cosas buenas, sino que –si se puede– conviene darlas a conocer. Se pueden crear noticias positivas en la prensa, se puede difundir la vida de personas que son ejemplares, se puede intervenir en debates públicos, se puede intervenir en política: podemos hacer muchas cosas. Jesús advirtió que en ocasiones los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz. Todos podemos influir en el ambiente social, porque toda actuación tiene, de un modo u otro, una dimensión social. La evangelización del mundo tiene muchísimas facetas, y todos podemos influir para bien.

«¿Qué he de hacer, Señor?», preguntó Saulo cuando se encontró con Jesús camino de Damasco. ¿Qué he de hacer yo para que los demás glorifiquen al Padre celestial? ¿Quizá trabajar mejor? ¿Quizá debo complicarme la vida y participar en una iniciativa apostólica? ¿Qué más puedo hacer para difundir la doctrina cristiana?

6 tiempo ordinario

Perdonar las ofensas

“Si al llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y vuelve después para presentar tu ofrenda” (Mt 6, 23-24)

«La omnipotencia de Dios se manifiesta, sobre todo, en el hecho de perdonar y usar de misericordia, porque la manera de demostrar que Dios tiene el poder supremo es perdonar libremente» (*Suma Teológica*, I, q 25, a 3). Por eso, a nosotros nada nos asemeja tanto a Dios como estar siempre dispuestos al perdón. Es, también, donde mejor se manifiesta la grandeza de alma en nuestras relaciones con los demás. Y de la misma manera que Dios está dispuesto a perdonar *todo de todos*, nuestra capacidad de perdón no debe tener límites, ni por la persona, ni por la cualidad de la ofensa, ni por que sea la séptima vez ese día.

Para ejercitar esta muestra de caridad no es necesario que padezcamos grandes injurias; bastan esas cosas pequeñas que ocurren casi todos los días: pequeñas riñas en el hogar por pequeñeces, malas contestaciones o gestos destemplados en el trabajo, al manejar el automóvil, al esperar que nos atiendan,... Si todo eso lo llevamos con categoría humana y sobrenatural -perdonando- es una ofrenda muy agradable a Dios. Sería chocante, en cambio, que intentáramos llevar una vida cristiana y al menor roce se enfriara nuestra caridad y nos sintiéramos separados de alguien. Es *natural* que nos salte el genio o el amor propio, pero ese natural no es bueno; lo natural debería ser que, por haber sabido disculpar y no ser susceptibles, no tuviéramos que perdonar porque no nos sentimos ofendidos. A eso hemos de llegar, así debemos de ser. Jesús no se sintió ofendido por nadie, aunque sufriera malos tratos; advertía del mal, pero no habló mal de nadie ni dejó a ninguno en mal lugar.

Señor, ayúdame a arrancar mi amor propio; dame tu manera de ver a las personas, y entienda que los demás a veces no ven las cosas como las veo yo y no tratan de ofenderme; y aunque así fuera, enséñame a perdonar como Tú lo hiciste en la cruz, disculpando y rezando por los que te crucificaban. Dame, Jesús, un corazón semejante al tuyo.

7 tiempo ordinario

Porque es bueno

“Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia a justos y pecadores” (Mt 5, 43-45)

Fuera de la revelación judeocristiana los hombres han pensado que había que tener contentos a los dioses para que fueran favorables, para que enviaran la lluvia y no el rayo o la desgracia. El Dios de la Biblia, en cambio, no es un Dios vengativo; si castiga a quien se porta mal es para enseñar al hombre –a todos– a ser justo. Jesús nos reveló, además, que Dios es Padre, y a un padre no se le ha de temer. Hay que obedecerle, porque lo que nos manda es para nuestro bien, y también prevé en su providencia el sufrimiento para que volvamos hacia Él y abandonemos la mala conducta. Pero Dios nunca quiere el mal, y mucho menos lo envía. Él nos ha dicho de manera bella que hace llover sobre buenos y malos.

Mientras estamos en la tierra ninguno es perfecto; es más, sólo Dios es bueno. Si Dios fuera justiciero ninguno escaparía de su castigo, no llovería para nadie. Pero Dios no es así; nos conoce perfectamente a cada uno y descubre nuestro lado bueno, a pesar de nuestras deficiencias.

Cuántas veces nosotros amamos a los que nos caen bien, a los que son buenos y, en cambio, rechazamos a los que no nos gusta su modo de actuar, nos causan mal o no pueden aportarnos nada. Dios nos ama no porque seamos buenos, sino porque Él es bueno; y a pesar de todo nos quiere, nos da la vida y todos los demás bienes. Gustad y ved qué bueno es el Señor, nos sugiere la Biblia, porque es eterna su misericordia.

Que yo no me crea mejor que los demás, que no juzgue a nadie porque sólo Tú conoces a fondo el corazón humano. Señor, ayúdame a no dividir a los hombres en buenos y malos. Que no piense mal ni hable mal de nadie. Te pido por los que me han causado algún daño, dándose cuenta o sin saberlo.

8 tiempo ordinario

La providencia divina

“No andéis, por tanto, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué nos vamos a vestir? Por todas esas cosas se afanan los paganos. Bien sabe vuestro Padre Celestial que de todo eso estáis necesitados.” (Mt 6, 31-32)

Cuando Dios creó el mundo, no lo puso en funcionamiento con las leyes que le dio, y se marchó después, dejándolo a la deriva; y mucho menos ha abandonado a los hombres. De un modo discreto y misterioso, Él sigue siendo el señor del mundo y de la historia. No porque esté detrás de cada criatura moviéndola de modo mecánico, ni moviendo a cada hombre a que haga lo que debe, sino de un modo maravilloso.

Lo podemos comprobar en la historia del pueblo de Israel, en la historia reciente de occidente, y si uno se detiene a reflexionar, lo puede comprobar personalmente en su propia historia: ¿qué habría sido de nosotros si el Espíritu Santo no nos hubiera orientado interiormente con sus sugerencias, evitado los peligros, o si no hubiéramos conocido a tales personas que nos han ayudado?

Lo que sucede es que el modo de actuar la providencia divina que gobierna y dirige a las criaturas no es al modo de las criaturas. El azar no existe, todo tiene su razón de ser; sólo existe la casualidad para quienes no conocen las leyes de la naturaleza y para quienes no reconocen la Providencia. Hasta el sufrimiento humano en cada una de sus facetas tiene su sentido; son cosas que, aun no queriéndolas Dios de modo directo, se sirve de ellas para los planes que Él tiene.

Es necesario que, mientras vivimos en este mundo, andemos preocupados por resolver los problemas, pero el fin de nuestras vidas no consiste esencialmente en solucionar los problemas humanos, sino en ser santos, en estar cerca de Dios y en ayudar a los demás a ir al Cielo. ¿Qué me preocupa hoy? Sé que debo poner los medios a mi alcance, pero por encima de todo me abandonaré filialmente en la providencia del Padre celestial y repetiré con el Beato Josemaría Escrivá:

Señor, Dios mío: en tus manos abandono lo pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno.

9 tiempo ordinario

Edificar sobre roca

“El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica es como un hombre necio que edificó su casa sobre arena: Cayó la lluvia, llegaron las riadas, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, y cayó y fue tremenda su ruina” (Mt 7, 26-27)

En nuestra vida tenemos una tarea, una única tarea primordial: la santidad. Se trata de ir como construyendo una casa que permanezca tras el terremoto tremendo que supone la muerte. Tras ese suceso se verá qué es lo que cada uno había estado edificando y cómo lo había hecho. En cuanto al fundamento, ya san Pablo dice que es Cristo (1 Co 3,11). Ser cristiano es vivir con Cristo y vivir como Él vivió. A ese modelo hemos de parecernos. Nuestra libertad son las manos con las que vamos construyendo.

Pero no hay que olvidar que el artista no debo de ser yo, sino el Espíritu Santo, porque la santidad no es algo que uno logre por sus propias fuerzas. El Espíritu Santo está en nosotros y guía suavemente nuestra alma con sus amorosas inspiraciones para que también nosotros realicemos las obras que el Padre celestial desea. En parte, lo que Dios quiere es que hagamos lo que tenemos que hacer: el trabajo bien realizado, pensar en los que nos rodean, etc.; pero también nos sugiere que hagamos cosas que podríamos no hacer o que no haríamos por nuestro gusto, que mejoremos en un aspecto, que vayamos más de prisa en otro, que hablemos de Dios a tal persona, etc.

Obedeciendo al Santificador hacemos lo mejor –con el tiempo se descubre que eso era lo mejor–, pero sobre todo nos estamos santificando porque Él nos santifica. Al final es lo que queda para la vida eterna.

¿Cuándo me daré cuenta, Señor, de que no estoy en la tierra sólo para hacer cosas –aunque sean buenas–, sino para hacer lo que Tú quieres? Que no se trata de construir el edificio a mi gusto, sino al gusto tuyo. ¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!, dime qué deseas que haga para realizarlo, porque tus sugerencias son para mí mandatos.

1 de Cuaresma

La verdadera doctrina

“Y acercándose el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. El respondiendo dijo: Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios” (Mt 4, 3-4)

Para vivir según la Palabra de Dios es necesario escucharla con detenimiento, enterarse de su verdadero sentido y asimilarla en el corazón. Entonces es luz que nos hace ser realistas, con el realismo de Dios, es decir, nos hace entender con las coordenadas de la fe, la esperanza y la caridad. Así acertamos en nuestros juicios y a la hora de actuar. El diablo es un profesional de la tentación y sabe que, quien se mueve sin la orientación del Espíritu Santo que se manifiesta en la doctrina del Magisterio y en los consejos de la dirección espiritual, actuará por intuiciones, por lo que mejor le parece a él –el subjetivismo– o incluso por lo que más le apetece. Y con esos criterios es fácil que el hombre se equivoque, casi sin que le tiente el diablo, llegando incluso a interpretar torcidamente la Escritura santa.

Necesitamos de buenos libros que orienten bien nuestra oración, no cualquier novedad o curiosidad; necesitamos la doctrina de la Iglesia clara, sin opiniones, sin dudas o discusiones; necesitamos conocer las razones serias de por qué la Iglesia enseña tal o cual verdad; necesitamos el Pan de la Palabra sin adulteraciones: el pan, pan, y el vino, vino. ¡Qué alimento tan estupendo la Liturgia de las Horas, los textos de la Liturgia eucarística y de los demás sacramentos! ¡Qué bien nos viene contemplar la Persona y los hechos de Jesucristo en su paso por la tierra! ¡Qué riqueza encierran los escritos de los Santos comentando la Palabra de Dios!

Señor, cuánto nos has hablado, cuántas cosas nos has dicho en la Sagrada Escritura, a través de tu Iglesia y de los escritos de los santos. Quiero ir a beber a esas fuentes, quiero comer de ese pan, de ese alimento que salta hasta la vida eterna y me ayuda a caminar en la verdad, en tu verdad.

El peligro de la rutina

“Y los llevó a ellos solos a un monte alto, y se transfiguró ante ellos, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la luz... Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: Señor, qué bien estamos aquí” (Mt 17, 1-4)

¡Qué bien se está cuando se está con Dios! Sabernos en su compañía llena el alma de gozo. La oración es eso, pero al ir a orar es necesario tener el alma dispuesta, sin manchas de temores o rencores, y mucho menos manchas por estar alejados de Dios. Pero aunque nada de eso hubiere, la oración puede ser costosa por el enemigo de la rutina. La rutina respecto a la oración consiste en no admirarse de estar en la presencia de Dios, sino en considerar sólo lo que de inmediato y externo tiene: su duración, su repetitividad, su dificultad. Los apóstoles estaban con Jesús a todas horas y estaban como acostumbrados a estar con Él, pero en el momento de la transfiguración se dieron más cuenta de que Jesús no era sólo un hombre, sino Dios; y de una manera sensible se percataban de que la Ley y los Profetas –la doctrina y la moral– tenían mucho que ver con Él.

Todo cobra su verdadero sentido en la oración, porque en ella valoramos la cercanía de Dios respecto a nosotros –que no somos dignos de estar en su presencia–, nos conocemos más a nosotros mismos y vemos toda nuestra vida con ese sentido que da la fe. La oración, entonces, no se hace larga, porque es grande nuestro amor.

Que no me acostumbre yo a tratarte, Señor; que considere cada día como una oportunidad única en la que puedo hablar con mi Creador, con mi Redentor, con la Bondad infinita que me mira con infinito cariño y espera mi mirada.

Oh Espíritu Santo, infunde tu amor en nuestros corazones para que no nos acostumbremos a movernos entre las cosas santas –que son los sacramentos–, entre los santos –mis hermanos– y ante el que eres tres veces Santo. Aparta de nosotros la rutina en la piedad, que es como el acta de defunción del alma contemplativa. Auméntanos la Fe, la Esperanza y la Caridad para que te podamos amar más y mejor.

3 de Cuaresma

Remover los corazones

“Entonces le dijo la mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? Pues no se tratan los judíos con los samaritanos.” (Jn 4, 9)

Jesús se acercó a la humanidad y habló con hombres y mujeres, jóvenes y mayores, judíos y paganos. Jesús no marginaba a nadie ni por sus creencias ni por ser de otro pueblo, ni por ser mujer. El había venido a estar con la gente para interesarse por sus cosas, para ayudarles y para que esas personas acabaran interesándose por las cosas de Dios y, mejorando sus vidas, se acercaran a Dios. La samaritana se queda desconcertada, reconoce que su vida no es recta ante la presencia del que acaba por reconocer como Mesías. Verdaderamente debió quedar fascinada por aquel hombre que le hablaba al corazón. Su encuentro con Jesús le hizo mucho bien.

Jesús nos ha enseñado cómo hemos de tratar a todos, incluso a aquellos a los que humanamente nos apetece tratar: hemos de hacerlo siempre con caridad. Por debajo del carácter de cada uno, de sus modales, incluso de sus errores aunque sean graves, hay una bodega donde siempre queda algo de agua pura, como un rastro de la acción creadora de Dios, un poso de bondad, una luz en su conciencia, donde es preciso llegar si queremos ayudarle. Nadie está en este mundo tan corrompido que sea un diablo; cualquiera – aunque haya tenido cinco maridos– puede volver por la contrición hacia Dios. Pero es preciso remover esa fibra de la conciencia, ese agua oculta, y echar en esa bodega el agua purificadora de la gracia de Dios.

Háblame, Señor, y transfórmame, mueve mi alma para que yo también me entusiasme, para que te reconozca como el valor más importante y ponga todo lo demás en su sitio. Quiero ser instrumento tuyo que, lejos de rechazar a nadie, sirva para Tú remuevas los corazones, hagas que se planteen las grandes preguntas y, desde la humildad, te encuentren a Ti, única verdad y único bien que eres capaz de colmar y calmar el corazón humano.

Asombrarse ante Dios

“Dijeron, pues, otra vez al ciego: ¿Tú qué dices de él, puesto que te ha abierto los ojos? Respondió: Que es un profeta. No creyeron los judíos que aquel hombre habiendo sido ciego pudiera haber llegado a ver, incluso llamaron a los padres del que había recibido la vista y les preguntaron” (Jn 9, 17-19)

El universo, al igual que Dios, representa la belleza viva, cuya forma fluctúa constantemente con nuevos encantos. Los cielos estrellados fueron las primeras insinuaciones de la belleza que impregnó el pensamiento de los hombres y de las mujeres primitivos. Apenas tenían bienes materiales, pero poseían la capacidad de la percepción sensorial, que les llevaba al asombro. Durante esas largas noches contemplaban maravillados los movimientos de las estrellas. Debió ser entonces cuando entendieron el significado de la belleza: una insinuación de Dios. A través de las estrellas supieron que Dios estaba ahí y que era más poderoso que ellas porque Él las creó, las ubicó y las puso en movimiento. Por ello, la belleza guió al hombre hacia Dios, como más tarde razonó Tomás de Aquino (Paul Johnson). Y no sólo las estrellas, el mundo natural que observamos a la luz del día nos habla asimismo de Dios. Pero es necesaria una actitud de humilde asombro y la capacidad de contemplación para descubrirlo.

Cuando Jesús hacía saltar las leyes de la naturaleza con sus milagros, la gente sencilla se admiraba de tales prodigios, y no podía por menos de advertir en Él la mano de Dios. Es bello ver a un ciego que recupera la vista; y es bello el mundo que el ciego descubre después de una vida en la noche. Quizá los ciegos tengan una sensibilidad especial para valorar lo que otros ya estamos acostumbrados a ver. Qué pena si ya no nos asombrásemos, porque todo nos puede hablar de Dios.

Señor, que yo no sea ciego ante las maravillas que has hecho y haces ahora; dame sensibilidad para advertir la belleza que Tú has puesto en la creación, y sobre todo en mi alma en gracia. ¡Qué bello es el mundo que has hecho!, haz que no me cierre a tus obras por mi soberbia. Que vea, Señor, con tus ojos la creación, a los demás y a mí mismo. Y sobre todo, hazme contemplativo de Ti, belleza infinita, que sacias sin saciar.

5 de Cuaresma

Dios nos ama

“Entonces María... al verle se postró a sus pies y le dijo: Señor, si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Jesús cuando la vio llorando y que los judíos que la acompañaban también lloraban, se estremeció en su interior, se conmovió... Jesús comenzó a llorar. Decían entonces los judíos: Mirad cómo le amaba” (Jn 11, 32-36)

¿Un Dios que llora?, no puede ser Dios, dirán quienes no tienen fe. Por la misma razón dirán que Dios, ese ser lejano que ellos se imaginan, no puede ser amigo de los hombres. La revelación cristiana es en este punto asombrosa: Jesucristo es Dios hecho hombre. Y como hombre puede ser amigo de sus amigos y llorar por el amigo fallecido. Marta, María y Lázaro, entre otros, eran los amigos de Jesús. Pero no deja de ser impresionante que esa Persona divina tenga amigos y los ame de verdad y les ame tanto. Jesucristo es la gran revelación del amor que Dios tiene a los hombres, que tanto les amó que les envió a Sí mismo, a su Hijo eterno.

Decía Juan Pablo II ante una multitud de jóvenes en Asunción (Uruguay): «Me habéis preguntado cuál es el problema de la humanidad que más me preocupa. Precisamente éste: pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no han descubierto la gran verdad del amor de Dios» (11-VI-87). Este es el problema: que podemos incluso saber que Dios existe y lo que la Iglesia enseña, pero no haber descubierto y comprobado que Dios está entre nosotros porque nosotros somos realmente sus amigos. Nos falta fe para tener esa certeza, y nos falta coraje para tratarle con amor, y hablarle como se habla con el amigo, y llorar con Él ante las desgracias, y alegrarnos con lo que a Él le alegra. ¿Por qué no le confiamos nuestras penas (si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano)? ¿Por qué no nos interesan sus penas?.

Señor, que me buscas y yo me escondo, que te acercas y estoy disipado, que no haces más que darme muestras de afecto, porque todo lo bueno que tengo Tú me lo has dado. ¿Por qué me quieres tanto, Dios mío? No te canses de buscarme, que yo trataré de estar contigo, y dejaré que me hables al corazón.

Domingo de Ramos

¿A qué has venido?

“Pedro insistió: Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré. Todos los discípulos dijeron lo mismo” (Mt 26,35)

Los apóstoles no habían conocido a nadie como Jesús. Estaban entusiasmados y dispuestos a ir con Él a Jerusalén y a morir si hiciera falta. Hoy consideramos la Pasión de Jesús, y entre esos sucesos, el abandono de sus amigos, porque en su idea del Mesías latía una esperanza de triunfo humano, de pertenecer a un reino temporal, y no querían entender que ese reino supusiera renuncia; no sabían que la salvación pasaba por la muerte de uno mismo, y sobre todo por la muerte del Mesías. «Amigo, ¿a qué has venido?», preguntó Jesús a Judas cuando le entregaba, ¿por qué me seguías como discípulo?, ¿acaso porque ibas a ser rico y a triunfar? Y la misma pregunta podía haber hecho Jesús a Pedro o a los demás. ¡Qué lejos estaban entonces de no negar a su Maestro y dar la vida por Él!

También hoy nos pregunta a cada uno que pensemos a qué hemos venido a la Iglesia, por qué le seguimos; ¿acaso porque nos encontramos bien, porque hay reuniones que nos satisfacen, porque así estamos bien vistos? Pues por esas razones humanas, tarde o temprano acabaremos por separarnos de Él. A veces ser cristiano costará, porque hay que dar la cara, porque hay que hacer cosas que no están de moda, porque no están bien vistos los cristianos entregados. El secreto de los mártires –y casi todos aquellos apóstoles luego fueron mártires– consistió en seguir a Jesús sin esperar nada, su entrega fue una renuncia a sí mismos. Ser mártir no se improvisa; hace falta haberse ejercitado al cabo de muchos actos de entrega y de *mortificación*.

Dame, Señor, entender que he de morir contigo a lo mundano, que no he de vivir más que para Ti y para tu gloria, que vale la pena dejarme la vida cada día, aunque algunas veces se haga presente la pena, la Cruz. Que entienda de qué se trata, que yo Te entienda, y sepa –como Tú– que el Padre no abandona a quien se abandona en Él, y que será después, en el cielo, donde reinaremos contigo.

Domingo de Resurrección

Cristo vive

“Se inclinó (Pedro) y vio allí los lienzos caídos, y el sudario que había sido puesto en su cabeza, no caído junto con los lienzos, sino aparte, todavía enrollado, en un sitio. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó” (Jn 20, 5-8)

No le busquéis entre los muertos, porque su tumba abierta está vacía. Jesús ya no está, o por mejor decir, está más presente entre nosotros pero de otra manera. No en el vivo recuerdo, como puede estarlo un ser querido o un político admirado que murió. No, ¡Jesús vive! Pero vive de otra manera: su alma volvió a informar su cuerpo; su cuerpo que es desde ahora glorioso y no está sujeto ya al espacio y al tiempo. Juan vio los lienzos vacíos y caídos: Jesús se había marchado y ¿por qué hueco de los lienzos? Por ninguno.

A Juan le bastó ver los lienzos para darse cuenta de que Jesús había resucitado: había vencido a la muerte no por el hecho de no morir, sino por resucitar. ¡Era verdad lo que había predicho! ¡Y era verdad todo lo que había dicho! Jesús, Señor de la vida y de la muerte había querido padecer todo aquello; había sido Él quien se había entregado, porque, como la semilla de trigo, era necesario morir para dar la vida a los demás.

La resurrección de Jesús había sido un suceso acaecido a una hora determinada y en un lugar concreto (un hecho histórico), pero Jesús había resucitado a *un modo nuevo de ser*, más allá de la historia y del espacio: el cielo no es un lugar físico, una especie de paraíso terrenal. La resurrección demostraba de una vez por todas que Jesús era Dios, y las suyas eran palabras de vida eterna: había que vivir como Él había enseñado; es más, el cristianismo será vivir como ese Hombre y vivir con Él, porque Jesucristo vive.

Quiero asomarme con la imaginación a aquel sepulcro, quiero hacer un acto de fe en el Resucitado y disfrutar, también yo, de la alegría de la nueva Pascua, porque Tú, Señor, vives, y vives conmigo. La muerte –la mía– ya no me da miedo, porque Tú estás conmigo, y porque Tú no sólo puedes resucitar a tus amigos, sino que eres la Resurrección y la Vida. Como Juan aquel día, hoy te digo: ¡creo!

2 de Pascua

Dar paz

“Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros»” (Jn 20, 19-21)

Muchas veces no se valoran los bienes que se poseen hasta que se pierden y se echan en falta. Por ejemplo, no se valora un pañuelo hasta que uno está acatarrado y no lo tiene en ese momento. La paz social y la paz interior es un bien muy grande. Sólo la persona que sufre las consecuencias de la guerra valora y ansía la paz. Evitar la guerra puede no estar en nuestra mano, pero sí el tener paz interior y dar la paz.

«Nada te turbe, nada te espante», porque nada hay que tenga tal importancia que nos pueda quitar este bien. Si lo perdemos, será porque nos hemos quedado en una visión meramente humana, porque «quien a Dios tiene, nada le falta», quien cuenta con Dios las cosas no son exactamente tal y como nos las cuentan o las calibramos nosotros o lo aprecian nuestros sentimientos. Dios sabe todo, y cuenta incluso con lo que nos hace daño.

«Paz y bien» es el saludo entre algunos cristianos. Que ese lema de Navidad no sea un simple deseo, sino que demos realmente a los demás ese clima de confianza, de tranquilidad, de orden, de paz. Está en nuestra mano. «La paz y la guerra empiezan en el hogar. Si de verdad queremos que haya paz en el mundo, empecemos por amarnos unos a otros en el seno de nuestras propias familias. Si queremos sembrar alegría en derredor nuestro, es preciso que toda familia viva feliz» (Teresa de Calcuta).

Si sufrimos o hacemos sufrir, tal vez sea por nuestra culpa. En cambio, *bienaventurados los pacíficos*, los que dan la paz a su alrededor, la seguridad, la certeza, porque también ellos se beneficiarán de este don del Espíritu Santo.

Diré con san Francisco: «Señor, haz de mí un instrumento de tu paz. Que donde haya odio, ponga yo amor; que donde haya ofensa, ponga perdón. Que no busque ser consolado, sino consolar; que no busque ser comprendido, sino comprender; que no busque ser querido, sino amar, porque dando es como se recibe, perdonando es como Tú nos perdonas.»

3 de Pascua

Castidad

“Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo...Ellos le contestaron:... Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel” (Lc 24, 15-21)

Los discípulos de Emaús no reconocían a Jesús porque, en decir de Santo Tomás, Jesús no quería que le reconocieran. Pero además, estaban tan ensimismados con sus problemas que, por su parte, tampoco eran capaces de descubrirle. Hoy Jesús quiere darse a conocer a todos, pero ¿por qué muchos que oyen hablar de Él no le conocen, o tienen una idea tan equivocada? Es que, de igual modo que si no se tienen los ojos limpios no se ve el objeto que está delante, hace falta una buena disposición en el alma para descubrir a Dios, y es la pureza interior.

La castidad supone un esfuerzo, una lucha con uno mismo para no ser egoísta, para no pensar, desear o hacer *lo que pide el cuerpo*; pero el fruto es maravilloso, pues capacita a la persona para ver en los demás *personas*, no objetos, y es como el requisito imprescindible del amor.

Los de Emaús esperaban un liberador de Israel. En el fondo, cada uno pone su amor en aquello en lo que pone su esperanza: ése es su tesoro y a eso aspira. Hay quienes no tienen más esperanza que lo que les puede dar una persona, no alcanzan a más. Otros sólo esperan en lo que les reportan los bienes materiales, incluso lo que pueda dar el cuerpo. Son tristes personas, creadas para el amor, para el amor humano y sobre todo para el amor divino, que sólo se contentan con un trozo de materia, que -además lo tiene comprobado- no puede saciarles.

La vida de los santos ha sido y es apasionante, han desarrollado las inmensas capacidades de sus corazones en amar a Quien se merece todo el amor, y desde Dios han amado a todas las criaturas.

Limpia mis ojos, Señor, para que te pueda ver; limpia mi corazón para que me puedas amar mejor y yo te pueda conocer más.

4 de Pascua

Para qué la libertad

“Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará, y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante” (Jn 10, 9-10)

La libertad del hombre no es pura indeterminación. Sin una orientación, sin un fin que alcanzar, la libertad no podría actuar inteligentemente. Pero, además, como el caminante que quiere llegar a una ciudad necesita de carteles indicadores y, al seguirlos, no pierde la libertad, sino todo lo contrario. El hombre necesita de unas normas para ser libre y seguir siéndolo.

El ejemplo supremo de la libertad humana lo tenemos en Jesús: Él no estaba atado ni por el poder, ni por el placer, ni por el dinero, ni por lo que dijera la gente; no estaba condicionado por nada. Tenía una total libertad de espíritu. Y toda su actuación estaba guiada por un norte claro: hacer la voluntad del Padre. No podía ser de otra manera pues Él era el Hijo eterno del Padre, y lo propio del Hijo es ser igual al Padre, por lo que en cuanto hombre lo propio de Jesús era la obediencia al Padre. El Espíritu Santo mostraba a Jesús la voluntad del Padre y le guiaba. Y ese Espíritu está ahora en nuestra alma en gracia guiándonos. Obedecer a Dios no es perder la libertad, pues *donde está el Espíritu de Cristo allí hay libertad* (2 Co 3,17).

Es necesario entrar en el redil cuya única y necesaria puerta es Cristo. Pensar que fuera de su Iglesia –de su doctrina, de sus sacramentos, de sus mandatos– se logrará mayor libertad es equivocarse, como el hijo pródigo se equivocó al imaginar que sería más libre, más feliz, si se liberaba de las obligaciones de la casa paterna y traspasaba los muros de la finca de su padre. El resultado fue la pérdida de la libertad –pues tuvo que servir a otro– y la esclavitud de sus pasiones.

Señor, que no tenga la locura de liberarme de tus mandatos, de pretender ser libre a mi manera. Que no haya nada que me robe tu amistad; que tu amor me ate a la cruz, a tu yugo, a tu redil. Quiero obedecerte siempre, porque sé que, como Tú, seré verdaderamente libre, con la libertad de los hijos de Dios.

5 de Pascua

Conocer a Jesucristo

“Jesús le dijo: Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?” (Jn 14, 9-10)

¿Tantos años con Él y todavía no conocemos a Jesús? ¿Será, tal vez, que no le hemos conocido bien nunca, que no hemos sabido en realidad quién es y no hemos experimentado su presencia cercana? ¿O es la inmensa capacidad de olvido que tenemos, porque las cosas y los afanes de cada día nos desdibujan al Hombre-Dios-con nosotros?

Necesitamos meditar el evangelio, descubrir a Jesús, mirarle, hablar con Él; y sentirnos mirados y queridos por aquél que vino a estar con los hombres y sigue vivo junto a nosotros. No es un personaje que pasó por la historia y se marchó. Jesús es Dios eterno que ha asumido la naturaleza humana (alma y cuerpo humanos, sentimientos, afectos).

Por ser Dios, el que le ve a Él ve al Padre. Sus palabras y sus gestos son palabras y gestos de Dios. No, no es antropomorfismo, sino que, como verdadero hombre, conoce y quiere como hombre y, siendo cercano, hace más fácil entrar en una amistad de intimidad, de diálogo y de obediencia.

En el tiempo de Pascua hemos de reconocer al resucitado que vive para siempre, junto al Padre y junto a cada uno de los hombres. Ninguna nación tiene sus dioses tan cerca como tiene a Dios la Iglesia. La Iglesia no es otra cosa que la comunión de Dios con los hombres. No sólo es cercanía, sino unión interior: como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, así hemos sido introducidos en la intimidad divina por el Espíritu Santo.

Jesús, que yo te conozca, que te sienta cercano, más íntimo a mí que yo mismo. No dejes que me sienta solo, porque no es verdad, porque Tú vives en el cristiano. Yo en Ti, y Tú en mí. Madre de Dios y Madre nuestra –María–, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre, para que le conozcamos mejor en este mes de mayo y aprendamos a tratarle como tú le trataste en la tierra.

6 de Pascua

El Santificador

“Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor, que esté siempre con vosotros, el espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está en vosotros” (Jn 14, 16-17)

Jesús afirmó que en Él se había cumplido lo profetizado por Isaías: *el Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió* (Lc 4,17). Más adelante dijo que convenía que Él se fuera para que viniera el Espíritu Santo sobre cada uno de los cristianos. En el Bautismo y en la Confirmación somos ungidos, y el Espíritu de Jesús nos eleva y transforma ontológica y existencialmente: nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestro cuerpo; en una palabra: todo nuestro ser humano es divinizado. Por eso, cuando un cristiano desempeña con amor cualquier acción que parece intrascendente, aquello rebosa de la trascendencia de Dios.

«Cristiano, reconoce tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza perteneces y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del Reino de Dios». Con estas palabras de san León Magno comienza la tercera parte del Catecismo que lleva por título “La vida en Cristo”.

La vida del cristiano ha de ser una imitación de la vida de Cristo, viviendo según el Espíritu Santo –que es el Espíritu que moraba en Jesús y le guiaba– y también a nosotros quiere conducirnos. ¡Fuera las obras de la carne!, como dirá san Pablo, fuera el pecado y todo lo que desdice de la nueva condición de hijos de Dios.

Oh Espíritu Santo, purifica mis ojos y mi corazón para que vea las personas y las cosas con fe, y las ame con la caridad que has derramado en mi corazón al haber recibido el sacramento de la Confirmación. Aborrezco todo pecado y quisiera valorarlo como Tú lo valoras, aborrecerlo como Tú lo aborreces.

Dulce Huésped del alma, deseo que vivas a gusto en mí, sin poner obstáculos para que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Quiero lo que Tú quieras.

La Ascensión del Señor

Proselitismo

“Jesús les dijo: Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28, 18-20)

Hay dos modos de ser enviados: o yéndose a otro lugar, o permaneciendo en el mismo sitio pero de otra manera. A todos nos dice el Señor: Id y predicad para hacer cristianos. En la encíclica *Redemptoris missio*, Juan Pablo II insistía en que no basta con el buen ejemplo o en dar criterios cristianos, es necesario convertir a las personas, hacer cristianos.

El proselitismo no es una posibilidad conveniente, sino un mandato de Cristo a cada cristiano. Porque es necesario que las personas crean y se bauticen, es decir, conozcan bien la doctrina cristiana y vivan la radicalidad del evangelio. El proselitismo es también necesario para que el Reino de Cristo crezca y todos los hombres de toda raza, pueblo y barrio alaben a Dios con sus vidas como se debe alabar a Dios. Pero es también una exigencia de la vida cristiana: si no se llega ahí, al corazón de las personas y se les plantea el sentido profundo de sus vidas, el apostolado será algo superficial, que no compromete del todo a quien lo hace.

El gran obstáculo del proselitismo no son las dificultades exteriores: los doce apóstoles al evangelizar no hicieron encuestas, ni un estudio sociológico del ambiente, sino que hablaron de Cristo sin ambages, sin detenerse ante lo que pudieran decir. El gran obstáculo del proselitismo está en uno mismo, y es el miedo a tocar temas comprometidos porque se teme que los demás sabrán que uno practica su religión y cómo piensa sobre los grandes temas. Ese miedo a quedar mal es cobardía y pereza. Triste espectáculo, porque una de las cosas más grandes que podemos hacer en esta vida es acercarnos a los demás a Cristo para que, conociéndole, le sigan.

Señor, perdona mis cobardías y mis perezas. Desde ahora quiero obedecerte y hablar de Ti a las personas que Tú esperas que hable.

El sacramento del perdón

“Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»” (Jn 20, 22-23)

Qué bien nos conoce Dios. Sabe que somos frágiles como el vidrio y que, aunque tenemos buena voluntad, a veces caemos, y si no nos quebramos del todo, sí nos damos golpes y nos descascarillamos. El nos quiere santos e inmaculados en su presencia, pero también hemos de querer nosotros volver, una y otra vez, a recomponernos. Basta que hagamos lo que Él nos dice para que nos pueda hacer santos.

Es un error tremendo pensar que no tenemos arreglo, como si estuviéramos corrompidos del todo, porque Dios sí puede mejorarnos. Pero también es falso que basta con dejar pasar el tiempo para que no nos remuerda la conciencia, como si nos fuéramos recomponiendo nosotros mismos sin necesidad de acudir a Dios.

El sacramento del Perdón es el medio establecido por Dios, y supone varios actos de humildad: reconocer que hemos pecado, pedir perdón a Dios y tener que exteriorizar nuestros pecados al sacerdote. Qué bien nos conoce Dios que pide un acto de humildad al que pecó por soberbia, un acto de obediencia al que le desobedeció. Y quien se acusa contrito y recibe la absolución que da el confesor tiene la seguridad de haber sido perdonado por Dios. Los protestantes, que no creen en el perdón de Dios; sino que Dios no mira los pecados del que cree en Él; ¿pero quién les da esa seguridad? Nosotros tenemos la seguridad del perdón porque Jesús así lo enseñó.

Señor, gracias porque te tomas interés por mí y estás dispuesto a perdonarme las veces que acuda a Ti contrito. Gracias por tus sacerdotes, que entregan su vida para que Tú puedas dar la santidad a tus fieles. Gracias porque siempre que me confieso pecador Tú me renuevas, me limpias, me santificas.

¡Oh Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida, ilumina mi entendimiento para que en mi examen de conciencia vea qué he hecho mal y lo valore como el único y mayor mal que me puede suceder, porque me separa de Ti.

La Santísima Trinidad

La vida divina

“Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16)

Todos tenemos un profundo deseo de no morir, el instinto de supervivencia está como cosido a nuestro ser. Porque hemos nacido para vivir, queremos vivir siempre, tenemos aversión a la muerte. Intuimos que no nos aniquilaremos porque hay acciones que alguien tiene que pagarlas en otro mundo pues en este no se hace justicia completa (tanto las buenas como las malas).

La razón muestra que el alma, al ser espiritual, es inmortal, pero no sabe explicar cómo. La revelación divina enseña que detrás de la muerte seguimos existiendo, bien lejos de Dios (eso es en esencia el infierno), o viviendo la vida divina del mismo Dios. Por eso, para quien muere en gracia, la muerte es ganancia.

En la solemnidad de la Santísima Trinidad contemplamos la vida íntima de Dios. El Dios que es la Vida, se desborda y da la vida. Nos ha hecho el gran don de la vida humana y el otro gran don de la vida sobrenatural: podemos ya en esta tierra participar de su misma vida. Para eso envió Dios a su Hijo al mundo para que, dando su vida como el grano de trigo, su misma vida divina pasara a los granos de la espiga que somos los cristianos.

El cristiano queda divinizado por la gracia. Dios está entonces habitándole –en alma y cuerpo– como en un templo. Dios en nosotros y nosotros en Dios, ¿cómo vamos a morir entonces, si Dios es la vida de nuestra vida? Es verdad que la muerte será un hecho, pero no será otra cosa que un parpadeo por el cual pasaremos a gozar, ya sin estorbos, de Dios cara a cara. Pero mientras vivimos aquí, lo que se nos pide es creer.

Creo todo lo que nos has dicho. Creo aunque mis ojos no te ven y aunque a veces se me nubla el sentimiento. Creo que sois Tres Personas distintas –Padre, Hijo y Espíritu Santo– en una única Esencia. Gracias porque nos enviaste al Hijo para que nos introdujera en tu misma intimidad. Gracias porque sé que no estoy nunca sólo, porque estás en el fondo de mi alma; gracias porque me has dicho que quieres vivir conmigo tu vida eterna.

Corpus Christi

La unión del amor

“Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56)

Palabras de Jesús profundas, palabras sorprendentes, que algunos no aceptaron y les alejaron de él. Palabras impresionantes para quienes creen. Pero no son sólo palabras, no son sólo promesas que se lleva el viento. Jesús promete y hace. La Eucaristía es la realidad. Ahí, en esas dimensiones, rugosidad y dureza de lo que parece pan, y en la liquidez, color y olor de lo que parece vino está Él, Dios escondido, para alimento del que camina en la tierra hacia el cielo. Y de igual modo que si no se come ni se bebe, se desfallece y se puede morir de inanición, si no tomamos este alimento de la Eucaristía la vida espiritual languidece, si es que no está muerta.

Es el amor lo que le ha llevado a Dios a hacerse un trozo de cosa para que podamos comerle. Y es el amor lo que lleva a estar con Él y a comulgar. Te comería a besos, dice la madre al chiquitín, porque el amor lleva a la unión, incluso física; desea ser uno en el otro. Y lo que el amor humano es incapaz de realizar, Dios sí lo ha hecho a través de un prodigio: poder comer su carne, beber su sangre. Cuerpo con cuerpo, alma con alma. Mayor unión que la unión (comunión) sacramental no se puede dar entre dos personas.

Sólo quien entienda de amor comprenderá qué significa esto, pues no son maneras de hablar. Son duras estas palabras, pero quien las entienda descubrirá cuánto nos ama Jesús y lo que espera de cada uno: amor.

Diré con el apóstol Pedro, que he creído y, por eso, he conocido la gran verdad que Cristo enseñó al mundo: cuánto nos quiere Dios. Reconozco que estás en la Eucaristía, te adoro, quiero recibirte cada vez con mayor pureza, humildad y devoción para ser digno de Ti, para que te encuentres a gusto.

Madre mía Inmaculada, Angel de mi Guarda, ayudadme a no distraerme cuando esté conmigo el Amor de mi alma durante esos minutos en que permanece en mí –mientras duran las especies sacramentales– después de comulgar.

10 tiempo ordinario

Médico divino

“Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?» Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa *misericordia quiero y no sacrificios*»” (Mt 9, 11-12)

El buen médico de cabecera está siempre disponible a cualquier hora, durante el tiempo que haga falta. Cuando está ante el enfermo le mira con misericordia porque, de alguna manera, hace suyo su dolor, y no piensa sino en cómo remediar su dolencia. El enfermo se confía en él, el médico es su apoyo, y a veces su única esperanza. Dios nos mira como el médico que desea curar a los hombres enfermos por el pecado, nos mira con ojos de inmensa misericordia. ¿Qué sería de nosotros si nos viera de otra manera, con justicia a secas? Ha venido a llamar a todos, pues todos somos pecadores, aunque sólo puede curar a los que se reconocen así.

El Señor nos pide que tratemos a los demás con misericordia, que les miremos con esos ojos de madre que no se quedan en constatar los defectos, sino también sus virtudes y el modo de ayudarles. Hablaremos siempre bien de los demás si pensamos bien de ellos, si por encima de sus errores sabemos ver a la persona, a la persona que tanto vale y que quizá sufre.

Si cualquier noticia o acontecimiento suele ser un asunto complejo, ¿qué será la persona, detrás de la cual hay toda una historia y una psicología? No se puede simplificar en una rápida consideración. Si alguien hace algo mal y nosotros podemos ayudarle, habrá que ver cómo hacerlo, pero sin tratar mal. Sería una incongruencia que una persona que reza tratara mal a los demás. Precisamente el trato con Dios nos tiene que ir asemejando cada vez más a Él.

Jesús, Médico divino que has venido a curarnos, ayúdanos precisamente a cerrar esta terrible herida que nos lleva a juzgar precipitadamente, y por la que tendemos a ver el aspecto negativo de los demás y, en cambio, ante nuestros errores tendemos inmediatamente a justificarlos con indulgentes razones. María, Madre de Misericordia, danos tus ojos misericordiosos.

11 tiempo ordinario

Darse gratis

“Id y predicad diciendo que el reino de los cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis” (Mt 10, 7-8)

Jesús fue por delante, y por eso podía exigir a sus discípulos aquello que él practicaba. Su vida fue una entrega sin regateos y sin sacar provecho personal. Jesús se dejó la vida, incluso se entregó a la muerte sólo por nuestro bien. No tiene sentido guardar el dinero para mirarlo y no usarlo nunca, porque el dinero es un medio, no un fin. No tiene sentido reservarse el propio tiempo, las fuerzas o cosas para un hipotético mañana para gastarla cuando llegue ese día.

El egoísmo se agota en sí mismo; la vida no tiene sentido sin entrega, sin el don de sí mismo. La entrega es compartir, es apertura, es enriquecerse. Si todo lo que tenemos lo hemos recibido, ¿para que se nos dio? Nuestra vida es la gran oportunidad de poder hacer algo, justamente hacer algo con ella, no es para guardarla.

Es propio de la juventud el darse sin pedir nada a cambio, la solidaridad, la ayuda, hacer todo lo que se pueda. El corazón joven no calcula, no tiene resabios de experiencias negativas, como si estuviera de vuelta, como si no valiera la pena comprometerse, como si lo importante fuera no gastarse. La juventud de espíritu no depende de la edad, sino de las arrugas que se tienen en el corazón; es joven quien tiene el corazón limpio, desprendido de las cosas, generoso.

Los santos y las santas han sido y serán siempre jóvenes, porque gastan su vida en lo que realmente vale la pena, que es el servicio de Dios y el servicio a los demás. Han entendido que el mandato del Señor de hacer todo el bien que se pueda, sin esperar gratificación, es lo que llena el corazón y lo que le hace estar siempre joven.

Dame, Señor, un corazón de carne capaz de amar, de entregarse sin esperar nada; quítame el corazón de piedra, insensible a tus sugerencias y a las necesidades de mis hermanos. Jesús, que nunca fuiste insensible al dolor ajeno, dame un corazón semejante al Tuyo, para que ya no viva sino para Ti y los demás.

12 tiempo ordinario

Lo que aparta de Dios

“No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed sobre todo al que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt 10,28)

Nadie nos pidió permiso para ponernos en la existencia, ni nos preguntó que siendo personas tuviéramos brazos y cabeza, ni que tuviéramos que ganarnos la vida con esfuerzo. La vida es como es, y nosotros somos como somos: nos guste o no nos guste, nuestras acciones tienen una dimensión moral: o hacemos el bien o hacemos el mal.

Y «es pecado mortal lo que tiene como objeto una materia grave y que, además, es cometido con pleno conocimiento y deliberado consentimiento» (*Catecismo*, 1857). «El pecado mortal es una posibilidad radical de la libertad humana contra el amor. Entraña la pérdida de la caridad y la privación de la gracia santificante, es decir, del estado de gracia. Si no es eliminado por el arrepentimiento y el perdón de Dios, causa la exclusión del Reino de Cristo y la muerte eterna del infierno; de modo que nuestra libertad tiene poder de hacer elecciones para siempre, sin retorno. Sin embargo, aunque podamos juzgar que un acto es en sí una falta grave, el juicio sobre las personas debemos confiarlo a la justicia y a la misericordia de Dios» (*Catecismo*, 1861).

Importa mucho que vivamos en la verdad y no engañarnos en tema tan capital. Existe un secreto deseo en quien peca de que no haya castigo, pero una cosa es eso y otra creérselo, autoengañarse, porque la realidad es como es y ese razonamiento sería como un suicidio. El diablo miente presentando el lado bueno que aparenta el mal; podemos caer en la tentación, pero nunca caer en el engaño más grande del diablo: creer que él no existe o que se puede cometer el mal impunemente, es decir, que no existe el castigo eterno para el pecado.

Dame, Señor, el santo temor, que es el inicio de la sabiduría; el temor a quien me puede apartar de Ti. Auméntame la humildad y el conocimiento propio para que me tenga miedo, porque me conozco y puedo ofenderte. Sé que no he de temer a nadie ni a nada, pero sí a aquel que puede llevar mi alma al infierno. Aparta, Señor, de mí lo que me aparte de Ti.

13 tiempo ordinario

Desprendimiento del corazón

“El que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la encontrará” (Mt 10, 37-39)

«Debemos con plena conciencia *ejercitar el espíritu de renuncia*. A causa de una desenfrenada avidez de goce, el hombre puede destruirse a sí mismo y destruir su ambiente. ¡Aspirad a un estilo de vida sencilla! Haced que vuestra riqueza y vuestro bienestar se conviertan en una bendición para los otros, *compartiéndolos* con quienes están en necesidad. Podéis estar seguros: Dios recompensará con exceso vuestras renunciaciones» (Juan Pablo II, 8-IX-85).

Esa actitud de desprendimiento del corazón es fundamental para poder decir que sí a Dios cuando nos pida algo que nos pueda costar más: la salud, la entrega de un familiar, o la propia vida. ¿Por qué la queja a Dios –incluso la rabia– ante lo que cuesta, ante una desgracia o la vocación de un hijo? Porque hay algo que no va bien en ese corazón: avidez de posesión, amor desordenado o un apego que no es recto. A veces no entendemos porque no estamos dispuestos a entender, sufrimos y hacemos sufrir porque no queremos aceptar la voluntad de Dios, porque en el fondo no tenemos buena voluntad.

No debemos olvidar que Dios ha de ser el Señor de nuestra vida, y que debiera hacerse su voluntad así en la tierra como se hace en el cielo. Jesús mismo lo demostró con su obediencia al Padre hasta la muerte, aunque ello supusiera un gran dolor para su Madre. La resistencia a lo que Dios quiere nos hace sufrir. Dios no disfruta viéndonos sufrir, nos quiere bien, desea lo mejor para nosotros. Y lo que más desea es que nuestro corazón sea bueno, recto.

¿Cuándo aprenderé que Tú me quieres bien, mejor que yo mismo y que lo que me parece malo en cierto momento no es sino la medicina para curar las heridas de mi corazón? Te diré con san Agustín, pídemelo lo que quieras, y dame tu gracia para poder cumplirlo. Estoy dispuesto a coger la cruz, a perder la vida para que se haga en mí según tu palabra.

14 tiempo ordinario

Cansados y agobiados

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviare. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso” (Mt 11,28-29)

Hay que diferenciar el cansancio físico y tener la cabeza ocupada para intentar resolver los problemas, del hecho de estar enfadados o cargados porque nos apoyamos sólo en nosotros mismos. Hemos de contar con Jesús para descansar. Es cambiar de yugo: dejar el nuestro -nuestras preocupaciones, los motivos humanos- y hacerlo con Él y por Él, ofreciéndolo por la Iglesia, por las vocaciones, cargando, como decía san Pablo con el peso de todas las iglesias. Esto no quita que estemos cansados físicamente, pero no estará agotado el fondo de nuestro ser, porque lo que más agota es pensar en uno mismo. «Cualquier otra carga, decía san Agustín, te oprime y abrumba, mas la carga de Cristo te alivia el peso. Cualquier otra carga tiene peso, pero la de Cristo tiene alas. Si a un pájaro le quitas las alas parece que le alivias el peso, pero cuanto más le quites este peso, tanto más le atas a la tierra. Ves en el suelo al que quisiste aliviar de un peso; restitúyete el peso de sus alas y verás cómo vuela» (*Sermón 126*)

Se trata de adquirir la costumbre de ir a la oración y contarle al Señor lo que nos pasa. «¿A quién contaré mis penas, mi lindo amor?, ¿a quién contaré mis penas, sino a vos?», que decía el clásico. Entenderemos que los problemas no se solucionan por estar más preocupados por ellos, o por dedicarles más tiempo, incluso robándolo a las normas de piedad o al que debemos a los demás, y que lo que realmente es importante es tener una actitud interior de calma y confianza en Dios, de mansedumbre y humildad. Hay que intentar resolver los asuntos, pero hemos de convencernos de que si no llegamos o no se resuelven, eso no es lo más importante, sino nosotros mismos y los demás. Entonces se disipan los dilemas.

Acepto ahora el peso que llevo y quiero contar contigo para que, entre los dos, lo llevemos. Ayúdame para que nada me turbe, nada me espante; porque si Tú vas conmigo, tu vara y tu cayado me sosiegan. Recuérdame, Señor, que vaya a Ti una y otra vez.

15 tiempo ordinario

La tibieza

“Salió el sembrador a sembrar... Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio fruto: unos, ciento; otros, sesenta; otros treinta” (Mt 13, 3-8)

La tierra era la misma, la semilla la misma, el riego el mismo, ¿y por qué una dio cien y otra sesenta o treinta? La causa estaba en la disposición de la tierra. La tibieza es una enfermedad del alma por la que el corazón se vuelve tardo para las cosas de Dios, y en vez de darse del todo, se conforma con ir tirando, con cumplir, porque no se tiene puesto en Dios y en su servicio, sino en uno mismo: uno se ilusiona con sus cosas y está pronto para lo suyo; en cambio, el cumplimiento del deber se vuelve enojoso, se hace lo mínimo para no llamar la atención, y se vuelve un cumplimiento externo, vacío. El resultado es la falta de fruto: la falta de fraternidad y de afán apostólico, y en el interior, un poso de tristeza, que contrasta con la alegría que se tuvo en las horas de mayor entrega.

Triste cuadro para quien está llamado a que la vida divina circule por sus venas, para quien ha gustado el amor de Dios. Es una pena que la voz de Dios no dé fruto en tanta gente porque los cuidados del mundo incapacitan escucharla, pero más lamentable es todavía que quien, habiendo entendido a Dios, se aleje de Él por tonterías, que al final –y en medio– no sacian. Tantos y tantas esclavos de la frivolidad, que no se deciden a entregarse del todo, a romper con pequeños hilos que les atan a la tierra. Porque no es sólo su felicidad, sino que ¡dependen tantas cosas, tantas almas de su fidelidad!

¿Puedo decir con verdad que estoy contento? ¿Hay algo que me pide Dios y yo me resisto a darle? ¿Podría pedirme Dios algo más? ¿Qué frutos he dado desde hace un año? ¿Mi vida está sirviendo a Dios? ¿Donde tengo el corazón?

Señor, quiero arrancar con el dolor y la penitencia esos lazos que me ha tendido el diablo, quiero ofrecerte a Ti del todo. Voy a poner los medios decididamente para que Tú seas la vida de mi vida, el norte y el impulso de mi corazón, para que puedas recoger todo lo que esperas de mí.

16 tiempo ordinario

Tolerancia

“Los criados le preguntaron: ¿Quieres que vayamos a arrancarla? Pero él respondió: No, pues al arrancar la cizaña podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega” (Mt 13, 28-30)

La palabra tolerancia indica por sí misma que estamos ante un mal. El bien no se tolera, se defiende, se abraza, se promociona. Toleramos el ruido que hace un niño o los apretujones en el autobús o las excentricidades de un político. Si lo soportamos es porque evitarlo o suprimirlo nos causaría más mal que bien. Pero tolerancia no significa aprobar. Dios tolera el mal en el mundo y no hace llover fuego y azufre sobre el que se porta mal; por eso no es un motivo para no pecar el temor al castigo divino en esta vida. Dios no es vengativo ni castiga en ese sentido. Dios espera, cuenta con el tiempo para que el que hace el mal se arrepienta. Aunque cuando llega la hora de la siega, que es la muerte, cada uno es responsable de sus actos y recibirá el premio merecido. La vida no se puede vivir como un juego, como que si se pudiera pecar pensando que Dios no se entera, o que al pecar no pasa nada. Entre otras cosas porque no sabemos cuando vamos a morir.

También la Iglesia tolera el mal, incluso dentro de sus fieles, pero no deja de hablar al corazón de las personas para que se conviertan. Más que tomar medidas coercitivas para arrancar el mal de las personas, hay que dar luz, convencer, de modo semejante a como actúan los productos que se echan en las plantas para que reaccionen. Porque tolerar el mal no es aprobarlo, es necesario hacérselo ver a quien lo comete y uno mismo no acostumbrarse. ¡Podemos hacer tanto bien! Pero el camino no es echar en cara los errores como producto del enojo, ni la crítica que no ayuda. La prudencia lleva a decir las cosas en el lugar y momento oportuno, y siempre con caridad.

Que no me acostumbre a ver el pecado, como si fuera una simple incorrección, como si fuera algo normal; que lo valore como Tú lo valoras y me duela por Ti y por esas personas. Pero que no sea mi amor propio herido el que me lleve a corregir de modo destemplado. Te pido perdón por los pecados que veo en los demás y en mí; dame fortaleza y paciencia para corregirlos.

17 tiempo ordinario

El tesoro

“El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo” (Mt 13,44)

Quien cava en tierra puede no querer profundizar por si acaso encuentra algo que le compromete; puede ser que, al cavar, la azada tropiece con un objeto metálico y, para evitar que se melle su azada, se eche tierra encima porque valore uno más su azada que lo que pueda descubrir. Puede ser que resulte lo que se dice en la parábola, que al advertir que hay un tesoro, se descubra, se venda todo para comprar el campo y, una vez adquirido, se disfrute. La vocación divina es el gran tesoro que Dios tiene escondido para cada uno desde antes de que uno nazca, y Él cuenta con las circunstancias y las personas para que en un momento concreto se atisbe ese querer de Dios. Puede ser que por falta de oración y madurez personal no se quiera llegar hasta ese grado de entrega, no sea que se comprometan su comodidad y sus caprichos.

Qué pena si alguien ve con claridad lo que Dios le pide, pero prefiere disfrutar de su libertad –de su azada– para seguir viviendo como desea y se eche tierra al asunto. Sólo quien vive la experiencia de la correspondencia a la vocación sabe que es algo maravilloso. Porque aunque parezca que la renuncia al propio proyecto para vivir la aventura que Dios tiene prevista quita la libertad, no es así, sino todo lo contrario, porque no hay mejor proyecto de vida personal que el que pueda haber pensado Dios.

En cierto sentido Dios conoce el tesoro que todos llevamos dentro –poder ser hijos suyos–, y ha vendido cuanto tenía para compra ese campo. San Pablo dice que hemos sido comprados a gran precio: toda la sangre de Cristo (1 Co 6,20).

Que yo entienda, Señor, todos los días de mi vida, que la vocación a la que he sido llamado es mi gran tesoro, lo más grande que me ha podido pasar, y que seguirla y ser fiel es lo que me va a hacer feliz, aunque para eso tenga que pasarme la vida trabajando –cavando– en lo que Tú me pides.

18 tiempo ordinario

Bendecir al Señor

“Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos” (Mt 14, 19-20)

La sagrada escritura, especialmente los salmos, está llena del espíritu berakático. La bendición *-beraká-*, traducida por la versión de los LXX por *eulogia*, es una actitud amplia de alabanza que implica capacidad de admirar, de maravillarse, contemplar, adorar, olvidarse de sí mismo, dirigiéndose a Aquel que ha realizado maravillas, de quien proceden los beneficios que recibimos. También incluye el dar gracias (y por eso *beraká* se tradujo después como *eucaristía*), pero el espíritu de la bendición ascendente implica más alabar que dar gracias. Ese espíritu de alabanza y glorificación a Dios entró de lleno en la vida ordinaria y litúrgica de Israel e impregnaba toda la vida.

De ahí que Jesús bendijera en alta voz al Padre en diversas ocasiones: al regreso de los 72 discípulos, en la multiplicación de los panes y de los peces, antes de resucitar a Lázaro, y especialmente antes de instituir la Eucaristía, pues la Cena pascual de los judíos estaba impregnada de este sentido, y en concreto se hacía una bendición especial antes de comer el cordero y otra sobre la copa por las maravillas que hizo con su pueblo. La Eucaristía fue instituida en este contexto de una gozosa alabanza-gratitud al Padre. Y en ese movimiento ascensional, Cristo entregó su Cuerpo y su Sangre, se entregó a Sí mismo como sacrificio y alimento, alabando y agradeciendo al Padre.

También nosotros te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, porque sólo Tú eres grande, sólo Tú, Señor, y porque has hecho las maravillas de la historia de la salvación, y nos has dejado tus sacramentos, nos has dejado a tu Madre.

Hoy procuraré unirme a la Iglesia que alaba con Cristo al Padre; bendeciré a Dios por todo el bien que me ha hecho, por haberme hecho cristiano y dado la posibilidad de participar en esta alabanza común de la Iglesia. Y lo haré especialmente en el momento de la Consagración, unido a Cristo.

19 tiempo ordinario

Fe

“Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: Señor, sálvame” (Mt 14, 29-30)

Fiarse de otra persona supone poner el centro de gravedad de nuestra certeza en ella. La fe supone tener certeza porque se apoya en la palabra ajena. El cristiano que vive de la fe vive por encima de las noticias y de los estados de ánimo; vive por encima de sus posibilidades, porque es capaz de realizar empresas que por sí mismo no se hubiera atrevido a emprender, y que incluso realmente le sobrepasaban. La correspondencia a la vocación es un continuo acto de fe; también el apostolado es un ejercicio de la fe en que Dios puede cambiar los corazones a través de nuestras palabras y nuestro esfuerzo. Quien vive de fe vive por encima de sus posibilidades, como el que camina sobre el agua.

Pero puede entrarle el miedo al hombre de fe, ante la fuerza del ambiente, de los ejemplos desedificantes o simplemente porque cuesta hacer un día y otro lo que Dios nos pide, y no acabemos de ver los frutos. En ese momento en que uno empieza a poner su confianza en sus propias fuerzas, empieza a hundirse; cuando el centro de gravedad ya no está en Dios sino en la visión humana, todo se vuelve sin sentido, ridículo a los ojos de los hombres. Es la hora de decir, como Pedro, ¡Señor, sálvame!, ¡Señor, no me dejes solo, que no pierda el sentido sobrenatural!

Auméntanos la fe y la esperanza, Señor. La fe en la seguridad de tu palabra, la esperanza de que tu omnipotencia es capaz de apoyar todo. Que si yo quiero (porque Tú quieres) nada se tambaleará, aunque se amotinen las gentes y todo un ejército acampe a nuestro alrededor (cf. Salmo 2). Que entienda, sobre todo en el momento de la duda o el miedo, que aunque yo sólo no pueda hacer lo que Tú me pides, contigo sí puedo; y si en otras ocasiones he caminado sobre las aguas o sobre carbones encendidos, no se ha abreviado la mano del Señor (cf. Is 59,1). Dios no abandona nunca a quien se fía en su palabra; si uno empieza a hundirse es por su falta de confianza en Dios.

20 tiempo ordinario

El silencio de Dios

“Una mujer cananea... se puso a gritarle: Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David... El no respondió nada... Ella los alcanzó, se postró ante él y le pidió... Jesús le respondió: Mujer, grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas” (Mt 15, 21)

A veces podemos tener la impresión de que nuestra oración no es escuchada por Dios, y eso que le pedimos cosas buenas, y le pedimos por los demás. Dios se hace rogar para probar nuestra constancia, porque mientras necesitamos de Él nos dirigimos hacia Él; quizá no rezaríamos si no necesitáramos nada. Pedir, hemos de pasarnos la vida pidiendo. ¿Hasta cuándo? Jesús también pidió en la cruz y parecía que su Padre celestial no le escuchaba, porque no le contestaba. Esa soledad fue terrible, pues se había confiado a su Padre y era como si le hubiera abandonado. Y el silencio del Padre llegó incluso hasta la muerte y el entierro de Jesús. Sólo después se descubrió que no le había abandonado en absoluto, pues le resucitó.

Silencio de Dios ante nuestra mirada, ante nuestra queja amorosa –que nunca debe ser queja angustiada o desgarrada–. Jesús escuchó a la cananea desde su primera petición. Dios nos escucha siempre, desde el primer momento en que a Él acudimos. Pero desea que sigamos acudiendo a su misericordia, que se purifique nuestra petición. Porque en esa perseverancia se demuestra si la petición era egoísta, se demuestran la fe y el amor. *Grande es tu fe*, responde Jesús a aquella mujer. Ha superado la prueba, ha demostrado su amor desinteresado por su hija, y su fe recia en Jesús.

Saber esperar, sin impacientarse, es una virtud. Hemos de saber esperar en Dios, que tiene su tiempo previsto, que cuenta con la libertad de las personas, y que cuenta con nuestra petición.

Señor te pido que me concedas esto que necesito; te pido por esa persona que lo pasa mal. Sé que quieres nuestro bien y deseas concedernos lo que te pedimos. Pero aumenta mi fe para que no me canse; para que ante tu silencio no me parezca que me encuentro solo, porque sé que no es verdad. Digo como Tú dijiste: Padre, yo sé que siempre me escuchas (Jn 11,42), escucha las peticiones que hoy te hacemos.

21 tiempo ordinario

Conocer el cristianismo

“Simón Pedro tomó la palabra y dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Jesús le respondió: Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre sino mi Padre que está en el cielo” (Mt 16, 16-17)

Debió de sonreírse Jesús al escuchar a los discípulos que le informaban sobre las cosas que la gente decía sobre él. Jesús les había hecho esa pregunta no para enterarse de esas opiniones, sino para que, finalmente, Pedro afirmara –movido por el Padre celestial– quién era Él realmente y lo supieran sus seguidores. Porque Jesús no era un profeta, ni siquiera alguien bajado del cielo para hablarnos de Dios, sino el Mesías, el Hijo de Dios. No le interesaba que tuvieran una opinión personal acerca de quién era Él sino que supieran la gran realidad de que Dios estaba entre ellos.

Si hoy Jesús hiciera esta misma pregunta en nuestro entorno, ¿qué diría la gente? ¿Y qué diríamos nosotros mismos? Lo que importa en el cristiano –sobre todo cuando va a recibir la Comunión o la Confirmación– no es qué opinión tiene sobre Jesús, sobre la Iglesia, los sacramentos o sobre María, sino si realmente sabe quién es Jesús, quién es María, qué es la Iglesia, quiénes son los sacerdotes, etc. Para eso es la catequesis, para aprender estas realidades impresionantes que la fe nos enseña, y vivamos de ellas.

Porque ser cristiano consiste en conocer y seguir a ese Hombre que es a la vez Dios, en vivir de sus sacramentos porque Él está ahí, y seguir sus palabras porque son palabras de Dios. Desde el inicio del cristianismo, los fieles vivieron así, siguiendo a aquel Hombre, y dieron sus vidas día a día por Él, y por eso dieron la vida en el martirio: por defender esa verdad

¿Comparo a Jesucristo con filósofos de otras religiones que dan consejos para ser buenos, o sé que Jesús no se puede comparar a nadie? ¿Leo el evangelio, hablo con Jesús? ¿Qué debería leer o con quién podría hablar para conocer mejor quién era Jesús? ¿Es para mí Jesucristo el norte y la guía de mi vida? ¿Puedo decir que soy capaz de dar la vida por su causa? ¿La estoy dando día a día?

22 tiempo ordinario

Morir para vivir

“Jesús se volvió y dijo a Pedro: ¡Quítate de mi vista, satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios. Entonces dijo a sus discípulos: El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga” (Mt 16, 23-25)

El domingo pasado contemplábamos la alabanza que Jesús hizo a san Pedro por su confesión: había acertado al decir que Jesús era hijo de Dios porque había seguido la sugerencia del Padre. Pero en el pasaje inmediatamente siguiente, en el de hoy, Jesús rechaza a Pedro, le rechaza como si fuera satanás, como rechazó al diablo aquel día de las tentaciones, porque razonaba humanamente y pretendía, con buena intención, apartarle de la Cruz, de la Redención. Ver las cosas como las ve Dios, he ahí la cuestión; y en concreto conocer el sentido de la vida tal como Dios la ve y la desea: la renuncia al propio yo, la mortificación del egoísmo, como medios de vida.

La Redención, es decir, la vuelta a la vida sobrenatural de los hombres pasaba por la pasión y muerte del Mesías. Y la vida espiritual del cristiano pasa por la renuncia. Ya san Pablo habla de que hay dos leyes en nuestros miembros, la de Dios y la del diablo (...). Y no hay más remedio que luchar para vivir la vida tal como Dios desea para nosotros. Porque renunciar al capricho, a la comodidad, al egoísmo, y en general a lo que nos lleva al pecado no es limitación, sino liberación.

La renuncia por el reino de los cielos, el sacrificio trae consigo la vida. Es una de las grandes paradojas del cristianismo. Que la *buena vida*, la vida que hace verdaderamente feliz a uno mismo y a los demás (y por eso la quiere Dios para nosotros) es la que se ve con los ojos de Dios, no precisamente la que se entiende con los ojos humanos, la que prefiere el vicio a la virtud.

Jesús, que rechazas como diabólico ese modo humano de pensar, ¡cuánto te debe gustar que yo intente seguir la vida que Tú nos propones! Que entienda que el sacrificio y la renuncia es seguir el camino verdadero que nos lleva hacia Ti; es más, que entienda que tener la cruz es tenerte a Ti, y por eso, es tener la alegría y la vida.

23 tiempo ordinario

Corrección fraterna

“Si ves que tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano” (Mt 18,15)

La caridad pide ayudar a quien lo necesita, y mucho más cuando el otro no se da cuenta del mal que ha causado o del ridículo que ha hecho. Pero también lo exige la amistad humana: es una falta de lealtad hablar mal a las espaldas. La murmuración nunca ayuda al interesado, la murmuración siempre destruye. Es muy fácil destruir una vidriera, lo difícil es diseñarla y hacerla. Es muy fácil hablar a la ligera, o dejar caer una ironía que destapa un defecto. Lo difícil es callar para corregir en el momento y lugar oportuno para ayudar a que el que erró se enmiende. Para no tener salidas de tono es necesario estar habitualmente en presencia de Dios, y después en la oración ver cómo se le puede ayudar, sin echar en cara los fallos, los olvidos, la mala educación.

Corregir los defectos del prójimo es una obra de misericordia, un modo fino de vivir la caridad. Quizá a quien escuche esa advertencia no le guste recibirla en ese momento, pero si no es necio y advierte que se le ha dicho con sencillez, sin tratar de herirle, descubrirá con el tiempo que se lo han dicho por su bien, que es una manifestación de amistad, de alguien que le quiere de verdad, y lo agradecerá. Que es verdad el dicho aquel: «quien bien te quiere te hará llorar.»

Todos necesitamos que nos corrijan, y quien nos corrige es porque nos quiere bien, ya que supone un esfuerzo y a veces pasar un mal rato. Es más fácil no ayudar.

Señor, que yo tenga tal madurez sobrenatural y humana que no quiera mal a nadie, y a la vez tal odio al pecado que no deje pasar ninguna falta de quien pueda ayudar. Ayúdame a ver mis defectos para poder corregirlos, y bendice a quienes me han ayudado a corregirme. Ayúdanos a ir creando un ambiente de confianza, de amistad y lealtad en el que todos podamos confiar en los demás, sabiendo que no hablarán mal a nuestras espaldas.

24 tiempo ordinario

Perdonar siempre

“Entonces el señor lo llamó y le dijo: ¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?” (Mt 18, 32-33)

Cuando Jesús fue vejado en la pasión era como si sus enemigos no pudieran llegar a herirle en su amor propio porque no tuviera amor propio. Jesús perdonaba siempre, ése era un signo de su realiza mesiánica, y desde la cruz pidió al Padre perdón por los que le afrentaban y mataban. De modo semejante, quienes están cerca de Dios ni siquiera tienen que perdonar porque, por grandes que hayan sido las calumnias o las injurias que padezcan, no se han sentido personalmente ofendidos, pues están desprendidos de sí mismos y los agravios no llegan a herirles su amor propio. Lógicamente sufren porque son hombres, porque no son insensibles a los golpes, pero por lo que se duelen es por la posible ofensa que se comete con esa mala acción.

A veces son pequeñas cosas las que nos pueden herir: un favor que no nos agradecen; una recompensa que esperábamos y nos es negada; una palabra hiriente que nos llega en un momento de cansancio... Otras, pueden ser más graves: calumnias, interpretaciones torcidas de lo que hemos hecho con rectitud de intención, injusticias... Sea lo que fuere, para perdonar con rapidez, sin que quede nada en el alma, necesitamos desprendimiento y un corazón grande orientado hacia Dios. Esta grandeza de alma nos llevará a pedir por quienes nos han ocasionado un perjuicio, precisamente porque necesitan ver la verdad o necesitan corregirse.

Señor, que siempre perdonas a quien acude a Ti con corazón arrepentido por muchas o graves que sean las ofensas; pues si llevaras cuenta de los delitos, ¿quién podría resistir? Gracias porque cuando perdonas lo haces para siempre. Enséñanos a no guardar una lista de agravios, y ayúdanos a perdonar y a olvidar las ofensas, porque a veces nos cuesta, por nuestro amor propio herido. Ayúdanos a arrancar de cuajo esa raíz tan perniciosa de la soberbia para que nos vayamos pareciendo cada vez más a Ti, y porque por mucho que nos puedan ofender los demás, Tú nos has perdonado mucho más.

25 tiempo ordinario

Trabajar en la viña

“Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido” (Mt 20, 3-4)

Dios no cesa de mover los corazones de los cristianos para que trabajemos apostólicamente. Todos tenemos este encargo: a cada uno le llama y le envía para el advenimiento del Reino. «Esta vocación y misión personal define la dignidad y la responsabilidad de cada fiel laico y constituye el punto de apoyo de toda obra formativa (...). En efecto, Dios ha pensado en nosotros desde la eternidad y nos ha amado como personas únicas e irrepetibles, llamándonos a cada uno por nuestro nombre, como el Buen Pastor que a sus ovejas las llama a cada una por su nombre (Jn 10,3). Pero el eterno plan de Dios se nos revela a cada uno sólo a través del desarrollo histórico de nuestra vida y de sus acontecimientos, y, por tanto, sólo gradualmente: en cierto sentido, día a día» (Juan Pablo II, Ex. Ap. *Christifideles laici*, 58).

En cada jornada somos llamados por Dios para llevar a cabo sus planes de redención; cada día recibimos la gracia necesaria y Él espera que en esas circunstancias del trabajo, de la vida de familia o del descanso no sólo estemos cerca de Él, sino que sean ocasiones de apostolado. Aunque no participemos en una actividad organizada por una institución eclesial o no tengamos un encargo concreto, cualquier ocasión es buena para hacer apostolado con la palabra y con el ejemplo. Cada uno, si hace oración, se dará cuenta de lo mucho que él puede hacer, porque el Señor se lo insinúa. Además, como decía un chico cristiano que fue a estudiar a Japón donde apenas hay católicos: «si no hablo a los demás de Dios, en diez años acabaré siendo como ellos.»

Señor, que quieres necesitar de mí, y estás dispuesto a pagarme generosamente; quiero decirte que, aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera; no me tienes que dar porque te quiera, pues ya me has dado demasiado generosamente. Muéstrame, Señor, tus caminos, muéstrame qué debo de hacer, que yo iré a trabajar hoy a tu viña, porque Tú lo quieres.

26 tiempo ordinario

Rectificar hoy

“Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar a la viña. Él contestó: No quiero. Pero después se arrepintió y fue... En verdad os digo: los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de Dios” (Mt 21,28-31)

Los pecadores no precederán a los demás en el cielo por el hecho de pecar, sino por haber amado mucho y, por eso, haber hecho penitencia. Lo peor no es pecar, sino no arrepentirse. Los fariseos y ancianos de Israel estaban tan pagados de sí mismos, que se creían ya justificados ante Dios y no sentían la necesidad de convertirse. Por eso no querían reconocer que Jesús era el Mesías, porque ya estaban satisfechos con su modo de vida y no deseaban un mesías que les hablara de la verdad y del amor. Es muy cómodo formarse una teoría subjetiva con la que justificar los errores y no tener que cambiar de vida. ¡Cuántas veces, en cambio, para quien es patente su pecado, es más fácil la conversión!

Lo que importa no es preceder a los demás en esta tierra, sino la santidad en el cielo. Y en el cielo hay santos que han sido grandes pecadores, que dijeron a Dios que no querían trabajar por Él, pero se arrepintieron y fueron a su viña a trabajar. Mientras estamos en el mundo nunca estamos abocados al infierno, todo tiene arreglo, porque siempre tenemos la posibilidad de rectificar. Es cuestión de humildad, de agachar la cabeza y cumplir lo que Dios quiere para nosotros.

¡Cuántas veces digo yo que no a Dios, y prefiero otra cosa! Pero ya desde ahora te digo, Señor, que sí quiero. Estoy dispuesto a rectificar cuantas veces haga falta. Dame la humildad para reconocer el mal que hago y el bien que dejo de hacer.

Señor, ayúdame a descubrir la maravilla de la confesión frecuente como medio para aclarar mi conciencia y de hacer penitencia, pues, como recomienda la Iglesia, con su uso frecuente «crece la humildad cristiana, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias y aumenta la gracia en virtud del Sacramento mismo» (Pío XII, Enc. Mystici Corporis).

27 tiempo ordinario

Dar fruto

“Un propietario plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían” (Mt 21, 33-34)

La existencia de cada persona es un regalo de Dios. Y también cada uno de nuestros sentidos (la vista, el gusto, etc.), así como el tiempo que estemos en esta tierra. Además, Dios nos envió a su Hijo para demostrarnos lo que nos ama, y se ha quedado en la Eucaristía; nos enseñó a rezar y nos dio a su Madre por Madre nuestra; nos da su gracia en los sacramentos, y nos la vuelve a dar si la perdemos por el pecado y acudimos al sacramento del perdón. Dios nos ha dado muchas cosas, todo lo bueno que tenemos es don.

Por eso, ¡qué necedad la del que piensa que él mismo es pura libertad y que puede vivir su vida para él mismo!, porque nosotros somos una inversión de Dios. Y Dios, que es el Señor de nuestra vida tiene derecho a exigir a cada uno los frutos que Él espera porque ha invertido mucho en nosotros.

El hombre tiene libertad –ese gran don divino– pero *no es pura libertad*. Nuestra libertad tiene siempre una referencia: hacer el bien, hacer lo que Dios espera. Por eso la libertad humana lleva siempre como reverso la responsabilidad. Nadie nos preguntó cuando nos pusieron en la existencia si queríamos ser mariposa, pájaro o persona humana, pero una vez que somos así, no tenemos más remedio que comportarnos como personas, es decir, que vivimos en este trozo de tierra un espacio de tiempo para realizar unos encargos. Aunque no nos guste, hemos de obedecer a Dios, porque es lo que nos viene bien.

Señor, sé que nadie me quiere mejor que Tú, y que si me pides algo es por mi bien, porque mi vida valdrá al final precisamente según las obras que Tú esperabas. ¿Cómo me ves ahora, Señor? ¿Estás contento de mí? ¿Estoy haciendo lo que tú deseas? Aquí tienes mis obras, perdóname por mis omisiones y ayúdame con tu gracia para servirte mañana mejor.

28 tiempo ordinario

Encuentro dominical

“El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados a la boda, pero no quisieron ir” (Mt 22, 2-3)

El Señor compara la llegada al cielo como la invitación a una fiesta de boda, y en el Apocalipsis (19,7) se habla de los que se salvan como los que participan en las bodas del cordero, del Cordero que es Cristo. Hay gente que no quiere ir porque prefiere otro «plan». Es sorprendente que haya gente que de hecho no quiera ir al cielo, ¿por qué? Porque no saben, no valoran –nadie se lo ha explicado bien–, o porque son perezosos y les vence la comodidad y sus gustos.

En la celebración eucarística está místicamente el cielo: está la Santísima Trinidad, están los ángeles y toda la Iglesia, con la Santísima Virgen, y es como un encuentro entre el Cordero que es Cristo y cada uno de los que participa en ella; un encuentro de amor, en el que Cristo se entrega al hombre y espera que el hombre se entregue totalmente a Él. En la Misa desaparece el tiempo y el espacio, y Jesús que se ofreció en el Calvario por todos y por cada uno, y “nos ha conocido y amado en la ofrenda de su vida” (*Catecismo*, 618), quiere encontrarse personalmente con cada uno, porque era físicamente imposible que todos los hombres pudiéramos estar aquel día del Calvario.

Un encuentro de amor es la Misa, y Jesús la estableció a modo de banquete, es decir, al modo como los hombres celebramos los asuntos importantes e invitamos a quienes amamos: sentaos y comed conmigo nos dice. Mas que un precepto, debemos ver la participación en la misa dominical como una invitación del Señor, que desea estar con nosotros, con todos los cristianos ese día, y poder darnos sus dones sobrenaturales, y sobre todo poder darse a nosotros.

Que yo entienda el tesoro que encierra la Eucaristía; que advierta que es lo más importante del domingo –incluso lo más importante de cada día–. Que no me venza la pereza, que no tenga prisa. Que sepa explicárselo a los demás para que todos acudamos a esa llamada de amor, signo de estar en comunión con Cristo.

29 tiempo ordinario

Ir a Misa

“Les preguntó: ¿De quién son esta cara y esta inscripción. Le respondieron: Del César. Entonces les replicó: Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22, 20-21)

Necesariamente tenemos que cumplir una serie de obligaciones laborales, familiares, sociales, cívicas,... Pero también tenemos unas obligaciones para con Dios. Cada cosa requiere su tiempo, y si no se llega a todo, tendrán que ceder las actividades menos importantes. A lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo, en todos los pueblos la gente ha dado culto a Dios. En el pueblo de Israel, Dios concretó el culto en unas ceremonias, y en su Iglesia ha establecido otras: los sacramentos y la oración, principalmente. Y como acto de culto supremo, la Eucaristía.

El hombre es la única criatura en la tierra que puede relacionarse con Dios. Y una vez que Dios ha establecido el culto que desea recibir, el cristiano no se plantea el ir a Misa sino como un honor, como la posibilidad de entrar en relación con Él. Por eso, durante siglos, en la Iglesia no había ningún precepto de asistir a la Eucaristía los días de fiesta, ¿cómo no iban a ir si eran cristianos? ¿cómo no iban a querer estar con Jesucristo? Sólo cuando la gente comenzó a perder la fe y el amor y dejó de participar en el acto de culto, la Iglesia, como Madre que es, impuso el precepto de asistir algunos días de fiesta.

¿Cuánto tiempo dedico al trabajo, a la alimentación o al sueño o a leer? ¿Me parece excesivo dedicar una hora a la semana a relacionarme con Dios? Si se me hace larga la Misa, ¿no será que es pequeño mi amor? ¿Antepongo otros asuntos a la Misa o veo a Dios como lo más importante en mi vida? ¿Comprendo que participar es tomar parte, entendiendo lo que significan los ritos, estando atento, haciendo actos de fe, esperanza y amor? ¿Sé que la Misa la dice Cristo y no un hombre? ¿Es realmente la Misa para mí un acto de culto, no sólo del sacerdote, sino mío también, un encuentro personal con Dios?

30 tiempo ordinario

El primer mandamiento

“Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley? El le dijo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser». Este mandamiento es el principal y primero” (Mt 22,37)

Es lo que Dios ordenó a Israel, ahí se resume la Ley y los Profetas. Y no puede ser de otra manera, pues todo lo creado está sujeto a Dios, y la criatura libre, debe libremente tener como su Señor a Dios. Además, Dios es la suma Bondad, sumamente amable, es el Amor. No se trata de una odiosa obligación, sino de someterse a quien es eterno y poderoso, pero también es nuestro Padre.

La virtud del orden inclina a quien la posee a tener unas prioridades a lo largo del día y de la semana. También lleva a tener cada cosa en su sitio; pero sobre todo a tener unas prioridades en la inteligencia y en los afectos, dando importancia a lo que la tiene y dedicando el tiempo necesario a cada asunto, pero no más que el necesario. El orden exterior es una manifestación del orden interior de la persona. Cada uno ordena su vida según un criterio. Los ficheros de libros, por ejemplo se ordenan por orden alfabético, por materias, por autores, etc. El criterio en nuestra vida por el que ordenemos nuestros actos tiene que ser la santidad, es decir, la caridad con Dios. Todo, absolutamente todo tiene que estar sometido a este fin. Incluso el amor a los demás y el trabajo.

Lo primero es Dios: lo principal en la semana –incluso en el día– es dar culto a Dios. Lo primero es la oración, las normas de piedad, y sobre todo la participación en la Misa. Salvo urgente y grave necesidad, hay que hacer antes las normas de piedad que otras “obligaciones”, que sí pueden esperar. El amor a Dios, y el amor a los demás se demuestra en las prioridades que tenemos, en aquello que de hecho damos más importancia, a lo que dedicamos más tiempo.

¿Dónde tengo el corazón, en qué pienso habitualmente? ¿A quién hago yo esperar? ¿Dedico mucho tiempo a mis cosas, a mis aficiones? ¿Es ése el momento en que debo de hacerlo? ¿Están mis amores ordenados a Dios, o realmente amo a alguna persona como si fuera un dios? Señor, que no me entren las prisas para tus cosas. ¿Cómo te puedo demostrar mejor mi cariño?

31 tiempo ordinario

Hacer y callar

“Los escribas y fariseos... Haced y cumplid todo lo que os digan, pero no hagáis según sus obras, porque ellos dicen y no hacen...; hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres” (Mt 23, 3-6)

No es infrecuente encontrarse con personas que hablan y hablan de los males que aquejan la sociedad, de la dificultad de orientar a los jóvenes, de las causas de la falta de vocaciones,... Son lamentos estériles que no construyen, que, incluso, sirven para crear malestar. Ya lo dice el refrán: «La rueda rota es la que más chirría.» Se dice que hay que ser realistas, estar al tanto de los sucesos y de las circunstancias, y eso es bueno. Lo que no es bueno es poner el dedo en la llaga y no hacer nada por su parte para solucionar los problemas: decir y no hacer. En los que se pasan la vida quejándose se realiza aquello de: «Dime de qué presumes, y te diré de lo que careces.»

Muy distinta es la vida de los que trabajan con realismo y discreción, pues no tienen tiempo para hacer cábalas; y aunque no vean los resultados a corto plazo, y aunque conozcan con realismo cómo está el ambiente, saben que es el trabajo, la ilusión y, sobre todo, la fe en la ayuda de Dios lo que hace que cambien los corazones y se transformen las instituciones. Quien es de tal modo “objetivo” que no ve solución a los problemas ni ningún lado positivo, en el fondo no es realista, sino un “cenizo pesimista corrosivo” que justifica su inoperancia y su ineficacia con teorías y lamentos.

Señor, auméntanos a todos la fe, la esperanza y la caridad para que veamos las personas y los sucesos como Tú los ves, que cuentas con el tiempo y las adversidades para mejorar a las personas, y que tienes tus previsiones –tu Providencia–.

Que entendamos los verdaderos signos de los tiempos como llamadas que Tú nos haces para que trabajemos más y mejor, y danos la ilusión para que vayamos al ritmo que Tú esperas. Haremos las cosas para Ti, solamente por Ti, aunque no lo vea nadie en este mundo. ¿Y los resultados? Los resultados los dejamos en tus manos.

32 tiempo ordinario

La lámpara encendida

“Pero las necias al tomar sus lámparas no llevaron aceite consigo... Mientras fueron a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta... El esposo respondió: En verdad os digo que no os conozco” (Mt 25, 3-13)

Aquellas muchachas no tenían otra cosa que hacer allí que entrar con unas lámparas encendidas acompañando al novio. No tenían que hacer otra cosa. Era muy fácil el encargo, pero el hecho fue que se olvidaron de llevar aceite de repuesto y al pasar el tiempo y darse cuenta de que se les apagaba su luz, se fueron, y no estuvieron allí en el momento preciso. La voz del esposo es contundente y tremenda: no os conozco, ya no nos veremos. ¿Por qué esa respuesta tan fuerte?, ¿por qué no la misericordia si las otras también se durmieron? Es que hay olvidos que no son falta de memoria, sino falta de interés, falta de amor.

Podría parecer que las otras doncellas no vivieron la caridad con ellas o que el señor las trata sin compasión, pero es que en el corazón es donde uno decide hacer lo que hace. La jóvenes prudentes realmente fueron prudentes, no sólo en ser previsoras, sino también no quedándose sin aceite, porque si estaban allí era para lo que estaban.

En este mundo estamos para alabar a Dios, no para enredarnos en historias de tal manera que al llegar la muerte a uno le *pille* no estando en gracia. Y eso se decide en el día a día, en el interés o la falta de interés ante las mociones de Dios. Nadie se puede quejar de que Dios le diga en la vida eterna que no le conoce (es lo más fuerte que Dios puede decir a una criatura), porque depende de uno mismo el amor a Dios. Cada una de nuestras acciones nos acerca a la vida o nos aleja de Dios, cada una es de vida o muerte.

Dame, Señor, la virtud de la prudencia para acertar en cada caso con lo que debo de hacer y lo realice; que quiera comprometerme en lo que Tú me sugieres; que no deje para mañana lo que debo de hacer hoy, pues el mañana no sé si llegará para mí. Quiero estar preparado en todo momento – con la luz encendida, en gracia y en oración–, para que cuando me llames, pueda yo también decir: Aquí estoy porque me has llamado.

33 tiempo ordinario

Somos distintos

“Un hombre al irse de viaje, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad” (Mt 25, 14-15)

En una película sobre Mozart se pone en evidencia cómo las personas somos muy distintas. Un compositor entrado en años llevaba en su mano la partitura de una melodía que había logrado componer después de dedicar mucho tiempo y esfuerzo; Amadeus Mozart, que es casi un niño, le arrebató en broma la partitura y con una facilidad pasmosa la interpreta de una manera diferente y mejorada. Al viejo compositor se le plantea la disyuntiva: los celos y el enfado, o reconocer que Amadeus es un genio y él no lo es. Somos muy distintos, y por eso no debemos compararnos con los demás. De las comparaciones surgirá la vanidad y pensar que uno hace más o mejor que los otros, o puede entrar el enojo y quedarse paralizado al comprobar que no se es como el otro.

Con quien debemos contrastar nuestra vida es con Jesucristo, perfecto hombre, y hacer lo que podemos y debemos hacer. Dios nos va a pedir a cada uno según las capacidades que nos ha dado. No nos va a pedir, por tanto, aquello que no podemos dar; pero sí lo que podemos dar.

Cada uno haga lo que pueda, todo lo que pueda; lo que es locura es *enterrar el talento*, es decir, dedicar su tiempo y sus capacidades –que son de Dios– a sus egoístas planes personales. Y al que mucho se le dio, mucho se le pedirá.

Los santos que veneramos son personas que han sido fieles a Dios. Pero son muy diferentes. Algunos eran intelectuales y otros no, unos fueron religiosos y otras madres de familia. Cada uno tuvo sus luchas, y su vida fue mucho más parecida a la nuestra de lo que a veces la imaginación les ha atribuido. También nosotros podemos ser santos, *a nuestra manera*; mejor dicho, a la manera que Dios quiere para nosotros.

Gracias, Dios mío, porque me has hecho como soy, porque me quieres como soy, incluso con mis defectos cuando trato de superarlos. Pídemelo lo que quieras, y dame tu gracia para que, contigo, pueda cumplirlo.

Servir es reinar

“Venid vosotros, benditos de mi Padre... Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis... Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 31-37)

El juicio final será la manifestación pública de qué acciones eran las que teníamos que hacer en este mundo. No podemos vivir de modo egoísta nuestra vida. Si estamos en la tierra es para algo, no para tratar de disfrutarla sin más. Además de las cosas que se refieren al servicio de Dios, hemos de hacer muchas cosas en favor de los demás. Los que son condenados en el infierno según estas palabras del Señor no son los que han hecho acciones pecaminosas y no se arrepintieron –eso se da por supuesto–, sino también los que no hicieron el bien que podían y debían haber hecho; es decir, los pecados de omisión.

Es muy cómodo, muy egoísta, organizarse la propia vida sin querer ver las necesidades del prójimo. Pero si es verdad que en esta tierra unos tienen unas oportunidades y otros no, unos son suficientes para salir adelante y otros son más débiles o están enfermos, Dios cuenta con unos para ayudar a los otros. Y no es una cuestión de justicia, no se trata sólo de resolver problemas, sino de ver en los que están necesitados personas.

Es más, Jesucristo eleva de tal manera la caridad que se pone en el lugar del enfermo, del niño, del marginado, del pobre, porque por cada uno Él vino a la tierra, padeció y murió. No basta con no abandonar a nadie, con no torturar o matar. Es que Jesús padeció la soledad, la injusticia, la tortura y la muerte, y se ha solidarizado de tal manera con cada persona que sufre, que pide a cada hombre que intente ayudar al que pasa necesidad.

Señor Jesús, que nunca fuiste indiferente ante el sufrimiento humano, y conoces bien el sufrimiento humano porque lo padeciste en tu carne y en tu espíritu, ayúdanos a tener corazón, a no desentendernos del necesitado. Y ayúdanos a llevar con paciencia nuestros dolores, unidos a tu Pasión, porque sabemos que así reinaremos contigo.

1 de Adviento Año B

Estad preparados

“Velad, pues, porque no sabéis cuándo volverá el señor de la casa, si por la tarde, a la media noche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que, llegando de repente, os encuentre dormidos” (Mc 13, 35-36)

Acabamos de terminar un año litúrgico; en las semanas anteriores la Iglesia ponía a nuestra consideración las realidades últimas (muerte, juicio, infierno y gloria), y se abre hoy el nuevo año con este primer domingo de Adviento en un tono similar: velad porque el Señor está para venir. Jesús ya vino hace dos mil años, ahora queda su segunda venida al final de los tiempos, pero para cada uno ese encuentro se produce tras la muerte personal, y no sabemos cuándo será. Dios no ha querido revelarnos cuándo moriremos precisamente para esto, para que estemos en vela. Si lo supiéramos, unos vivirían al margen de Dios con la idea de prepararse antes de morir; otros, en cambio, vivirían agobiados contando los días que les faltasen hasta ese día.

Dios nos quiere bien, no desea para nosotros ni lo uno ni lo otro, quiere, en cambio, que vivamos al día, trabajando con esperanza constantemente preparados para el encuentro con Jesús. No ha de ser el temor, sino la fe, la esperanza y el amor lo que ha de mover nuestros actos. La esperanza, sobre todo en este Adviento, el deseo de ver a Jesús. El ciclo litúrgico anual tiene este sentido, presentarnos una y otra vez, año tras año la vida de Cristo.

Una vez más la Iglesia se prepara con este tiempo para su venida, se reviste de tonos penitenciales y nos hace llegar el mensaje del Evangelio en su aspecto de urgencia, de estar alerta, en espera atenta.

Señor, que no me duerma; sacude la modorra de mi cristianismo mediocre y comodón; que no me deje arrastrar por el hedonismo que socava la vida espiritual. Ábreme los ojos al horizonte que apunta el nuevo día, el día del encuentro, el Día que eres Tú. Quiero preparar mi corazón con el arrepentimiento y la penitencia por mis faltas, para que cuando llegue esta Navidad me encuentres preparado.

2 de Adviento

Pureza de corazón

“Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: «Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos»” (Mc 1, 2-3)

En la Solemnidad de la Virgen Inmaculada consideramos la gracia que recibió María de ser concebida sin pecado original. Cuando Dios creó el mundo, vio que era bueno. Salió limpio y hermoso de sus manos. Y cuando creó a Adán y a Eva, también Dios vio que era muy bueno lo que había creado. El pecado introdujo el veneno (no sin razón habla el texto sagrado de la serpiente), porque el pecado corrompe al que lo realiza y envenena la relación de amistad con los demás.

Adán y Eva iban desnudos al principio, porque *omnia munda mundi*, todo es limpio para los limpios. Pero nada más pecar necesitaron vestirse porque el otro le miraba con malicia. Desde ese momento las personas necesitamos del vestido para que la mirada ajena no se aplaste contra el cuerpo, y nos sigan mirando a los ojos, a la cara, allí donde se muestra la personalidad.

Adán y Eva perdieron la pureza original, y Dios no les podía mirar, porque ya no eran buenos. El pecado hace *malo* al que lo comete. Todos nacemos con el pecado original, y lo comprobamos porque sentimos las malas inclinaciones, el veneno que nos lleva a querer mal, a mirar mal. El mensajero del Adviento que es Juan Bautista nos advierte que es necesario allanar los senderos, luchar para corregir las malas inclinaciones que tienden a separarnos de Dios. Es necesario pedir perdón a Dios (convertir el corazón) si se ha pecado, y hacer penitencia para reparar la malicia que dejan en nosotros los pecados perdonados.

Gracias, Señor, porque en el sacramento de la confesión nos rehaces, nos haces buenos, y nos vuelves a mirar cuando volvemos a Ti con corazón contrito y humillado. Y gracias porque has querido que exista una criatura humana, como nosotros, que nació sin pecado original y nos sirve de modelo de cómo podemos ser. Madre mía, Inmaculada, ayúdanos a vivir la pureza para que seamos agradables a Dios y para que veamos en los demás hijos de Dios.

3 de Adviento

Dar luz

“Surgió un hombre enviado por Dios: su nombre era Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él” (Jn 1, 6-7)

Hoy se nos habla de un mensajero, Juan, y de un mensaje: ser testimonio de la luz que es Cristo. También san Pablo cuenta para qué le había elegido Dios: «a los cuales yo te envío para que les abras los ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, y reciban la remisión de los pecados y la herencia entre los debidamente santificados por la fe en mí» (Hch 26, 17-19). Para esto vino Jesús al mundo, y para esto hemos sido llamados: no hay más remedio que hablar de Dios, de la verdad, para provocar la conversión y la entrega.

Un sacerdote santo así lo dejó escrito: «Tienes obligación de llegarte a los que te rodean, de sacudirles de su modorra, de abrir horizontes diferentes y amplios a su existencia aburguesada y egoísta, de complicarles santamente la vida, de hacer que se olviden de sí mismos y que comprendan los problemas de los demás. Si no, no eres buen hermano de tus hermanos los hombres, que están necesitados de ese "gaudium cum pace" –de esta alegría y esta paz, que quizá no conocen o han olvidado» (J. Escrivá de Balaguer, *Forja*, 900)

«¡Oh Jesús! Ayúdame a esparcir tu fragancia adondequiera que vaya. Inunda mi alma de tu esperanza y vida. Penetra en mi ser y aduéñate de tal manera de mí que mi vida sea irradiación de la tuya. Ilumina por mi medio y toma posesión de mí de tal manera que cada alma con la que entre en contacto pueda sentir tu presencia en mí.

Que no me vean a mí, sino a Ti en mí. Permanece en mí de manera que brille con tu luz y que mi luz pueda iluminar a los demás. Toda mi luz vendrá de Ti, Jesús. Ni siquiera el rayo más leve será mío. Tú, por mi medio, iluminarás a los demás. Pon en mis labios la alabanza que más te agrada, iluminando a otros a mi alrededor. Que no te pregone con palabras sino con el ejemplo de mis actos, con el destello visible del amor que de Ti viene a mi corazón. Amén» (Cardenal Newman).

4 de Adviento

Mirar a la mujer

“El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la estirpe de David, y el nombre de la virgen era María” (Lc 1,26)

Con esa sencillez se abre el pasaje de la Encarnación del Verbo, el momento tan esperado durante siglos. Sencillez y belleza al relatar el momento sublime tan esperado durante siglos. Hemos de contemplar las maravillas del mundo, y al reconocer las obras, alabar a su Creador. Dios creó el sol y los mil luceros de la noche, las cordilleras, los ríos y los mares, y cuantos animales pueblan la tierra el aire y el mar. Hemos de pedir a Dios antes de llegar a la Navidad es que nos conceda sensibilidad ante la belleza de sus obras, y sobre todo reconozcamos su obra maestra: “la mujer” de la que habla el Apocalipsis, y que está por encima de todo lo creado.

Dios hizo a María para recrearse en lo que había creado, como le sucede al artista cuando contempla con gozo su obra maestra. Y pienso que, cuanto más mira Dios a ésa que es su Madre y esposa, más se enamora de ella (enamorarse, estar enamorado es estar en lo que se ama). Si contemplamos y nos pasamos otra vez ante nuestra Madre, la querremos más. Hoy vemos que el ángel del Señor fue enviado a una mujer de Nazaret, y al comunicarle la propuesta de Dios de ser la madre del mesías, ella *se turbó al oír tales palabras*.

Conmueve ver ruborizarse a aquella chica ante el piropo de un ángel, porque no deja de ser un piropo. Con este significativo detalle el evangelista nos habla de la condición femenina de María. María no es insensible a las palabras del ángel y se muestra como verdadera mujer. Interesa que recalquemos este detalle porque María no es una estatua ni una pintura en un lienzo: ¡era una chica joven y sigue siendo mujer.

Que yo te vea –y que te veamos todos los cristianos– como mujer, Virgen y Madre de Jesús, porque sólo así podremos contemplar las maravillas que Dios hizo en Ti y nos daremos cuenta de qué Madre nos dio Jesús.

La Sagrada Familia

Rezar en familia

“Cumplidos los días de su purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor... Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea” (Lc 2, 22 y 39)

El papa Juan Pablo II exhortaba a los padres a rezar con los hijos: “En virtud de su dignidad y misión, los padres cristianos tienen el deber específico de educar a sus hijos en la plegaria, de introducirlos progresivamente al descubrimiento del misterio de Dios y del coloquio personal con él. Sobre todo en la familia cristiana, enriquecida con la gracia y los deberes del sacramento del matrimonio, importa que los hijos aprendan desde los primeros años a conocer y a adorar a Dios y a amar al prójimo según la fe recibida en el bautismo. Elemento fundamental e insustituible de la educación a la oración es el ejemplo concreto, el testimonio vivo de los padres; sólo orando junto con sus hijos, el padre y la madre, mientras ejercen su propio sacerdocio real, calan profundamente en el corazón de sus hijos, dejando huellas que los posteriores acontecimientos de la vida no lograrán borrar” (Exhort. Apost. *Familiaris Consortio*, 60).

Para el cristiano, el poder participar en la Misa no debe situarse en el terreno de los preceptos, porque es un honor y algo lógico poder ir. Sin embargo, “la Iglesia no ha cesado de afirmar esta obligación de conciencia, basada en una exigencia interior que los cristianos de los primeros siglos sentían con tanta fuerza, aunque al principio no se consideró necesario prescribirla. Sólo más tarde, ante la tibieza o negligencia de algunos, ha debido explicitar el deber de participar en la Misa dominical” (Carta *Dies Domini*, 47).

Hoy, Solemnidad de la Sagrada Familia, en la que contemplamos cómo fueron al Templo a dar culto a Dios según lo prescrito por la Ley, pedimos a Jesús, María y José por nuestra propia familia y hacemos el propósito de rezar juntos, y de rezar con Ellos.

Epifanía

Día de regalos

“Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra” (Mt 2,11)

María es la Madre de Jesús, es la Madre de Dios en cuanto hombre. Necesitamos entrar también nosotros –como los Reyes magos– en la casa de José y de María y contemplar a esa mujer, criatura humana como nosotros, que es protagonista y testigo a la vez del nacimiento del Verbo de Dios, que le da el alimento, le viste, le cuida y le enseña a andar. María vive para su Jesús, para su hijo. Ella sabe que aquel Niño tan gracioso, tan humano, tan niño, es el Hijo eterno de Dios, porque así se lo ha dicho Dios por el ángel.

Qué buen día para hacer un acto de fe y de adoración en Jesús. Sabemos que es Dios y Hombre. Por eso nos ponemos espiritualmente de rodillas ante su divina presencia. Y queremos ofrecerle lo que tenemos de más valor, quizá lo que más nos cuesta darle: el tiempo, le voluntad y el amor.

Nuestro tiempo para dedicarlo a la oración y que nuestra voz suba hacia Él como el incienso; nuestra voluntad, ofreciéndole las contrariedades y sacrificios, que son para nosotros como la mirra amarga pero que a Él le agradan. Y queremos ofrecerle especialmente hoy el oro de nuestra fidelidad en todo este año que comienza, para que lo reciba como un anillo, como una alianza sagrada entre nuestra vida y la suya, porque sabemos que el regalo que más le gusta es nuestra perseverancia en su amor.

Día de regalos, día de alegría en el que Jesús se nos manifiesta y sonrío viendo nuestros buenos deseos al comenzar el año. Ponemos nuestros buenos propósitos en las manos de María para que Ella los presente a su Hijo, los guarde y nos los recuerde en los próximos meses.

No quiero crearme el rey de mi vida, el rey de mi casa. Quiero que seas Tú, Señor, mi Rey, mi vida, mi todo. Acepta la ofrenda de mi tiempo, de mis buenos deseos para este año, la ofrenda de mi vida, que te quiero hacer llegar por las manos perfumadas de tu Madre.

El Bautismo del Señor

Hijos de Dios

“Y nada más salir del agua vio los Cielos abiertos y al Espíritu que, en forma de paloma, descendía sobre él; y sobrevino una voz desde los Cielos: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me he complacido»” (Mc 1, 10-11)

Al recibir el sacramento del Bautismo hemos sido constituidos hijos de Dios. Amados en Jesús, Dios Padre se complace en cada uno de sus hijos, y nos ama a cada uno con predilección. De Él no recibimos sino bienes, porque es un Padre amoroso que nos quiere mucho. Ningún mal que hay en el mundo procede de Dios, sino del diablo que complica a los hombres. Incluso el dolor que Dios permite es para nuestro bien, aunque ahora no lo entendamos. Sería una blasfemia echar en cara a Dios algo malo, porque de Él no recibimos nada más que bienes.

Y el mayor don que puede recibir una criatura humana es el ser hijo de Dios. Él se ha comprometido a mirarnos con ojos de misericordia. Esta es la gran verdad de nuestra vida, ésta la roca donde apoyar toda nuestra existencia. Todo lo demás se puede tambalear, pero Dios no falla, Él siempre es fiel: nos entregó a su Hijo, y con Él nos dará todos los bienes – también el Cielo– siempre que nosotros seamos buenos hijos, seamos fieles a Él.

«Quiero recordar las misericordias del Señor, las alabanzas del Señor; todo lo que hizo por nosotros, sus muchos beneficios a la casa de Israel, lo que hizo con nosotros por su misericordia y su bondad. Él dijo: “Son mi pueblo, hijos que no engañarán”. Él fue su Salvador en todas sus angustias; no fue un mensajero o un ángel, sino que él mismo en persona los liberó» (Is 63, 7-9). ¿No es para estar seguros y para cantarle?

Es bueno dar gracias al Señor, y salmodiar en tu nombre, oh Altísimo, proclamar por la mañana tu misericordia, y tu lealtad por la noche, con arpas de diez cuerdas y laúdes, al son de la cítara... ¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios; El estúpido no lo entiende, el insensato no comprende estas cosas (Sal 91, 2-7).

Hazme entender, Señor, la gran verdad de mi vida, mi dignidad de ser hijo amado de Dios.

2 tiempo ordinario

Encontrar a Jesús

“Al volverse Jesús y ver que le seguían, preguntó: «¿Qué buscáis?» Ellos le respondieron: «Rabbí (que significa Maestro), ¿dónde vives?» Les dijo: «Venid y lo veréis». Fueron entonces y vieron donde vivía, y se quedaron con él aquel día” (Jn 1, 38-39)

Todo aquel que reflexiona y no está sumido en la frivolidad se plantea en su interior los grandes interrogantes de la vida, y no se contenta con lo que ofrecen los falsos profetas. El hombre de buena voluntad busca, busca la verdad, y a alguien que sepa darle respuesta. La respuesta nos la ha dado ya Dios en la Biblia, y concretamente, nos ha hablado todo en su Hijo.

«En lo cual da a entender el Apóstol, que Dios ha quedado como mudo, y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los Profetas, ya lo ha hablado en él todo, dándonos el todo, que es su Hijo. Por tanto, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera: Si te tengo ya hablado todas las cosas en mi palabra, que es mi Hijo... pon los ojos en él, porque en él te lo tengo puesto todo y dicho y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas» (San Juan de la Cruz).

El apóstol Juan relata el día en que encontró a Jesús y cómo se quedó con él todo el día. Tuvo una experiencia enriquecedora, y ya no le abandonó jamás, porque había encontrado a quien podía darle respuesta cumplida de los deseos más íntimos de su alma.

La vida cristiana no consiste simplemente en la colección de unas prácticas de piedad, ni siquiera unas buenas actitudes, es, en primer lugar, un encuentro personal, conocer a la Persona y las palabras de Jesús, y vivir con Él su vida.

Muchos siguen buscando a tientas la orientación de sus vidas. Gracias, Señor, porque nosotros ya sabemos Quién eres. Ayúdanos a vivir un día y otro contigo. Procuraremos encontrarnos contigo en la oración, y luego a lo largo del día.

3 tiempo ordinario

Seguidme

“Al pasar junto al lago de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Seguidme y os haré pescadores de hombres». Ellos, al instante, dejando las redes, le siguieron” (Mc 1, 16-18)

Aquellos pescadores tenían sus ilusiones y afanes –como tenemos todos–. Hasta que Jesús –que había venido del cielo– les abrió un panorama nuevo de vida sobrenatural, de vida eterna, y de ayuda y orientación a los hombres en el verdadero bien. Ante aquel mensaje, sus ilusiones humanas eran como el polvo del camino. Por muy nobles que parezcan, las ilusiones de este mundo son muy pobres y se terminan.

Jesús planteaba una vida nueva, apasionante, que trascendía lo humano. No basta con adquirir unas determinadas virtudes naturales, o con guardar ciertas prácticas de piedad. Seguir a Cristo supone deshacerse de todo lo que estorba para unirse a Él y dejar que sea Él quien conduzca nuestros pasos.

«Iba yo pidiendo de puerta en puerta por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes. Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontaneas, tesoros derramados por el polvo.

La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra, diciéndome: “¿Puedes darme alguna cosa?” ¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di. Pero qué sorpresa la mía cuando al vaciar por la tarde mi saco en el suelo encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dárte todo!» (Tagore).

Jesús, que pasas cada día a mi lado pidiéndome. Quiero ofrecerte mi trabajo de cada día, mis ilusiones y mis contrariedades, mis alegrías y mis penas. Estoy dispuesto a seguirte del modo que Tú quieras.

4 tiempo ordinario

Libres para amar

“Todos quedaron asombrados, de modo que se preguntaban: «¿Qué es esto? Una doctrina nueva expuesta con tanta autoridad. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen»” (Mc 1,27)

Jesús hizo milagros saltándose las leyes de la naturaleza y la fuerza del poder diabólico, así asombraba a quienes quería evangelizar para que le creyeran. Pero en ningún momento cambió la voluntad de ninguna persona. Él, que puede forzar las cosas para que cambien, no quiere forzar a nadie. Ese don que ha dado a cada uno es tan grande, que Dios prefiere que el hombre lo utilice mal y le ofenda, y se pierda para siempre, antes que privarle de tan gran don.

La libertad es el instrumento con el que podemos hacer el bien, con el que podemos amar a Dios y orientar bien nuestra vida. Dios no quiere esclavos que le amen obligados; desea que los hombres le amemos voluntariamente. Para eso cada uno ha de conocer la verdad, los verdaderos bienes –no los aparentes– que enriquecen al hombre y le hacen feliz. Los mandamientos y las Bienaventuranzas con caminos de libertad, de amor y de felicidad. El pecado es siempre una equivocación respecto al bien del hombre, y la consecuencia en el plano humano es el sentimiento de culpa y el sufrimiento. Las consecuencias en el plano sobrenatural son peores.

Jesús sorprende a sus interlocutores para que acaben asombrados y entiendan que les habla con autoridad. Él mismo va por delante y vive lo que enseña. Se trata de que el espectador acepte libremente sus palabras y le obedezca. Con este gesto de expulsar los espíritus inmundos queda claro que Jesús se opone al mal, al diablo, y eso habrán de hacer sus seguidores.

Señor Dios, que respetas tanto nuestro modo de ser y nuestra libertad, queremos escuchar tu voz, seguir tu doctrina y ponerla en práctica, sabiendo que es lo mejor para nosotros; pero sobre todo es el modo que tenemos de demostrarte nuestro amor.

Queremos obedecerte libremente. Ayúdanos a no tener otra libertad que la de amarte, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del Maligno.

5 tiempo ordinario

Todos te buscan

“Muy de mañana, al amanecer, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí oraba. Salió a buscarle Simón y los que estaban con él; y después de encontrarle, le dijeron: «Todos te buscan»” (Mc 1, 35-37)

En Galilea buscaban a Jesús, unos por curiosidad, otros porque solucionaba problemas materiales y otros por unos motivos superiores: era un placer aprender de sus labios sentencias llenas de sentido sobrenatural que dejaban paz y consuelo en el alma. Jesús hacía el bien: sus manos bendecían y curaban, y sus palabras orientaban hacia Dios. Otros, sin embargo, le buscaban para hacerle alguna pregunta capciosa, para discutir y tratar de perderle.

Hoy sigue Jesús bendiciendo a los hombres, orientándoles en su actuación, curándoles de sus dolencias, y lo hace a través de su vicario en la tierra –el Papa– y de sus sacerdotes. También hoy los hombres sienten la necesidad de alguien que les ayude en las facetas más importantes: el sentido de sus vidas, el sentido del dolor y del amor, resolver el mal que han cometido y recuperar la alegría...

Jesús sigue presente en sus representantes. Lo que se necesita es acudir a ellos con humildad –sin ánimo de polémica–, con el deseo de aceptar su ayuda. Dios no se impone, propone su doctrina de salvación eterna y la orientación correcta de la vida. Todo depende de la buena voluntad de cada uno: primero buscar a Dios, luego estar dispuesto a acudir a quien Él indica. No hay otro camino. Ninguna teoría o ideología puede calmar la sed profunda de verdad que anida en el corazón humano.

Jesús, que hacías oración cuando estabas entre nosotros, que yo aprenda a buscar el silencio para hablar contigo, porque para llegar a conocer el corazón humano necesito penetrar primero en el Tuyo: sólo conociéndote, me conoceré.

Te buscaré, porque sólo Tú tienes palabras de vida eterna, y me dejaré orientar y curar por Ti, que sigues bendiciendo a través de las manos y las palabras de tus ministros.

6 tiempo ordinario

Dejarse curar

“Vino hacia él un leproso que, de rodillas, le suplicaba: «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido de él, extendió su mano, lo tocó y le dijo: «Quiero, queda limpio». Y al instante le desapareció la lepra y quedó limpio” (Mc 1, 40-42)

El leproso conocía su enfermedad y sabía que él era incapaz de curarse. Advierte que Jesús puede hacerlo, y se lo pide. También, cuando Gabriel propuso de parte de Dios a María ser la Madre del Mesías, Ella no contestó que se pondría a ello, sino que Dios hiciera según su voluntad.

¡Cuántas veces queremos sacar los asuntos nosotros solos, sin contar con la ayuda de Dios! Y el resultado es el fracaso y el desánimo. A veces Dios nos deja solos y permite que nos demos golpes para que –como los niños–, no tengamos más remedio que acudir a Él. ¡Cuándo aprenderemos que en la vida espiritual no se trata tanto de hacer sino de dejar hacer en nosotros, de obedecer! ¿Cuándo permitiremos que Dios haga lo que desea hacer y no empeñarnos en lo que a nosotros nos parece conveniente, o tratando de hacerlo a nuestro modo, incluso contra sus designios?

Lo que ha de llenarse ha de empezar por estar vacío. Si hemos de llenarnos del bien, habremos de comenzar por echar fuera el mal. El Señor desea limpiar este vaso de barro que somos cada uno para echar el licor maravillosos de su gracia, de su presencia. Si queremos, Él puede limpiarnos.

Señor, Tú sabes todo, Tú sabes lo que me viene bien. Me dejaré cambiar, me dejaré sanar. Entra en mi vida y pon orden. Sé que no querrás hacer nada en mí si yo no te lo permito; hazme humilde para que vea mis miserias, mi necesidad, y para que no me oponga a tus a tus curas, que a veces pueden resultar dolorosas.

Quiero dejarme limpiar. Iré al sacramento del perdón con total desasimiento, contándolo todo, sin querer curarme a mi manera, escuchando lo que me quieras decir, y poniéndolo en práctica, porque sé que es la única manera de quedar limpio y de que puedas seguir haciendo en mí –y a través de mí– la labor de santificación que deseas hacer.

7 tiempo ordinario

Por la fe de ellos

“Llegaron cuatro llevando a un paralítico..., abrieron un boquete y descolgaron la camilla. Al ver la fe de ellos, dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados quedan perdonados»” (Mc 2, 3-5)

Entre cuatro se propusieron poner delante de Jesús a un familiar o amigo paralítico. Quizá éste no deseaba tal alboroto, tanto espectáculo, tanta dificultad y tanta incomodidad para él. La fe «de ellos» –de los cuatro, no la del paralítico– es la que lleva a Jesús a obrar el milagro del perdón de sus pecados, y posteriormente su curación física.

Tanto puede la oración y la penitencia de unos para la conversión de los otros. La Virgen dijo a los pastorcitos de Fátima que muchos iban al infierno porque nadie hacía penitencia por ellos. Hay algunos que pueden tener la conciencia tan estropeada que ni siquiera vean la necesidad de convertirse. La Comunión de los Santos –que es una verdad de fe– significa entre otros aspectos que las obras buenas de unos repercuten en los demás.

Si nos quejamos ante las acciones externas escandalosas: injusticias, inmoralidad, corrupción...; serán lamentos estériles que no ayudan a resolver los problemas y crean un ambiente de pesimismo. Construir, eso es lo que hemos de hacer: hablando, escribiendo, haciendo lo que esté en nuestra mano. Pero sobre todo rezando y desagraviando.

A veces olvidamos los medios sobrenaturales, y es como poner los bueyes detrás del carro, y así el carro no se mueve. Los santos han hablado en el tono que convenía utilizar, pero sobre todo han hecho mucha penitencia por los pecados ajenos. Cuando se desea que un familiar cambie y se acerque a Dios, lo que se ha de hacer es rezar y ofrecer mortificaciones. Y viendo «la fe de ellos», Dios moverá los corazones.

Auméntame, Señor, el sentido sobrenatural, para que me duelan las ofensas que te hacemos por lo que son en realidad, no por sus consecuencias humanas lastimosas. Quiero ver con tus ojos, Cristo mío, cuánto te ofende el pecado y la manera de erradicarlo. Te pido por aquellos que no se atreven a ir a pedirte perdón y por los que no se percatan del mal que hacen. Perdónales, Señor.

8 tiempo ordinario

Vino nuevo

“Nadie echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos” (Mc 2,22)

Jesús conocía muy bien el mundo en el que vivía; era realista. En ocasiones tomaba ejemplos de la vida cotidiana, en los que se reflejaba el sentido común, para exponer sus enseñanzas. Aquí sale al paso de la malicia de los fariseos, que buscaban la polémica sobre el ayuno, pero sin intención de aprender porque les faltaba buena voluntad.

La doctrina cristiana era nueva entonces, y siempre tiene un aire joven y actual: da la solución a los problemas que los hombres se plantean, tanto en el ámbito humano como en su dimensión trascendente para con Dios. Pero es necesario poseer un corazón sencillo, recto. Los racionalistas, aquellos que quieren mantener sus razonamientos por encima de todo, están incapacitados para admitir lo que otro (en este caso Dios) dice.

Siempre se pueden objetar razones para no creer. San Agustín, que tuvo que vérselas con racionalistas escépticos de su época, afirma que «para el que quiere creer tengo mil razones, pero para el que no está dispuesto a creer, no tengo ninguna».

La sabiduría popular lo expresa diciendo que «tal como es uno así ve las cosas», «según es el recipiente, así adapta lo que recibe». Jesús no entra a la discusión con los fariseos sino que les habla de la necesidad de tener el corazón nuevo -y para ello posiblemente convertirse- para aceptar su doctrina. La palabra de Dios rompe los limitados razonamientos humanos, elevando al hombre sin componendas, sin permitirle pactar con secretas pasiones egoístas, abriéndole a la infinitud de la verdad y del amor.

Jesús, haznos humildes, haznos hombres nuevos, capaces de esta novedad que trajiste desde el Cielo; que no queramos ser tan “listos” que nos pongamos a discutir con Dios, que no nos busquemos razones mentirosas para justificar nuestros errores.

9 tiempo ordinario

Libertad de espíritu

“Y añadió: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es señor también del sábado»” (Mc 2, 27-28)

La doctrina cristiana no es un conjunto de preceptos sobre lo que está permitido y lo que no se puede hacer. Ése era el sistema que los fariseos habían tejido, equiparando las enseñanzas humanas con los preceptos divinos; de esta suerte habían trocado la obediencia debida a la Ley mosaica en el cumplimiento de 248 preceptos positivos y 365 negativos, con todas sus clases y divisiones. Toda aquella tupida red de enmarañados hilos asfixiaba a las gentes, envuelta en una capa de hipocresía donde sólo se contemplaba la obediencia exterior y formularia.

Pero la doctrina cristiana no es así. Cristo nos ha ganado *la libertad de los hijos de Dios* (Rm 8,21) que consiste en la soltura de quien actúa en la presencia de su Padre Dios y al que trata de agradar. La libertad dimana del amor, y cuando se ama se actúa libremente y, además, se acierta (En este sentido decía san Agustín: «Ama, y haz lo que quieras»). Lo que importa entonces no es el «cumplimiento» sino el interés, el amor. Por eso, el que ama procura conocer lo que el amado desea, busca realizarlo y además de una manera generosa, sin decir nunca: «mira lo que he hecho».

Para vivir así con Dios es imprescindible conocer bien la doctrina cristiana –con el fin de no equivocarse y hacer el verdadero bien– y después libertad de movimientos. Habrá que cumplir algunas cosas previstas (el modo de dar culto a Dios, la obligaciones familiares, profesionales, etc.) pero el amor es inventivo y se demuestra de mil maneras.

Es el amor, no el temor puritano a no cumplir estrictamente ni el cumplimiento farisaico lo que agrada a Dios. Él no nos quiere con ánimo encogido o escrupuloso o agobiado. Nos quiere alegres, sueltos. Y si nos equivocamos, iremos a pedirle perdón con la misma naturalidad.

Danos a todos, Señor, el señorío de los hijos de Dios. Esa libertad de espíritu que sólo busca hacer el bien, que sólo busca amarte. Trataremos de conocer qué deseas y –con tu gracia– procuraremos cumplirlo.

1 de Cuaresma

El peso del amor

“En seguida el Espíritu lo impulsó hacia el desierto. Y estuvo en el desierto cuarenta días mientras era tentado por Satanás” (Mc 1, 12)

Todos los seres son empujados suavemente hacia su bien propio por una inclinación natural: el humo tiende hacia arriba, el agua del río hacia la zona más baja, el gato al lugar soleado, el búho se esconde durante el día. Incluso cada facultad está orientada como por instinto hacia su objeto específico, por una connaturalidad que brota de la misma estructura de su ser: el ojo está hecho para distinguir los colores, el gusto para saborear,... La inteligencia del hombre apetece su objeto propio que es la inteligibilidad de las cosas, y su voluntad tiende de suyo hacia el bien.

Cuando el hombre es introducido en el orden sobrenatural por la gracia, participa en la vida íntima de Dios, y esa transformación radical que le diviniza en su misma esencia, crea en él inclinaciones e instintos nuevos. La gracia le da a participar el ser Dios, pensar como Dios, amar y actuar a la manera de Dios, a semejanza del Dios hecho carne y habitante en la tierra entre nosotros.

La gracia imprime en él, hasta en sus menores reacciones, un instinto divino. En adelante, y en la medida que se deje guiar por el Espíritu de Dios (*los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios*), el hombre actuará espontáneamente como hijo de Dios.

El *pondus* eran las piedras que los romanos ponían en la bodega de los barcos para que empujara hacia abajo y no se volcaran. San Agustín dirá: «Deus meus, pondus meus». Dios ha de ser el peso, el Amor hacia el que sea atraído el corazón del hombre, como Fin último. Esa atracción hacia el Bien supremo le transforma en lo más profundo de su psicología, pasando a ser Dios el centro de polarización de todos sus movimientos amorosos. He aquí el secreto de los santos.

Quiero descubrir esas fuerzas del cuerpo y de la afectividad que me tiran hacia los lados y distorsionan mi movimiento hacia Ti, Señor, para arrancarlos con la penitencia. Que seas Tú el único afán de mi vida, el soplo que me lleve y el puerto al que arribar.

¿Quién es Jesús?

“Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan y los llevó a ellos solos aparte a un monte elevado, y se transfiguró ante ellos. Sus vestidos se volvieron resplandecientes... Y se les aparecieron Elías y Moisés, que conversaban con Jesús” (Mc 9, 2-4)

En los evangelios se aprecia cómo una y otra vez la gente se preguntaba quién era Jesús. Aparecía como un hombre de gran personalidad humana, al que el pueblo tenía respeto, pues era exigente y amable; Jesús era maravilloso. Y como un hombre aparecerá en el huerto de los Olivos, precisamente ante estos tres apóstoles, como el reverso de la transfiguración. En Getsemaní le iban a ver como un hombre necesitado, enfermo, con temor. En cambio, en la transfiguración aparece en un ambiente que despide destellos divinos.

¿Quién era este hombre que hablaba con Elías y Moisés, que tenía esos amigos del cielo? ¿Quién es Jesús? Esa era la pregunta que tantos se hicieron al tener noticia de él, y que tocará a cada uno responder.

El evangelio nos describe hoy cómo se abrió una rendija del cielo y salió un rayo de luz, una nube: la presencia de Dios. Es como si se hubiera manifestado el otro aspecto de Jesús. San Pablo dirá que Jesús es el ser celestial, alguien venido del cielo (1 Co 15,47), y Él mismo afirmó que él era el pan vivo bajado del cielo (Jn 6,51). San Juan arranca su evangelio diciendo que el Verbo de Dios vino a la tierra haciéndose carne, hombre, y por eso se dice a María en el momento de la Anunciación que tendrá un hijo, que será Santo, por obra del Espíritu Santo.

Jesús es alguien muy cercano a nosotros, pero no hemos de olvidar que no es una criatura humana. Reverencia, por tanto, pues estamos ante Dios. No hemos de perderlo de vista en nuestra oración, no sea que, al ser tan cercano, le perdamos el respeto como si fuera un amigo más, un personaje histórico interesante, o, incluso, como un orador que hablaba de la paz.

Quiero buscar tu verdadero rostro, Señor. Que te vea muy cercano, pues para eso quisiste venir a estar con los hombres, pero que entienda todo lo que encierra tu nombre, Jesús.

3 de Cuaresma

No podemos callar

“Jesús subió a Jerusalén. Se encontró en el Templo con los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y con los cambistas sentados. Y haciendo con cuerdas un látigo expulsó a todos del Templo... tiró las monedas de los cambistas y volcó las mesas” (Jn 2, 13-15)

Aquél fue un suceso sorprendente e inolvidable para quienes lo presenciaron, porque Jesús habitualmente no se comportaba así. Ante los pecadores tenía entrañas de misericordia, y ante las ofensas que le infligieron en la Pasión, Jesús callaba. Pero aquel día en el templo quiso dejar bien claro que las cosas de Dios hay que tratarlas santamente.

No podemos olvidar la cólera de Dios manifestada en los avisos de los profetas, que denunciaban los pecados institucionalizados; el último profeta -Juan Bautista- también habló en esos términos. Jesús se mostró como profeta poniendo en evidencia la corrupción de los hombres, la pérdida del sentido sagrado y el incumplimiento de los mandatos de Dios.

También la autoridad de la Iglesia denuncia en ocasiones males gravísimos institucionalizados en algunos países: el aborto, la eutanasia, las prácticas homosexuales, la esclavitud, la explotación de los más débiles, el ataque a los cristianos por sus creencias, el mal uso de los lugares y objetos sagrados,... Una cosa es dialogar y otra callar ante el mal que se realiza impunemente.

La prudencia indica en algunos casos que es mejor callar, pero otras veces lleva a salir al paso decididamente contra el mal. San Pedro dirá a los príncipes de Israel que no podían no hablar de Jesucristo. ¿No es verdad que nuestro silencio por no querer significarnos, por no aparecer como exagerados, puede significar en algunos casos ser cómplices del mal ajeno?

Danos, Señor, amor a la verdad y fortaleza para no ceder ante la presión del ambiente. Auméntanos la piedad, que sepamos tratar las cosas santas -los objetos religiosos, los templos, la doctrina, la vida humana, el matrimonio- santamente. Que no perdamos el sentido de lo sagrado, que no nos volvamos mundanos en el modo de pensar. Ayúdanos Señor, pon en nuestro camino alguien que nos lo recuerde.

La luz de la conciencia

“El juicio consiste en esto: que vino la luz al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra mal aborrece la luz, y no se acerca a la luz para no verse reprobado por sus obras” (Jn 3, 19-21)

En algunos relojes de sol que embellecen las fachadas de ciertos edificios hay una leyenda que dice: «Horas non numero, nisi serenas», como si el reloj hablara y dijera que no marca las horas a no ser que haga buen tiempo: si no hay luz no sirvo. La conciencia aprueba o reprueba las acciones que vamos a realizar o que hemos realizado. Pero, como el reloj de sol, necesita de la luz para poder señalar bien. La luz es la verdad. Por eso es tan importante formar bien la conciencia, para distinguir con claridad el bien del mal. Sólo así podemos ejercitar bien nuestra libertad.

Jesús explica que el que no quiere obrar bien huye de la luz, de la verdad, porque ojos que no ven corazón que no siente. Pero uno es responsable del bien que debiera hacer o del mal que ha realizado si culpablemente no quiso saber lo que debía hacer. Es una necesidad ocultarse de la verdad en esta vida, ir a la oscuridad para pecar (por algo se llama a los diablos los hijos de las tinieblas), porque nada escapa a la mirada de Dios, incluso entenebreciendo la conciencia hasta llegar a pensar que no es pecado lo que sí es. Es tan absurdo como el que estropea la brújula y luego actúa como si funcionara bien.

Hay una estrecha relación entre la conciencia y el modo de vida. Dios conoce las circunstancias ambientales y personales de cada uno y por qué en el fondo de su corazón decide hacer lo que hace, y también conoce la resistencia a oír su voz en esta vida, acallando la conciencia a base de teorías y de jaleo.

Cada noche en el examen de conciencia tenemos la oportunidad –si queremos– de ver, con la luz de Dios, nuestras acciones y de rectificar lo que hemos hecho mal. Y sacar propósitos de cambio. Después iremos a ese juicio de misericordia en esta vida que es el sacramento del perdón. Esto es caminar en la luz.

Quiero acercarme a Ti, Señor, que eres la Luz, y en tu luz ver qué he de hacer.

5 de Cuaresma

La cruz

“Jesús les contestó: «Ha llegado la hora en que será glorificado el hijo del Hombre. Os lo aseguro: si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto»” (Jn 12, 23-24)

La Cruz es algo nuclear en el cristianismo. Jesús nació para morir en ella, para triunfar en ella, y ésa será la señal de los cristianos. Nosotros no la toleramos, la amamos, porque es nuestro lugar, como lo fue para el Señor. Él se ilusionó por la Cruz, suspiró por ella, la amó; y por eso rechazó a Pedro que quería alejarle de ella. Si nosotros hemos de amar lo que Él amó, tener sus mismos sentimientos, también hemos de amar la Cruz, querer ser corredentores, ser crucificados con Cristo.

Es una de las paradojas del cristianismo: para ser glorificados hay que pasar por la humillación, para tener vida espiritual y dar vida a los demás es necesario morir, ser mortificados; pero es el camino. Estos días lo consideramos al contemplar la Pasión y Muerte del Señor. El sufrimiento en los hombres es un misterio, pero el cristiano que une su dolor al de Cristo puede entender su significado salvífico.

El sufrimiento es un lugar privilegiado donde podemos ejercitar la Fe, la Esperanza y la Caridad, donde podemos acercarnos con rapidez al Padre, como estaba unido Jesús a su Padre. El dolor nos puede dar una gran solidaridad con Cristo, que sabe lo que es sufrir y se ha unido de tal manera con el que sufre para hacerle entender lo que significa ser hijo de Dios.

Acepto ya desde ahora la Cruz cuando aparezca en su sorpresa o en su aspereza. Quiero amarte, Señor, en todas esas pequeñas cruces con las que me encuentro cada día: la intensidad y perfección en el trabajo, el cumplimiento de los deberes, la caridad esforzada, tener que cargar con las necesidades de los demás.

Dame tu gracia para que no me canse, para que no me queje, para que te sea fiel en lo que me parece grande y en lo que me parece pequeño.

Domingo de Ramos

Eloí, Eloí

“Y a la hora de nona exclamó Jesús con una fuerte voz: «Eloí, Eloí, lemá sabacthní?», que quiere decir: «¿Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?»” (Mc 15,34)

Cuando se ha apostado por Dios, y ante la impotencia por el sufrimiento aplastante y la muerte cercana, es humano, es algo profundamente humano, levantar la mirada a Dios y preguntarse: «¿Por qué? ¡¿Dónde está Dios?!».

Esa misma pregunta lanzada al cielo puede significar cosas distintas, según el corazón de quien la formula. En unos casos puede ser una queja, un desafío a Dios –si Dios existe, que lo demuestre ahora–, o puede ser la manifestación del dolor sumido en la certeza de quien sabe que Dios está por allí escuchándole en medio de su desolación. Es la exclamación final del Santo Job que, después de sufrir él solo su desgracia y sentir la lejanía de Dios, afirma: *Yo sé que mi Redentor vive, y al fin... yo veré a Dios* (Job 19, 25-26).

«En realidad –explica Juan Pablo II–, si Jesús prueba el sentimiento de verse abandonado por el Padre, sabe, sin embargo, que no lo está en absoluto. Él mismo dijo: *El Padre y yo somos una misma cosa*, y hablando de la pasión futura: *Yo no estoy solo porque el Padre está conmigo*. En la cima de su espíritu Jesús tiene la visión neta de Dios y la certeza de la unión con el Padre. Pero en las zonas que lindan con la sensibilidad y, por ello, más sujetas a impresiones, emociones, repercusiones de las experiencias dolorosas internas y externas, el alma humana de Jesús se reduce a un desierto, y Él no siente ya la “presencia” del Padre, sino la trágica experiencia de la más completa desolación...

Si el pecado es la separación de Dios, Jesús debía probar en la crisis de su unión con el Padre, un sufrimiento proporcionado a esa separación» (*Audiencia*, 30-XI-1988).

Gracias, Señor, porque has querido experimentar hasta lo más íntimo de tu humanidad todas las consecuencias dolorosas derivadas del pecado, incluso hasta el límite, hasta la amargura de la soledad –la ausencia de Dios–, y nos enseñas a confiar en el Padre.

3 de Pascua

Dios y Hombre

“Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. Y les dijo: «¿Por qué os turbáis, y por qué surgen dudas en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies: soy yo mismo»... Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado, y tomándolo, comió delante de ellos” (Lc 24, 37-43)

Jesús demostró que, aún siendo hombre verdadero (tenía cuerpo y alma humanos), no era una persona humana, sino divina. A los discípulos les costaba entenderlo cuando le acompañaban en sus viajes por Palestina porque veían su cuerpo y las manifestaciones de su alma (cómo amaba, cómo sufría). Su humanidad se manifestó en carne viva en su Pasión al ser flagelado y crucificado.

Sin embargo, Jesús había afirmado que Él era igual al Padre, es decir, que era igual a Dios. Una vez que hubo resucitado y se les apareció, a los discípulos no les cabía en la cabeza que pudiera ser el mismo que habían visto morir tres días antes, pero al comprobar asombrados que era Él mismo, no dijeron que era «Jesús», sino «el Señor»: le reconocían como el Señor de sus vidas, como Dios.

¡Qué humano es que Jesús les mostrara los pies y las manos, y verle comer! ¡Y era el Señor! Ha habido personas que han hablado con Jesús resucitado. Parece increíble, pero ha sido así. Si Él no quiere aparecerse a los cristianos es porque es mejor que creamos en Él. Pero no por eso hemos de dejar de hablar con Él. Es muy fácil recordar su vida, verle en los pasajes del Evangelio caminando, sentado a la mesa o en el monte, orando. El camino es tratar su Humanidad santísima, tratarle como Hombre, sabiendo a la vez que es el Señor, que nos habla, que nos quiere, que nos orienta y nos pide.

Si yo entendiera que estás tan cerca, Señor, te hablaría a toda hora; sería para mí la oración un rato de tertulia enriquecedora. ¿Por qué no me lo haces entender? Yo sé que en la Eucaristía estás de modo sacramental con tu Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Iré junto a Ti; Tú auméntame la fe.

4 de Pascua

El Buen Pastor

“Yo soy el buen pastor: conozco a las mías y las mías me conocen. Como mi Padre me conoce, también yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas” (Jn 10,1-15)

Jesús es el Señor de nuestra vida, es la autoridad, el Pastor que nos guía con sus palabras y con el ejemplo de su vida. Y si el ejercicio de toda autoridad ha de ser un servicio, Jesús demostró con su entrega en los años que vivió entre nosotros –y de manera elocuente en la cruz– que dio su vida por sus ovejas. ¿Cuál ha de ser nuestra respuesta ante sus silbidos amorosos, ante las indicaciones que nos hace a través de los que ha constituido como pastores en la Iglesia? La respuesta ha de ser la sumisión y la obediencia.

Nuestra actitud ante los documentos del Papa y de los Obispos ha de ser la sumisión de nuestra inteligencia. No son opiniones lo que dicen, lo han pensado muy bien y se han informado por expertos cuando indican cuál es la respuesta de la fe o la solución moral a una cuestión. Sólo el Papa y los Obispos unidos a él tienen esta autoridad delegada de Cristo. Por eso, aunque un teólogo fuera muy listo, si disiente del Magisterio de la Iglesia, se equivoca y no hay ni que escucharle.

Si en cualquier tema humano no todas las opiniones valen lo mismo –pues puede haber opiniones autorizadas y otras que no lo son–, en cuestiones de fe o de moral mucho más, pues no se trata de opiniones, sino de conocer la verdad objetiva. La única autoridad en estos temas es la de Cristo, que es la Verdad, el Buen Pastor, y la de aquellos que le representan, a los que dio una especial asistencia para que fueran fieles intérpretes de sus palabras.

Gracias, Señor, porque siendo Dios no usas la prepotencia con los hombres, sino que nos presentas la verdad en un ejercicio de humildad y de servicio. Gracias porque tus ministros gastan su vida aprendiendo tus palabras y enseñándonos sin medir el tiempo que dedican.

Yo procuraré escucharte a través de estos medios, especialmente leyendo los documentos del Papa, como si fueran escritos por Ti y dirigidos a mí, y trataré de saber antes de leer algún libro si contiene doctrina católica.

5 de Pascua

Sarmientos de la vid

“Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (Jn 15, 4-5)

La santidad en esta tierra no consiste en la ausencia de tentaciones, sino en tener las potencias ordenadas. No consiste incluso en no tener caídas, sino en levantarse siempre. Para la santidad es preciso luchar, esforzarse por hacer el bien, pero tampoco la santidad consiste esencialmente en el esfuerzo. La santidad consiste en estar unido a Cristo por la gracia.

Para esto es necesario buscar la voluntad de Dios y ponerla en práctica: creer y bautizarse, con todo lo que estas palabras encierran: cumplir los mandamientos, unirse a Cristo en los sacramentos y en la Cruz de cada día. Vivir en estado de gracia, realizando obras donde se recibe la gracia, especialmente recibiendo los sacramentos, pues en ellos nos revestimos de Cristo. Además la oración y la mortificación.

Por el bautismo hemos sido injertados en Cristo, como una rama en una cepa, y ahora somos como sarmientos suyos. Se puede decir que por las venas de nuestra alma circula la vida de Cristo, la vida sobrenatural.

Dios ha querido asociarnos a su vida eterna y feliz, pero es preciso realizar una poda porque estamos sobrados de egoísmo y de todo lo que él implica. Quitar ramas secas y hojarasca del «hombre viejo» para tener más savia joven, vida nueva del Espíritu.

¿Qué he de hacer, Señor, para identificarme contigo y vivir sólo de Ti? Acudiré con frecuencia a la Santa Misa venciendo mi comodidad; y me llegaré a Ti en el sacramento de la reconciliación cuando advierta que la avaricia, la ira, la sensualidad, etc., me hayan distanciado de Ti. Y lucharé contra las tentaciones, que Tú conoces, Señor, para no separarme nunca de Ti.

Madre nuestra, María, que en este mes de mayo te honramos y acudimos a tu protección; ayúdanos en nuestras peleas contra el enemigo que quiere que seamos sarmientos secos para el fuego eterno, y llévanos siempre a Jesús.

6 de Pascua

Declaración de amor

“Como el Padre me amó, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor... Estas cosas las he dicho para mi gozo esté en vosotros y vuestra alegría sea completa... Nadie tiene amor mayor que el de dar la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15, 9-14)

Aquellas palabras de Jesús –declaración de amor a sus amigos– debieron dejarles impresionados. Dios nos ama, esta es la premisa mayor de todo el mensaje cristiano. Palabras que abrasan el corazón y que resuenan con la misma fuerza, intensidad y urgencia con que fueron pronunciadas la primera vez. Jesús lo demostró. Ésa es la realidad.

Pero el amor es un regalo que si no es aceptado, si no es recíproco, no llega a su perfección. El amor es una cuestión entre dos. Por parte de Dios está la mano tendida, el corazón dispuesto. Sólo se necesita demostrarle nuestro amor: hacer lo que Él nos manda, permanecer en su amor. Obras son amores, y no buenas razones. El amor hay que demostrarlo con los hechos. Las obras que Él espera están al alcance de nuestra mano: cumplir los Mandamientos. Ante esa declaración de amor de Jesús, hemos de responder con generosidad, sin decirle nunca que no, sin responder que sí a medias. En la medida de nuestra correspondencia, en la medida de nuestro amor a Dios seremos felices, nuestra alegría será más plena. ¡Qué bien nos conoce Dios!

En estos días de alegría de la Pascua, la Iglesia nos recuerda el mandamiento del Señor. Sus mandatos no son pesados. Cuando hay amor uno no se fija en lo que cuesta, ni siquiera en el sacrificio del martirio. Jesús dio su vida por nosotros, nosotros hemos de dar la nuestra cada día, gastándola en el afán de demostrarle nuestro cariño.

Oh Dios, que no necesitas nada de tus criaturas y, sin embargo, deseas una cosa: nuestro cariño. Voy a poner cuidado en conocer lo que te agrada, voy a esforzarme en cumplir amorosamente tus sugerencias. No por mi felicidad, sino porque deseo ser un consuelo para Ti en la tierra y agradarte a Ti, de quien sólo he recibido amor.

La Ascensión del Señor

Fuego en la tierra

“El Señor Jesús... subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron y predicaron por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando su palabra con las señales que les acompañaban” (Mc 16, 19-20)

Jesús culmina su estancia en la tierra elevándose al Cielo, para recibir toda la gloria que, como Hijo de Dios, le corresponde. Él se había anonadado tomando forma de siervo, se hizo obediente hasta la muerte de Cruz. Después Dios lo exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre, de modo que ante Él doble la rodilla cuanto hay en los cielos y en la tierra (cf. Fl 2,8). Pero antes de marcharse, Jesús confía a sus apóstoles la misión de proclamar el Evangelio a toda criatura, y les promete su ayuda: Él estará siempre con ellos.

Ellos se fueron a predicar, entregando el fuego sagrado a quienes les escuchaban. Después, cuando ellos dejaron la tierra para ir al Cielo, el fuego de Cristo se fue esparciendo por toda la tierra. Aquel fuego que Cristo había venido a traer fue encendiendo todas las páginas de la Historia. Ahora ese fuego está en nuestras manos y nos toca a nosotros reavivarlo en nosotros mismos y propagarlo entre los hombres de nuestra época. Que no se apague, porque es una misión que Cristo nos ha confiado para iluminar, alegrar y mejorar la conducta de los hombres. Ese fuego se mantiene y alimenta en el estudio de las verdades cristianas y en la oración, pero también en la medida en que uno habla de Dios a los demás.

En estos días previos a Pentecostés podemos acudir al Espíritu Santo, que llegó en forma de fuego, con aquella oración de santa Edith Stein al Espíritu Santo:

¿Quién eres Tú, dulce luz, que me llena e ilumina la oscuridad de mi corazón? Tú me guías como la mano de una madre, y si me soltaras, ya no sabría dar un paso más. Tú eres el ámbito, que me circunda y me encierra en sí. Separada de Ti, me hundiría en el abismo de la nada, del que a esa nada la elevaste hasta el ser. Y eres más interior a mí que lo más íntimo de mi ser, y, sin embargo, eres inaccesible e incomprensible, y no cabes en nombre alguno: ¡Espíritu Santo - Amor eterno!

La Santísima Trinidad

Es de noche

“Y acercándose Jesús, les habló diciendo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»” (Mt 28, 18-19)

En el momento en el que Jesús deja este mundo y les da el mandato de continuar su misión, revela una vez más a sus discípulos el misterioso modo de su ser divino: Dios es una sola Naturaleza y tres divinas Personas, distintas entre sí e iguales al mismo tiempo en grandeza y poder.

«Bien sé Tres en una sola agua viva residen, y una de otra se deriva, aunque es de noche», afirma san Juan de la Cruz. Ante el misterio de la Santísima Trinidad hemos de ser humildes, pues no se trata tanto de entender con la propia razón limitada, sino sobre todo de amar. Si la más pequeña célula guarda enigmas para el hombre de ciencia, no es de maravillar que en la intimidad del Creador haya abismos llenos de misterios. Aunque es éste un misterio de luz, es tanta la luz, que nos ciega. *Es de noche*. Pero si reconocemos la infinita trascendencia de Dios y alzamos con fe amorosa nuestra mirada hacia Él, entonces comienza el alba.

Las tres divinas Personas se nos ofrecen como el fruto infinitamente sabroso, que eternamente sacia sin saciar. «La delicadez del deleite que en este toque se siente -dice el místico- es imposible decirse... que no hay vocablos para declarar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan... y así sólo se puede decir, y con verdad, que *a vida eterna sabe*; que aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque de Dios, *a vida eterna sabe*» (*Llama de amor viva*).

Del fondo del corazón nace el deseo de proclamar que Dios es personal, que se puede hablar con Él, porque sin la vida de Dios, la existencia no tiene sentido. Hoy es un día para hacer actos de fe, de esperanza y de amor. No basta saberlo, hay que decirlo:

Creo, espero y amo a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo. Creo en la Santísima Trinidad, único Dios verdadero, fuente de verdad y de amor, único fin de mi existencia.

Corpus Christi

Jesús Sacramentado

“Mientras cenaban, tomó pan y, dicha la bendición, lo partió, y se lo dio diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Tomando luego el cáliz, dio gracias, se lo dio y bebieron todos de él. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos»” (Mc 14, 22-24)

La Eucaristía es un misterio de fe y de amor. Sólo la fe y el amor descubre a Aquél que se esconde en esas *cosas*. Es un misterio que Dios se haya hecho hombre para acercarse a los hombres, y haya escondido su divinidad en su humanidad; pero mayor misterio es que se haya querido quedar hasta el fin de los tiempos escondida incluso su humanidad en un trozo de pan y en un poco de vino. ¡Ahí está Jesús vivo!; éste es su Cuerpo, el mismo que nació de María y que vieron en la Cruz; aquí está su Sangre derramada por nosotros, está su Alma que animó aquel Cuerpo y que entregó al Padre; aquí su Divinidad.

Jesús instituyó este Sacramento como *memorial* perenne de su Pasión, Muerte y Resurrección. La fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía llevó a la devoción de adorar a Jesús Sacramentado fuera de la Misa. Primero fue para llevar este manjar a los enfermos y a los presos por la fe; después para darle culto público: bendición con el Santísimo, procesiones, visitas al Sagrario, adoración y velas nocturnas...

En muchos lugares se vive la antiquísima costumbre de llevar por las calles a Jesús Sacramentado «rompiendo el silencio misterioso que circunda a la Eucaristía y tributarle un triunfo que sobrepasa el muro de las iglesias para invadir las calles de las ciudades e infundir en toda la comunidad humana el sentido y la alegría de la presencia de Cristo, silencioso y vivo acompañante del hombre peregrino por los senderos del tiempo y de la tierra» (Pablo VI).

Creo, Señor, que estás ahí, “mirándonos como a través de celosías” (Ct 2,9). No has querido esperar al encuentro definitivo allá en el Cielo y nos has dejado un anticipo de esa figura que un día contemplaremos con gozo y sin velos. Sé que me esperas para aumentar mi fe, mi esperanza y mi amor.

10 tiempo ordinario

Abiertos a la verdad

“Vinieron a llevárselo porque decían que no estaba en sus cabales. También los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: «Tiene dentro a Belcebú y expulsa los demonios con el poder del jefe de los demonios». El los invitó a acercarse... «el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás»” (Mc 3, 21-29)

Todos podemos equivocarnos, tener errores de apreciación o errores prácticos. Hemos de tener entonces la suficiente humildad para reconocer la verdad y pedir perdón a Dios. Él siempre está dispuesto a perdonar. Lo que no debemos hacer nunca es rechazar la verdad, decir que Jesús se equivocaba o negar la evidencia de los milagros, porque es lo mismo que cerrarnos la puerta de la salvación.

A quien se obstina en el mal, Dios no le puede salvar porque él mismo pone un obstáculo. La soberbia, sobre todo la intelectual que lleva a no querer aceptar la verdad y a justificar los propios errores, incapacita la conversión, el acercamiento a Dios.

Lógicamente, si los juristas judíos hubieran sido amantes de la verdad, habrían tenido que dejarse vencer por la verdad, pero eso hubiera supuesto «convertirse» a esa nueva doctrina y cambiar su modo de vida, a lo cual no estaban dispuestos. Por eso llegó un momento en el que el choque fue inevitable y, con intercambio de palabras fuertes, Jesús puso de manifiesto que en sus corazones eran hijos del príncipe de la mentira por no querer reconocer las obras de Dios.

Jesús que era manso de corazón, que proponía su doctrina, que salía al encuentro de los pecadores con una paciencia infinita (recordamos su diálogo con la samaritana o con Zaqueo), ante el encastillamiento de los juristas en su error no tuvo más remedio que hablarles duramente (raza de víboras, hijos del diablo, les llamó), para así pudieran rectificar.

Dame, Señor, el conocimiento propio, que descubra la soberbia anida en mi corazón, y sepa que puedo endurecer mis ojos para no querer ver la luz. Házmeo entender ahora, por si llega un momento de ofuscación.

11 tiempo ordinario

Paciencia

“El reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra, y ya duerma o vele, sea de noche o de día, la semilla germina y crece sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma da el fruto: primero la hierba, después la espiga, después el grano” (Mc 4, 26-28)

El hombre paciente se asemeja al labrador que acomoda su tarea al ritmo propio de la naturaleza, al arado, la siembra, el riego... Cada cosa tiene su momento y hay que esperar meses hasta recoger los granos que se convertirán en pan. El impaciente querría recoger sin seguir todos los pasos. Hasta para hacer el bien es preciso la paciencia. Todos necesitamos del paso del tiempo para que la semilla de la palabra de Dios vaya arraigando y creciendo dentro de nosotros.

Dios se acomoda al compás de las personas y de las cosas sin acelerarlo. Parece como si Dios no tuviera prisa, pero al pasar el tiempo, sucede lo que tenía previsto, si se han dado los pasos. Es importante no impacientarse ante uno mismo, pensando que no se mejora, que no se vence una dificultad. Y es importante en el apostolado no pretendiendo recoger el fruto que aún no está maduro, pues se estropeará. Las plantas no crecen tirando de ellas hacia arriba. La conversión o la vocación es una tarea del Espíritu Santo que remueve los corazones, cuenta con las circunstancias personales y ambientales y con el paso del tiempo.

No es que las cosas se arreglen solas (porque la paciencia está en las antípodas de la pereza) ni con el mero paso del tiempo. Es que los grandes frutos no pueden apresurarse, se logran con la paciencia que es confianza en Dios y respeto a los demás.

Ven, ¡oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos; fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo; inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después..., mañana. Nunc coepi! ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte.

¡Oh, Espíritu de verdad y de Sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras (Josemaría Escrivá)

12 tiempo ordinario

En la tormenta

“Se levantó un fuerte vendaval y las olas saltaban por encima de la barca, hasta el punto que ya se anegaba. Él dormía sobre un cabezal en la popa. Lo despiertan y le dicen: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» Levantándose, increpó al viento y dijo al mar: «Calla, enmudece!» El viento cesó y sobrevino una gran bonanza” (Mc 4, 37-39)

El problema era real y verdaderamente grave; los apóstoles estaban muy ocupados achicando agua, en un trabajo que les hacía olvidar que Jesús estaba cerca. Le veían dormido, sin hacerles caso, sin echarles una mano. Jesús parecía ausente, ¿o más bien ellos tenían ausente a Jesús? Cuando acudieron a Él, no sólo solucionó el problema de peligro de muerte, sino que creó un ambiente de silencio y de calma.

No debemos estar tan ocupados que perdamos de vista la cercanía de Dios. No basta con saber que Dios existe, pero imaginando que se ha despreocupado de los hombres. Hemos de saber –sentir– que Él nos ama. Y para eso necesitamos sosiego exterior, y sobre todo el interior; un clima de silencio y de escucha, para oír a Dios que nos habla incluso en esos momentos de mucha faena, de tempestades exteriores o interiores, o de sufrimiento, porque si estamos con Dios, entonces, nada hay que temer: «Nada te turbe, nada te espante, sólo Dios basta».

«El Padre ha dicho una palabra. Es su Verbo, su Hijo. La dice eternamente y en un eterno silencio, y en este silencio el alma la oye» (San Juan de la Cruz, *Máximas*). *Yo llevo al alma a la soledad; allí le hablo al corazón*, dice el Señor por Oseas (2,14).

A Jesús, sí le importa que perezcamos por el agobio del trabajo o cualquier cosa que nos quite la paz porque nos quiere amar, y que sepamos que Él está cerca. Todo eso es circunstancial y podemos aprovecharlo para purificarme.

Haré el propósito de no abandonar los ratos de oración por las faenas que hay que hacer en el día para no perder calidad de vida, la del amor.

13 tiempo ordinario

Querer de verdad

“Y una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años..., habiendo oído hablar de Jesús, se acercó por detrás entre la multitud y le tocó el manto, porque se decía: «con sólo que toque su vestido quedaré curada»” (Mc 5, 25-39)

Aquella mujer quería curarse, y había puesto todos los medios a su alcance. Ya no había más remedios, pero al oír hablar de Jesús se lanza a tocarle porque cree que puede curarle. Si hiciéramos una encuesta preguntando a las personas si quieren ir al cielo, todas dirían que sí, que sí quieren. Pero una cosa es ese vago deseo y otra el quererlo realmente, poniendo los medios que hagan falta.

Cuentan que una hermana suya preguntó a Tomás de Aquino qué es lo que hacía falta para ir al cielo, y su hermano fue esa vez muy lacónico: “Teodora –le dijo– lo único que hace falta es querer”.

Por parte de Dios el camino está trazado, sólo queda recorrerlo personalmente; pero para eso hay que querer de verdad, empleándose a fondo: quien quiere de verdad pondrá los medios. Por eso señala la santa de Ávila que «a los que quieren beber de esta agua de vida y quieren caminar hasta llegar hasta la misma fuente... digo que importa mucho y el todo... una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, murmure quien murmure, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (*Camino de perfección*).

Cuánto tiempo y esfuerzos dedican las personas para las cosas que les placen. Cuánta ilusión tenemos a veces por ciertos temas que verdaderamente nos roban el corazón por momentos y, con tal de conseguir nuestro propósito, ¡cuántos sacrificios hacemos!

Tú quieres, Señor, que esté ilusionado por muchas cosas, pero sólo una es necesaria una cosa, y que ha de estar en el fondo de todo mi pensar, querer y actuar: Tú, Señor. Ayúdame a querer de verdad, con obras, sin que otros afanes apaguen mi propósito.

14 tiempo ordinario

Los obstáculos

“Muchos de los que le oían, decían admirados: «De dónde le viene esto?, y qué sabiduría es esa que le ha sido dada y los milagros que se realizan por sus manos? ¿No es éste el hijo del carpintero?...» y desconfiaban de él” (Mc 6,2-4)

El Señor encontró al comienzo de su ministerio público una gran resistencia en la aceptación de su mensaje. Algunos se admiraban, pero los prejuicios pudieron más que la evidencia. También hoy algunos miran con desconfianza a Jesucristo, a su Iglesia y sus enseñanzas. Esta reserva inicial, que puede ser una dura prueba para nuestra fe, no debe ni retraernos de seguir difundiéndola entre nuestros conocidos, ni acomodarla para hacerla más atractiva a una mentalidad permisiva.

La verdad tiene un enorme poder de convocatoria. Ella se abre paso por sí sola en la cabeza y el corazón de quienes la buscan sinceramente. Hemos de tomar ejemplo de Jesús quien, en aquella entrevista con Pilato donde parecía derrotado frente al poderoso escéptico, confesó: *Yo para esto he nacido y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz* (Jn 18,37).

La indiferencia religiosa lleva a muchos a vivir hoy como si Dios no existiera o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia. Es muy cómoda esa postura, es muy cómodo exigir a los cristianos que les demuestren la verdad, que carguen con la prueba, porque siempre uno se puede escapar aludiendo a casos históricos complejos, a personas que no han vivido su fe, o invocando que lo que pide la Iglesia en el terreno moral es contrario a lo que dice cierta psicología o a lo que hace mucha gente.

No nos dejemos impresionar por los obstáculos. Habrá dificultades, incomprensiones y hasta rechazos violentos, pero el éxito final está asegurado. *En el mundo tendréis tribulación; pero confiad: yo he vencido al mundo* (Jn 16,33).

Señor, auméntanos la fe, la esperanza y la caridad, fortalécenos en las adversidades, para no dejarnos llevar por el desaliento.

15 tiempo ordinario

Necesidad de la pobreza

“Les ordenó que no llevasen nada para el camino, aparte de un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja, sino que fueran calzados con sandalias y no llevaran dos túnicas” (Mc 6, 8-9)

San Pablo nos dice a todos que Dios nos ha concedido ser hijos de Dios y ha derrochado en nosotros el tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad (Ef 1,5-9). Dios da a sus fieles grandes bienes y lo hace con generosidad. Pero leemos hoy en el evangelio que se nos pide a cambio una disposición de desprendimiento de los bienes materiales. Para alcanzar aquellas riquezas hay que despojarse de éstas.

Hay tres temas –pobreza, castidad y obediencia– en los que es fácil que se meta el yo, el criterio propio, egoísta. Es preciso ser *objetivos*, dejarnos orientar para ver las cosas como en tercera persona, porque mientras no se vivan, se está incapacitado para entender los bienes espirituales.

En la tierra necesitamos bienes y recursos, pero son medios: tener dinero sirve para no tener que estar preocupados por él y poder ayudar a los demás. No es malo poseer bienes, lo malo es tener el corazón atado a ellos. Todos hemos de estar desprendidos de las cosas que tenemos y usamos, todos hemos de vivir la virtud de la pobreza, *sentirla* en nuestra vida. A veces pasando necesidad voluntariamente, privándonos de algo, sobre todo de aquello que nos hace mucha ilusión. Al fin y al cabo, desnudos vinimos al mundo y sin nada nos iremos.

Quizá no se trate del cuanto, sino del qué. Lo mismo da que sea una maroma que un hilo fino lo que tiene atado al pajarillo y le impide volar. Es necesario que de vez en cuando hagamos examen, que miremos entre nuestras cosas. No se sabe la profundidad de un charco hasta que se mete el pie. Quizá valga la pena hoy hacer un poco de examen.

Señor, que desees que estemos pendientes de las cosas importantes (la oración, la evangelización, la familia), no en tener más o menos ni en crearnos necesidades; danos la pobreza de espíritu para orientar bien nuestro corazón y aspirar a los bienes eternos.

16 tiempo ordinario

Descanso

“Los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y les dice: «Venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco»” (Mc 6, 30-31)

El relato de la creación del libro del Génesis termina diciendo que Dios descansó de su trabajo, y en la Ley de Moisés se prescribía el sábado como día de descanso y de culto a Dios. La Iglesia señala el domingo como el día del Señor, día en que hemos de dejar el trabajo para poder alabar a Dios, sobre todo participando en la celebración Eucarística, y también haciendo oración.

En sus tres años de vida pública, Jesús tenía jornadas agotadoras en las que recorría las aldeas y predicaba el Evangelio. Era muy necesario, y le daban pena las gentes porque andaban como ovejas sin pastor. Pero aun con todo, Jesús se reservaba largos ratos para la oración con su Padre, y también dejaba todo y se iba «con los suyos» a descansar. Por mucho trabajo que se tenga y por muy importante que sea, hay que descansar, al menos unas horas a la semana.

No es sólo una necesidad humana, sino que el domingo es el día del Señor y hay que dedicar tiempo al culto. Además ése es el día del hombre (cf. Juan Pablo II, *Dies Domini*) en el que puede dedicarse a la contemplación y a vivir sosegadamente con «los suyos», con sus familiares: los demás tienen derecho a nuestra compañía, por tanto, tenemos un deber para con ellos.

En este sentido sería conveniente plantear los tiempos de descanso para no ocuparnos solamente en nuestras cosas (deporte, gustos) sin pensar en los que nos rodean –peor si esas actividades nos alejaran de Dios–, porque significaría que serían como unos ídolos que nos roban el corazón. Jesús apenas tenía tiempo para descansar, pero dedicaba tiempo a su Padre y a los suyos.

Que yo vea las necesidades de los demás, que salga de mis gustos y aficiones. La puerta de la felicidad siempre se abre hacia afuera, nunca hacia dentro, intentando satisfacer mis intereses personales. Que vea a los demás y te vea a Ti, Señor, que esperas que esté contigo el domingo.

17 tiempo ordinario

Comprometerse

“Viendo venir hacia él una gran muchedumbre, dijo a Felipe: «¿Dónde compraremos panes para que coman éstos?»... Le dice uno de los discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces»” (Jn 6,44)

A veces nos preguntamos: «¿Por qué Dios no interviene en el mundo y arregla tal asunto?» Deberían venir a nuestra memoria estas palabras: *dadles vosotros de comer*. Cuentan que un hombre se encontró a un niño enfermo en la calle, fue a la Iglesia y preguntó al sacerdote: ¿Por qué Dios no hace nada para ayudarlo?; y el sacerdote le contestó: Ya lo ha hecho: que tú le encontraras.

Es muy fácil echar la culpa a otros, incluso echársela a Dios, ante las deficiencias que notamos. Lo que hemos de hacer es implicarnos nosotros, si es que podemos o debemos hacerlo. Implicarnos a fondo. Dicen que en un plato con un trozo de panceta y dos huevos fritos, el cerdo se ha implicado mucho más que la gallina (poniendo su lomo).

Dios puede hacer milagros, pero normalmente no los hace, porque cuenta con las criaturas para resolver los problemas. Jesús iba a dar de comer a cinco mil personas, pero quería necesitar de los cinco panes y de los dos peces. No había más, pero era todo. Al darlos, aquel chico se quedaba sin su comida. Podía haberse quedado con algo, pero lo dio todo. Y entonces Jesús hizo el milagro que rompió todas las previsiones.

Por la naturaleza social de los hombres, Dios desea que unos evangelicen y ayuden a los otros. Podría hacerlo Él inmediatamente con cada uno, pero no ha querido hacerlo así. Por eso, ¡tantas cosas dependen de nuestra generosidad! Cuentan que un día le dijo el Señor a santa Teresa de Jesús: «Teresa, yo he querido, pero los hombres no han querido».

Hoy puede ser una buena ocasión para plantearme qué me estás pidiendo, Señor. ¿Cuánto te doy? ¿Me conformo con darte algo para que no me compliques la vida, o puedo tener corazón joven –como aquel muchacho– y poner a tu servicio mi tiempo y más cosas?

18 tiempo ordinario

Pan de vida

“«El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo». Ellos le dijeron: «Señor, danos siempre de ese pan». Jesús les respondió: «Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed»” (Jn 6, 33-35)

La Eucaristía es presencia permanente y alimento. Pan vivo que ha bajado del cielo, que da la vida al hombre, la vida de Dios. Vida sobrenatural que transforma, que lleva en sí el germen de la vida eterna. Quien tiene esta vida ya no muere ni tiene sed, porque es como un agua que salta hasta la vida eterna.

La Eucaristía es el centro de la vida cristiana porque en ella se encuentra Cristo. Quien come su Cuerpo y bebe su Sangre habita en Él, se hace una sola cosa con Cristo. Pero es una vida no sólo para ser vivida, sino también para dar vida a otros. La Eucaristía es como el pan que tomó Elías para caminar durante cuarenta días seguidos, de ahí viene la fuerza que necesitamos para irradiar a Cristo a nuestro alrededor.

Comunión con Cristo y comunión con los hermanos. La Eucaristía nos une a cuantos se unen a Cristo, especialmente en su oración con Jesús Sacramentado. Queremos unirnos ahora a la oración de la Madre Teresa de Calcuta ante Jesús Sacramentado:

«Dios mío, creemos que estás aquí. Te adoramos y te amamos con toda nuestra alma y corazón porque eres el más digno de todo nuestro amor. Deseamos amarte como te aman los bienaventurados en el Cielo. Adoramos todos los designios de tu divina Providencia, y nos sometemos enteramente a tu voluntad. También amamos a nuestro vecino a través de Ti, como nos amamos a nosotros mismos. Perdonamos sinceramente a todos los que nos han herido, y pedimos perdón a todos los que hemos ofendido.

Querido Jesús, ayúdanos a esparcir tu fragancia por donde quiera que vayamos. Llena nuestra alma de tu espíritu y vida. Penetra y posee todo nuestro ser profundamente. Que nuestra vida pueda ser un resplandor de la tuya. Resplandece a través de nosotros, y permanece en nosotros para que toda alma que encontremos pueda sentir tu presencia en nuestra alma.»

19 tiempo ordinario

Vida eterna

“Yo soy el pan de vida... Este es el pan que baja del cielo, para que, quien coma de él, no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente” (Jn 6, 48-51)

Todos tenemos un profundo deseo de vivir para siempre, el deseo de no morir está como cosido en lo más íntimo de nuestro ser. Algunos filósofos inventaron la teoría de la reencarnación, de que estaríamos en el mundo siempre viviendo de una u otra manera. Pero esto nadie lo ha comprobado. Los seres espirituales no desaparecen del todo, pero ¿qué significa la muerte?, ¿qué hay más allá? Sin la fe no se sabe dar una respuesta satisfactoria.

Los cristianos sabemos con seguridad que la separación del alma y el cuerpo no es lo definitivo, que quien ha muerto en gracia, nada más morir pasa a la Vida de Dios. Para el cristiano la muerte es Vida, es el día de su verdadero nacimiento. Para eso hemos nacido en la tierra: para pasar por la puerta hacia la casa de Dios, que es nuestra verdadera casa.

Al morir no nos despedimos –ni de Jesús ni de los amigos–, decimos «hasta luego», porque nos volveremos a reunir. Además, dentro de un tiempo volveremos a resucitar con nuestros cuerpos, cada uno con su mismo cuerpo. No sabemos cómo será esto, pero será así. Dios no quiere mostrarnos ahora las sorpresas que nos tiene preparadas para ese día de nuestro nacimiento en la eternidad.

Todo esto es y será por la gracia, que es como un agua que salta hasta la vida eterna. La vida sobrenatural, que comenzó en el Bautismo y se recupera o aumenta con la penitencia, llega a su culmen en la Eucaristía. La Comunión del Cuerpo de Cristo nos une estrechamente a Él, que ya no muere. Quien vive con Cristo tiene asegurada la vida eterna.

Gracias por tu presencia real en este sacramento que da la Vida al hombre. Quiero recibirte, Señor, siendo más consciente cada vez de a Quién recibo; procuraré acercarme más veces a la Eucaristía porque sé que te has quedado para nosotros, y me prepararé con mayor pureza, humildad y devoción para recibir esta «prenda de la gloria futura» que es nos has dejado.

20 tiempo ordinario

Vivir con Cristo

“Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como... yo vivo por el Padre, así quien me come también él vivirá por mí” (Jn 6, 55-57)

Jesús había dicho antes de subir al cielo: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo* (Mt 28,20). No estaba presente sólo en el recuerdo, como puede estarlo un músico o un político en la memoria de sus admiradores. Cristo estaba vivo y se podía hablar con Él en la oración, estaba presente en su Iglesia, en sus sacramentos, especialmente tras el velo de la Eucaristía. ¡Jesús estaba vivo! Pero había que creer. Dirá san Juan al concluir su evangelio: *Estas (señales realizadas por Jesús) fueron escritas para que creáis que Jesús es el mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre* (Jn 20,31).

La vida cristiana consistirá a partir de entonces en vivir «con Él» de una manera personal e intensa. San Pablo sacará esta convicción cuando entre en crisis en su encuentro con Jesús camino de Damasco. Al preguntarle quién era, el Señor le contestó: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues* (Hch 9,5). Jesús afirmaba que Él estaba en cada cristiano: Él era los cristianos a los que Saulo perseguía.

Por eso, una vez convertido al cristianismo, Pablo va a utilizar este lenguaje: hay que vivir con-Cristo y morir con-Él, para que, siendo con-Él sepultados, con-Él resucitar a la vida eterna. El bautismo es eso.

La vida cristiana es eso: una renuncia, una muerte a la soberbia que, con Cristo, produce ya en esta vida obras de vida eterna. Si con Él sufrimos, reinaremos con Él, si con Él morimos, viviremos con Él. *Para mi, vivir es Cristo* (Fl 1,21) dirá el apóstol. Y así hasta el momento de la muerte, que no será otra cosa que el encuentro definitivo y sin velos con Jesús.

Jesús amoroso, el más fino amante; quiero en todo instante sólo en Ti pensar. Tú eres mi tesoro, tú eres mi alegría; tú eres vida mía, yo te quiero amar.

21 tiempo ordinario

Nosotros hemos creído

“Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6, 68-69)

Larga y laboriosa fue la tarea de Jesús para que sus discípulos aceptaran sus enseñanzas. Con muchas comparaciones exponía su doctrina y con milagros patentes demostraba que venía de parte de Dios. Primero fue el milagro de Caná, por el que sus apóstoles creyeron en Él. Después fueron muchos otros milagros. Su doctrina parecía en algunos puntos humanamente *increíble*, pero se trataba de eso, de creerle a Él, de aceptar sus palabras, porque sólo así –creyendo– se podrían conocer verdades que exceden la razón humana. Esto es lo que confiesa finalmente Pedro: nosotros hemos creído y por eso hemos conocido todas esas cosas, y en primer lugar que Tú eres el Mesías.

Jesús se acomodaba al modo de entender las personas más sencillas, pero no acomodaba su doctrina. Se aceptaba o se rechazaba, pero no la aguaba, porque las suyas eran palabras de vida eterna, las que orientan y ayudan a los hombres verdaderamente. Jesús no daba opiniones, decía siempre la verdad; era consciente de que al hablarles claramente de la Eucaristía sus palabras iban a producir el rechazo en muchos; de hecho casi todos le abandonaron y tuvo que empezar otra vez casi de cero.

En la inolvidable Jornada Mundial de la Juventud de Roma, el 20 de agosto de 2000, el Papa decía a los dos millones de jóvenes congregados allí: «Ésta es nuestra Eucaristía, ésta es la respuesta que Cristo espera de nosotros, de vosotros, jóvenes, al final de vuestro Jubileo. A Jesús no le gustan las medias tintas y no duda en apremiarnos con la pregunta: *¿También vosotros queréis marcharos?* Con Pedro, ante Cristo, Pan de vida, también hoy nosotros queremos repetir: *Señor, ¿a quién vamos a acudir?* Tú tienes palabras de vida eterna. Queridos jóvenes, al volver a vuestra tierra poned la Eucaristía en el centro de vuestra vida personal y comunitaria, amadla, adoradla y celebradla.»

22 tiempo ordinario

Corazón recto

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí... Llamó de nuevo a las gentes y les dijo: «Oídmelos todos y entended: Nada hay fuera del hombre que al entrar en él pueda hacerlo impuro... Del interior del corazón de los hombres proceden las malas intenciones»” (Mc 7, 6-21)

El corazón designa la persona entera porque designa el fondo. Cada uno decide el bien y el mal ahí, por eso cada uno es moralmente el resultado de sus acciones: cada uno vale lo que valen sus obras, y por tanto lo que vale su corazón. Gran tarea la de educar el corazón en el bien para que vea el bien como bien y el mal como mal y se decida de un modo natural a escoger el bien. Hay quien sabe amar y hay quien no sabe más que amarse a sí mismo.

Como dijo Yahvé a Samuel cuando fue a ungir a David: *la mirada de Dios no es como la del hombre; el hombre se fija en las apariencias, pero el Señor ve el corazón* (1 Sm 16,7). Dios conoce por qué cada uno piensa como piensa y decide como decide.

Esto es lo que nos ha de importar: tener un corazón capaz de distinguir y amar el bien, que lleve a actuar con la intención de hacer el bien que Dios ve; el juicio de los hombres no ha de importarnos. Rectitud de intención, por tanto, a la hora de actuar, y sobre todo a la hora de formar la conciencia, para conocer los verdaderos bienes. A Dios no le engañamos.

Danos un corazón de carne, sensible ante el bien y el mal, sensible a las mociones del Espíritu Santo; un corazón semejante al Tuyo que de modo natural y espontáneo sufra por el pecado y se compadezca con quien sufre, que se alegre por el bien de los demás.

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu, Señor, y renueva la faz de la tierra, para que los hombres seamos buenos y santos en tu presencia. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos que sintamos rectamente con el mismo Espíritu y gocemos siempre de sus divinos consuelos.

23 tiempo ordinario

Sinceridad

“Le presentaron un sordo y apenas podía hablar, y le suplicaban que le impusiera la mano... Le dijo: «Effetha», que significa «ábrete». Al instante se le abrieron los oídos y quedó suelta la atadura de su lengua y hablaba sin dificultad” (Mc 7, 32-35)

No hemos de sorprendernos cuando encontremos en nuestra vida las heridas del pecado original: la ira, la pereza, la sensualidad, la soberbia,... Las tentaciones no son malas, y el pecado tiene arreglo. Lo peor que nos puede pasar es volvernos conscientemente sordos ante la voz de Dios, no queriendo reconocer lo que nos sucede y no queriendo hablar en la dirección espiritual y en la confesión. La insinceridad deja un poso de tristeza y de desesperanza.

Dios no cesa de movernos interiormente con gemidos inenarrables para que seamos sinceros con nosotros mismos y con Dios -llamando a las cosas por su nombre: al error, error, y al pecado, pecado- y seamos lo suficientemente humildes que estemos dispuestos a aclarar la conciencia ante el sacerdote.

Jesús tuvo que hacer un doble milagro con aquel hombre: curarle su sordera y la trabazón de la lengua. Primero humildad para oír la voz de Dios, para reconocer interiormente lo que pasa en el interior, después hablar. A veces puede ser un auténtico milagro conseguir que alguien reconozca el mal que ha hecho y se confiese.

Todo tiene arreglo si se es humilde y se habla. Pero si no, la puerta en el ámbito sobrenatural se cierra y humanamente se sufre. No vale la pena quedarse encasquillado por la soberbia o la vergüenza. Posiblemente sean bobadas, pero aunque sean cosas de entidad, el mal desaparece si se habla con quien puede curar.

Señor, que nos conoces como somos y nos quieres con nuestros defectos si luchamos por superarlos. Has venido a salvar lo que estaba perdido en nosotros y no te sorprendes de nuestros errores. Que nosotros no nos creamos tan impecables que nos falte la humildad para reconocernos tal como somos: pecadores, necesitamos una y otra vez de tu perdón.

24 tiempo ordinario

Sentido sobrenatural

“Jesús se volvió y, de cara a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!» Después llamó a la gente y a sus discípulos, y les dijo: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz»” (Mc 8, 33-34)

El cristiano ha de juzgar y actuar con sentido común, pero además con sentido sobrenatural, es decir, con un sentido más elevado, que proviene de poseer las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo. Se advierte con claridad la diferencia entre el sentido común y el sentido sobrenatural en dos pasajes del evangelio, que van seguidos, en los que aparece Pedro.

En uno, afirmó que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios vivo; Jesús le respondió que eso lo había dicho no porque se lo hubiera revelado alguien de carne y hueso, sino su Padre celestial. Es decir, Pedro no juzgaba en ese momento como los hombres, que veían en Jesús un profeta pero nada más.

Inmediatamente después, el evangelista relata que Jesús comenzó a manifestar que debía ir a Jerusalén a padecer y morir. Pedro entonces le reprendió porque no le cabía en la cabeza esa afirmación; y Jesús le rechazó porque no entendía las cosas como Dios sino que juzgaba como los hombres.

Este modo de ver sobrenatural es lo que hace, por ejemplo, que una persona se entregue a Dios porque Dios le llama –al sacerdocio o a cualquier otra vocación divina–, no por razones humanas (porque falten sacerdotes o por dar una alegría a los padres). Y así tantas cosas, como es la obediencia al superior en la Iglesia –porque Dios asiste a sus pastores–, el apostolado e incluso el martirio.

Danos, Señor, tu modo de ver sobrenatural para que no nos acomodemos a lo mundano. Te pedimos por aquellos que son marginados y perseguidos por gente sin sentido común, interesada, ofuscada por sus ideologías, o que son incomprendidos por gente buena, de sentido común, que juzgan como locura tus obras.

25 tiempo ordinario

Ser los últimos

“Estando ya en casa, les preguntó: «¿Qué discutíais por el camino?» Pero ellos callaban, porque por el camino habían discutido entre ellos sobre quién era el mayor. Entonces se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, hágase el último y el servidor de todos»” (Mc 9, 33-35)

¡Qué humano es querer ser reconocido! Y qué poco sobrenatural, porque, como dice san Gregorio Magno, «sólo quien ama en verdad a Dios no se acuerda de sí mismo». Aquí tenemos una señal de nuestra humildad, y en definitiva de nuestro amor a Dios. Sería una pena que hiciéramos el bien con el secreto deseo de autofelicitarlos o de recibir la gloria de los demás.

Es una necesidad vivir de cara al público, intentar que se hable de uno mismo, inquirir qué opinión tienen. Además es fuente de sufrimiento y de envidia. Lógicamente haremos muchas cosas bien, para la gloria de Dios y el bien de los demás. Pero aunque no nos lo reconozcan –mejor si no lo advierten– no hemos de tener pena ni sentirnos humillados.

Quien intenta actuar bien, nada le tiene que importar lo que puedan pensar o decir los demás. Lo único que importa es agradar a Dios. Eso sí que deja paz en el alma, aunque, procurando obrar bien, se haya actuado mal.

Teresa de Lisieux lo vio con claridad y así lo vivió: «comprendí lo que era la verdadera gloria. Aquel cuyo reino no es de este mundo me enseñó que la verdadera sabiduría consiste en querer ser ignorado y tenido por nada, en poner su gozo en el desprecio de sí mismo. ¡Ah!, como el de Jesús, yo quería que mi rostro estuviera verdaderamente escondido, que nadie sobre la tierra me reconociera (cf. Is 53,3). Tenía sed de sufrir y de ser olvidada» (*Historia de un alma*).

Señor, ayúdanos a entender que todo lo de esta tierra –bienes y honores– nada valen en comparación con poseer tu amor, y que el amor se manifiesta en el servicio, en hacer el bien, en ayudar eficazmente. Que no queramos ser los primeros, si no es en el amor.

26 tiempo ordinario

El escándalo

“El que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valiera que le encajasen al cuello una rueda de molino y lo echasen al mar. Si tu mano te hace caer, córtatela; mejor te es entrar lisiado en la vida que con las dos manos ir al infierno, al fuego que no se apaga” (Mc 9, 42-43)

Así como la evangelización y el apostolado es llevar Dios a las almas, y es una actividad en cierto sentido divina, el pecado de escándalo es algo diabólico pues consiste en inducir a otros al pecado. Enseñar a pecar o ser ocasión de escándalo es algo gravísimo. Jesús pone un ejemplo tremendo: es mejor morir antes que cometerlo. Gran sorpresa tendrán detrás de la muerte quienes hayan sido ocasión de pecado, pues se cargarán con todos y cada uno de los pecados que otros cometan por su causa.

La vida no es un juego donde cada uno pueda pecar impunemente. Mal hacen los que escandalizan, pero todos hemos de mortificar el ojo, la mano o el pie si nos sirven para pecar. La mortificación no significa que haya que arrancarse un miembro, sino que esté como muerto para el pecado. Para ello hay que esforzarse; lo cual puede suponer a veces no mirar ciertos programas, no asistir a ciertos espectáculos o veranear en ciertos lugares.

No debemos ser ingenuos y engañarnos pensando que hay que estar enterados o que ciertas cosas no nos afectan, porque quien se pone en ocasión de pecado innecesariamente ya comete un pecado. Quien juega con fuego, se quema. Decir que «no» a ciertas cosas no es algo negativo; es decir «sí» a Dios y a los demás: quien está casado y no mira mal a otra mujer está siendo fiel a su esposa.

Gran tarea tenemos de ahogar el mal con abundancia de bien, en primer lugar en nuestra propia familia. Habrá que denunciar el mal o cortar conversaciones inconvenientes, pero sobre todo haciendo el bien.

Ayúdanos, Señor, a valorar nuestra alma en gracia; que demos importancia a esas cosas pequeñas que nos hacen perder tu presencia y nos hacen egoístas. Te pedimos por aquellos que escandalizan, especialmente a los niños. Y danos luz y coraje para evangelizar.

27 tiempo ordinario

Lo que une

“Al principio de la creación Dios los hizo varón y mujer. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne... Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre” (Mc 10, 6-9)

La enseñanza es diáfana y no admite excepción: una vez que existe matrimonio, ningún poder de este mundo lo puede romper. El matrimonio –también el que no es sacramento– es un asunto entre tres: un hombre, una mujer y Dios. Por eso tiene ese vínculo que crea una relación semejante a la paternofilial: el marido y la mujer lo son como el hijo siempre es hijo mientras viva su padre, pase lo que pase. Es absolutamente necesaria esa seguridad para las personas y la sociedad.

Siempre ha habido dificultades en las familias. Es preciso alentar una y otra vez el amor que le dio origen. La solución del divorcio –la mera posibilidad– destruye todo posible rescoldo de amor. La solución está en la abnegación y el olvido de sí mismo en favor de los demás. El amor, como el fuego, debe ser cuidado y alimentado cada día sacrificando ramas y hojas: detalles de servicio, delicadeza en el trato, saber callar cuando se debe, o hablar cuando el silencio puede resultar hiriente; sembrar buen humor; no querer tener siempre razón, pasar por alto los defectos ajenos, y mil detalles más.

El compromiso que se adquiere en el matrimonio significa esto, estar dispuesto a ayudar, a querer el bien del otro y de los hijos, en la salud y en la enfermedad, cuando no cuestan las cosas y cuando cuestan.

Vale la pena ese esfuerzo por mantener la unidad y la paz familiar, sacrificando un derecho o dando la razón al otro, por ser felices. La felicidad está tejida por la fidelidad en esa multitud de detalles. Si hay amor –cariño, comprensión– se diluyen los problemas; es más, no se producen.

Hoy hago el propósito de evitar lo que desune, lo que rompe en mi familia. Pensaré qué nos puede unir más, en qué tengo que ceder yo –siempre que no sea algo contra Dios–, cómo puedo hacer más felices a los que me rodean. Pediré por ellos para que mi familia sea como Dios quiere que sea.

28 tiempo ordinario

Ven y sígueme

“Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: «Una sola cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme»” (Mc 10,21)

En todas las religiones el profeta habla de una revelación que él ha tenido y dice que sigan esa doctrina, pero nunca dirá que le imiten a él, pues sería una veleidad. Jesús, en cambio, predica algo totalmente distinto: se pone Él mismo como modelo y pide que se le siga. Se atreve a mucho porque Él es quien revela la verdad a todos.

A cada apóstol le dice lo mismo que al joven rico: deja todo, y ven y sígueme. Sígueme a Mí. Cada uno le sigue a su manera, con sus peculiaridades personales, según el carisma que Dios quiere para él, porque ninguno, ni siquiera el conjunto de los hombres, agotamos la riqueza de Jesús, perfecto Hombre.

Cada uno logra su personalidad cuando Cristo se refleja en sus palabras, en sus actitudes, en su mirada. No se trata solo de imitar su vida, sino de vivirla, de llevar la vida de Cristo en nosotros, ser el mismo Cristo que actúa.

«Ven, sígueme», son palabras del Hombre-Dios, llamada de Dios que habla con cada uno: ¿Quieres venir al cielo?, pues ven, sígueme. Palabras de Dios que pronuncia Jesús desde la eternidad. El camino es de entrega, de sacrificio, donde la persona madura. Pero ése no es el motivo; el motivo está en que Jesús se quedó mirando al joven y le amó. La cuestión está en valorar mucho el *ser mirados* por Dios y ser amados por Él, porque su llamada es de amor y para el amor, no para el fastidio.

Juan Pablo II comentaba en su *Carta a los jóvenes* de 1985: «Deseo a cada uno y cada una de vosotros que descubráis esa mirada de Cristo y que la experimentéis hasta el fondo. No sé en qué momento de la vida. Pienso que el momento llegará cuando más falta haga». No podemos dejar frustrada nuestra vocación, como hizo aquel joven.

Queremos tener esta experiencia muchas veces, Señor, y decirte, y volver a decirte que «Sí», que queremos dejarlo todo y seguirte, complicarnos la vida. Si no es Contigo, nuestra vida tendría muy poco valor.

29 tiempo ordinario

Queremos triunfar

“Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga?» Ellos le dijeron: Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria». Pero Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?»” (Mc 10, 36-38)

Jesús había hablado de un reino, y parecía que con Él iban a triunfar humanamente. Podían ser sus ministros en este mundo, en ese reino glorioso. Pero Jesús les habla de padecer, de ser los últimos, de servir. Beber el cáliz con otro significaba estar dispuesto a correr su misma suerte. Realmente ellos, entonces, no sabían lo que decían. Años más tarde darían la vida por Cristo. Santiago el Mayor iba a ser el primero de los apóstoles en dar la vida por Cristo, Juan sería el último en morir en Patmos, después de sufrir martirio en Roma.

No nos extraña la atrevida petición de estos dos hermanos, pues dentro de nosotros anida el deseo de triunfo, de ser alguien. El Maestro les enseña a ellos y a nosotros que en el Reino de Dios no se debe buscar la gloria y el honor del mismo modo como se consigue en los reinos de este mundo, donde se escalan puestos para enriquecerse, para figurar o lograr orgullosamente una satisfacción personal.

Para pertenecer al Reino de Dios hay que humillarse y pasarse la vida sirviendo, olvidándose de uno mismo, tomando la Cruz, corriendo la misma suerte del Maestro, que fue triturado en expiación por los pecados. No hay otro camino ni otra fórmula. Es verdad que se nos promete el triunfo, que dejaremos una huella profunda, que seremos alguien a quien Dios mirará a la cara en la eternidad. Ese secreto deseo se realizará. Pero no como pensaban aquellos. No será en este mundo, pues el premio se promete para la otra vida, la eterna.

Los Apóstoles lo entendieron después, con la sabiduría que les dio el Espíritu Santo: Jesús, siendo Dios, se despojó de su rango hasta hacerse hombre, tomó la forma de siervo y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Sirviendo, triunfó, nos salvó.

Que también yo entienda, Señor, que tu humillación suprema y única es el camino claro, decidido y generoso que he de recorrer con abnegación y gozo. También yo estoy dispuesto a beber tu cáliz.

30 tiempo ordinario

Sentimentalismo

“Bartimeo, el ciego, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna. Cuando se enteró de que pasaba Jesús el Nazareno, comenzó a gritar y a decir: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!»” (Mc 10, 46-47)

El pensamiento es una luz que hacer ver la verdad, y por ella se puede elegir y amar el bien. Es necesario que cada uno reflexione seriamente sobre el sentido de su vida, del paso de los días, de la gente que le rodea. Se podría decir que, entre la vida animal y la racional, está la vida sentimental; es la de aquellos que sustituyen el pensamiento por el sentimiento, y, en cierto sentido, están como ciegos.

Esas personas poseen una mentalidad que no es más que un reflejo de los fenómenos; incapaces de transformar un hecho en una idea, no pueden sintetizar sus experiencias en un juicio. Por eso su hablar es siempre superficial, sus puntos de vista no son más que reacciones emocionales ante circunstancias externas o respuestas a un estímulo; están a merced de la moda, de lo que se dice. Sus impresiones carecen de análisis y a sus reflexiones les falta comprobación; sus observaciones son una interrogación y sus vidas una réplica.

Cada uno ha de ir forjando su personalidad en la verdad, no según las apariencias. Desde luego los buenos sentimientos son muy importantes y nos ayudan a actuar, pero la superficialidad nada tiene que ver con el cristianismo. Jesús no era un sentimental, ni tampoco sus seguidores. La verdad de la Cruz pone en su sitio al hombre respecto a Dios y le hace ser realista en el mundo.

Es verdad que la doctrina y la vida de Jesús son apasionantes y que hemos de tener sentimientos (de alegría, optimismo, ilusión), porque no es una doctrina descarnada, puramente intelectual; pero nada más lejos que un cristianismo dulzón, sentimental, que se viene abajo cuando el sentimiento se pasa.

¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí! Señor, que vea. Que vea la verdad, y que te vea a Ti, tal como eres. Yo emplearé mi cabeza en formarme, estudiando, reflexionando, para ir pareciéndome a Ti y ver las cosas del mundo como Tú las ves.

31 tiempo ordinario

Todo por amor

“Un escriba le preguntó: «¿Cuál es el primero de los mandamientos?» Jesús respondió: «El primero es: Escucha Israel, el Señor nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas»” (Mc 12, 28-30)

No podemos vivir sin amor; si no lo experimentamos, nuestra vida carece de significado, porque hemos nacido para amar. Dios nos conoce muy bien porque nos ha creado, por eso nos ha señalado este precepto que resume la actitud fundamental que ha de tener el hombre: todos sus pensamientos y acciones deben girar, de una u otra manera, alrededor de Dios. Después hemos de amar a los demás, pero primero es lo primero.

Amar a Dios es reverenciarle y obedecerle filialmente, es mostrarle agradecimiento por sus favores, y supone un total sometimiento a su querer. Ningún afecto, ningún pensamiento, ninguna acción pueden quedar fuera de Dios. El nos ha creado y elevado al orden sobrenatural con alma y cuerpo; y así, con alma y cuerpo, hemos de quererle y servirle en esta vida.

Necesariamente tenemos que estar en lo que hemos de hacer en cada momento, pero todo lo que hagamos ha de estar bajo este prisma, incluso el amor a los demás. Porque el motivo final de todas y cada una de nuestras acciones es absoluto: o es el amor a Dios o es el amor al propio yo.

Como las cuerdas de la guitarra necesitan estar afinadas para sonar bien, hemos de estar en tensión en el amor a Dios, cumpliendo nuestros deberes. El tiempo es breve y el Señor espera encontrarnos en la plenitud de nuestro amor cuando llegue. Por tanto, hemos de seguir el consejo de san Pablo: *Ya comáis ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Co 10,31). Nada en nuestra vida debe quedar al margen del amor a Dios.

Limpia mi corazón, Señor. Yo procuraré que estés en mi mente, en mi modo de razonar, en mi imaginación, en mi memoria. Que estés en mis amores humanos para que sean rectos y verdaderos. Que no haya dentro de mí nada que no te guste. Ayúdame a tener presencia de Ti.

32 tiempo ordinario

Generosidad

“Pero al llegar una viuda pobre, echó dos monedas que hacen un cuarto. Llamando a sus discípulos les dijo: Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca más que todos los otros. Pues todos echaron de los que les sobra, pero ella, en su pobreza, ha echado todo lo que poseía para su sustento»” (Mc 12, 42-44)

Dice san Ireneo en este punto que «los antiguos hombres debían consagrarle a Dios los diezmos de sus bienes; pero nosotros, que ya hemos alcanzado la libertad, ponemos al servicio del Señor la totalidad de nuestros bienes, dándolos con libertad y alegría aun los de más valor, pues lo que esperamos vale más que todos ellos; echamos en el cepillo de Dios todo nuestro sustento, imitando así el desprendimiento de aquella viuda pobre del Evangelio» (*Contra las herejías*).

Ante la generosidad de Dios que nos ha enviado a su Hijo amado, ante Jesús que se entregó del todo por cada uno y se ha quedado en la Eucaristía, no cabe otra moneda que la generosidad: no dar los restos, lo que sobra, sino *echar el resto*, hasta el final. Todo lo nuestro ha de ser de Dios, también los bienes que tenemos: todo ha de estar de una manera u otra a su servicio.

El Señor sale a nuestro encuentro cada día pidiendo, facilitando nuestra entrega, para cambiarla en santidad y en vida eterna. Puestos en presencia de Dios entendemos que no tiene sentido el cálculo egoísta, que deja posos de tristeza. Quien es generoso comprende bien que quien da, recibe. No es el premio, sino el amor lo que lleva a dar, como el niño pequeño a quien su madre le pide algo, le da todo lo que lleva en el bolsillo. A fin de cuentas son naderías, pero si es todo, vale mucho.

¿Qué es lo que me pide Dios ahora? ¿Qué me costaría darle? Diré con san Ignacio:

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, todo mi haber y poseer; Vos me lo disteis, Señor, a Vos lo torno. Todo es vuestro, disponed de mí según vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.

33 tiempo ordinario

Juicio particular

“Entonces verán al Hijo del hombre que llega entre nubes con gran poder y majestad. Y entonces enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos” (Mc 13, 26-27)

Al final de la historia habrá un Juicio final, en el que se sabrá públicamente el bien y el mal que hizo cada persona y sus repercusiones en los demás. Es una exigencia de justicia, porque en esta vida hay muchas acciones buenas que no son conocidas, ni sus repercusiones buenas en otros. Y de igual modo sucede con las acciones malas.

No vale la pena estar preocupados por aquel día. Nos interesa mucho más pensar en el día de nuestra muerte, porque ése será el día en que para nosotros se acabe el mundo. Y detrás hay un Juicio particular. Este es el juicio que nos ha de interesar, porque de él depende nuestro futuro eterno.

Nada más morir, en un golpe de vista, pasará ante nosotros toda nuestra vida. Al nacer se nos dio como un libro, cuyas páginas de la derecha estaban en blanco y había que ir escribiéndolas según lo que ponía en la de la izquierda, es decir, según lo que teníamos que hacer (¡qué importante es conocer la voluntad de Dios!). La pluma es la libertad. Escribir otra cosa o no escribir son omisiones, las tachaduras, pecados veniales. El pecado mortal es como derramar el tintero sobre el libro, por lo que no se puede leer nada.

En esta vida podemos huir de la luz y no ser sinceros con Dios para hacer lo que nos apetece. Detrás de la muerte no se puede huir de la luz de Dios, y se advierte lo que ha escrito: página a página, línea a línea, palabra a palabra. Y tras ese instante de juicio de conciencia ante Dios, uno se va al Cielo –o al Purgatorio– o al Infierno. Porque ese día Jesús no juzga, sus palabras nos juzgarán (Mt 7,24), pues cada uno confrontará su vida con ellas.

Señor, ¡qué seguridad y qué paz para quienes se esfuerzan en conocer tus designios y procuran cumplirlos! Sólo teme el que algo debe, y nosotros no te tememos a Ti, que serás nuestro Juez, porque eres nuestro Jesús, guía de nuestra vida.

Jesucristo, Rey del Universo

Yo soy Rey

“Pilato le dijo: «¿Luego, tú eres rey?» Jesús respondió: «Tú lo dices, yo soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz»” (Jn 18, 37)

Jesús no dejaba indiferente. También hoy sus palabras son como espada que llega hasta el centro del alma e interpelan al interlocutor. Él vino a este mundo a exponer la verdad sobre la verdad salvífica y cómo debe comportarse el hombre. Su única defensa en el proceso que le llevó a la cruz fue decir la verdad y poner a cada uno ante su responsabilidad delante de Dios. Pilato se percató del contenido que encerraban sus palabras y se salió por la tangente; es el recurso cobarde de quien no quiere enfrentarse con la verdad.

Si quien dice mentira es esclavo, quien está en la verdad y la proclama es señor. La dignidad del hombre está en su inteligencia y en su libertad. Los hombres que se saben poseídos por la verdad y por el bien están sobre el mundo, tienen señoría y nadie les puede sojuzgar. Jesús no quiso que le hicieran caudillo después de la multiplicación de los panes, su reino consiste en algo mucho más grande. Cristo reina en quienes quieran reconocer la verdad y deseen vivir conforme a ella.

Pilato le presentó una vez como Hombre (*Ecce homo*) y después, sin saber el calado de lo que decía, afirmó que era el Rey de los judíos. Éstos, al no querer reconocerle, se alejaron de Dios, perdieron su realeza, y se sometieron al idólatra emperador romano. He ahí el dilema: aceptar la Verdad que Dios propone, o hacerse esclavo de la mentira. Por eso Cristo será siempre signo de contradicción, porque Él es la Verdad de todo hombre.

Nos cuesta dejarnos dirigir, nos cuesta obedecer, nos cuesta que sea otro quien organice nuestra vida. ¿Le dejamos reinar en nuestro corazón? ¿Nos dejamos persuadir por la verdad? ¿Reconocemos que el Señor es el único Señor?

Venga a nosotros tu reino, te pedimos hoy. Queremos escuchar tu voz, conocer tus enseñanzas que liberan, por las que el hombre es también rey.

1 de Adviento

Carpe diem

“Vigilad para que vuestros corazones no estén ofuscados por la crápula, la embriaguez y los afanes de esta vida, y no sobrevenga aquel día de improviso sobre vosotros, pues caerá como un lazo sobre todos aquellos que habitan en la faz de toda la tierra.” (Lc 21, 34-35)

Todos somos como semillas de calabaza arrojadas sobre la tierra, que hemos de desarrollarnos según un proyecto querido por Dios. Si se desarrolla, brota una planta enorme, que cubre todo el huerto con sus hojas, y entre ellas aparecen las calabazas, redondas, relucientes, y por dentro anaranjadas como el sol del atardecer. Pero la semilla uno se la puede comer, en vez de sembrarla.

Son muchas las cosas de este mundo las que reclaman nuestra atención. Cualquier día se nos puede presentar la tentación de aprovechar la vida para un uso personal egoísta – *carpe diem*– sin pensar que mañana es otro día, y después habrá otro, y que hemos nacido para la eternidad. Es grande la capacidad de olvido en los hombres, cansarse en la espera vigilante y dedicarse a lo que satisface aquí y ahora, dejándose llevar por lo que apetece, por lo fácil.

Jesús nos lo advierte: estad en vela, no os dejéis llevar por los espejuelos de la soberbia, de un afecto desordenado Detrás de los desórdenes –y algo que es bueno para otros puede ser un desorden para mí– no hay sino pena, aflicción y tristeza, deseo que no se calma sino con otros desórdenes.

La muerte llega a menudo de improviso. La persona que ha desarrollado sus capacidades libremente y ha dado fruto –como la calabaza– es una maravilla, pero ¿qué sucede con quien se ha comido la semilla; mejor dicho, quien ha sido devorado por los caprichos propios y ajenos?

Repetiré las palabras tantas veces dichas por los primeros cristianos, aquellas con las que acaba la Biblia: «maran atá, ven Señor Jesús». Sé que estás cerca, no sólo cuando deje este mundo, sino ahora. Sé que me ves y me esperas hoy.

2 de Adviento

Convertirnos

“Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus sendas; elévense los valles, desciendan los montes y colinas; que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale.” (Lc 3, 5-6)

Dios desea derramar su misericordia, pero necesita un corazón allanado. Lo que más nos cuesta, sobre todo, es agachar la cabeza. Nos gusta ir por libre, hacer lo que nos parece o nos apetece. Queremos ser felices a nuestra manera, y para ello nos hacemos nuestras teorías. Tendemos a pensar que la verdad y la felicidad dependen de nosotros.

Resulta que Dios nos dice que Él tiene sus caminos, y en ocasiones no coinciden con los nuestros. Hoy nos dice el Bautista: corregid vuestros caminos según el diseño de Dios, allanad los montes según la medida suya. La salvación depende enteramente de Dios, pero depende también totalmente de nosotros; depende de nuestra humildad.

Quizá en ningún siglo la humanidad haya sufrido tanto como en el último, en el terreno internacional como en el familiar. Ha sido el resultado lógico de una filosofía centrada en el hombre; no en el hombre como criatura de Dios, sino como un dios soberbio.

Sólo Dios puede salvar al hombre; y el hombre sólo verá la salvación de Dios si aprende a ser humilde. No hay otro camino. Por eso, después de una guerra nacional o de una guerra en la familia (incluso con muertos –el aborto–), se sufre. El sufrimiento en muchos casos es consecuencia de los senderos dislocados, que necesitan ser enderezados. El sufrimiento ayuda a ser humildes y recapacitar: que no conviene ir por esos caminos.

Hemos de convencernos de que a veces nos equivocamos; –ésa es la realidad–, y que esos caminos no van a ninguna parte. Necesitamos una conversión de la mente y del corazón –girar todo el ser para mirar a Dios– para que Él nos pueda orientar y mostrar su misericordia.

Háblanos, Señor. Muéstranos tus caminos. Nosotros los seguiremos libremente, porque nadie mejor que Tú sabes lo que nos conviene, lo que nos hace felices. Ayúdanos a aprender esta asignatura fundamental y difícil de aprender de la humildad.

3 de Adviento

Dirección espiritual

“Y la gente le preguntaba (a Juan): «Entonces, ¿qué debemos hacer?»... Acudieron también unos publicanos para bautizarse, y le dijeron: «Maestro, ¿qué debemos hacer?»... Le preguntaron unos soldados: «Y nosotros, ¿qué haremos?»” (Lc 3, 10-14)

La gente acudía a Juan en busca de consejo, pues descubrían en él alguien que les podía orientar en la verdad de parte de Dios. Cada uno tenemos la conciencia para juzgar sobre las cuestiones que hemos de resolver y que tienen una dimensión moral. Si está bien formada, habitualmente bastará con ponerse en la presencia de Dios y resolver. Pero en ocasiones se nos plantean dudas. Es de sabios, entonces, pedir consejo, pero además es una necesidad para salir de dudas y acertar en las decisiones.

En la Iglesia contamos con un medio maravilloso que es la Dirección espiritual: personas que pueden dar consejos de parte de Dios, tanto porque han estudiado, por su experiencia de almas, y sobre todo porque procuran estar cerca de Dios, y cuentan con su gracia.

En los asuntos de conciencia no basta con acudir a un médico o a un amigo. Si queremos conocer la voluntad de Dios en un asunto es necesario ir a un sacerdote santo y docto. No sólo para hablar, sino también para escuchar. Lógicamente las decisiones que tomemos serán nuestras, y actuaremos responsablemente, pero tener en cuenta sus orientaciones nos pueden dar mucha luz y paz y nos sirvan para avanzar en la vida interior.

En la sociedad en que vivimos, en que no se dan consejos gratis, es curioso pero no cuesta dinero. ¿Por qué no acudir a quien nos puede orientar sin ningún interés personal? ¿Por qué acudir a gurús orientales, lectores de cartas o psicólogos, que en realidad no nos pueden ayudar? La gente que se acercaba a Juan, y así también nosotros nos preguntamos ¿Qué he de hacer? Quizá como primera medida acudir a un director espiritual, él nos lo dirá.

Hoy te pedimos, Señor, que envíes muchos y santos sacerdotes a tu Iglesia, pastores que con su vida entregada a Ti totalmente y dedicados a los demás sean faros que iluminen las conciencias.

4 de Adviento

Bienaventurada seas

“Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí que venga la madre de mi Señor a visitarme y bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor»” (Lc 1, 40-42)

El piropo que Gabriel le dijo -llena de Gracia- no será la última vez que alguien alabe a María: al cabo de unos días su prima Isabel le va a llamar *la madre de mi Señor*. Años después escuchará lo que una mujer gritó a Jesús: bendita sea la madre que te trajo al mundo. Y una vez que ella se fue al cielo, comenzó a realizarse en toda la Iglesia -como una ola formada por multitudes en un gran estadio- aquella premonición de que la llamarían *bienaventurada* todas las generaciones. Y a esa “ola” queremos sumarnos nosotros también.

San Bernardo afirmó que de María nunca se hablará lo suficiente, pues debido a su categoría sobrenatural y humana podrían estar todos los poetas y cantores siempre ensalzando sus grandezas. De hecho, de ninguna mujer se han hecho tantas fotografías e imágenes. No hay pueblo o ciudad de la cristiandad que no tenga su patrona a la que alaba e invoca como Madre. Toda una constelación de ermitas y santuarios marianos, como estrellas en la noche, iluminan el orbe, tantas veces a oscuras. Allí acuden los cristianos a honrarla y a pedir su protección.

María era y sigue siendo mujer, y le gusta que le alaben; no por ella, sino porque es un modo de alabar a Dios, pues ha sido Él quien ha hecho maravillas en ella (bien lo sabía María como expresó en el Magnificat). Llamar bienaventurada a la Virgen es un modo de alabar a la Santísima Trinidad, y al fruto bendito del vientre de ella. Queda poco para la Navidad. Mirar a María en estos días es la dirección para mirar a Jesús que está dentro de ella; por ella llegamos a Jesús.

Procuraré estos días rezar más despacio las Avemarías para que cada una sea de verdad una alabanza a la que es bendita entre todas las mujeres. Madre, óyeme; Madre, escúchame.

¿Por qué sufrir?

“A los tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores... Al verlo se maravillaron y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando»” (Lc 2, 46-48)

Ante el dolor inesperado y sin aparente sentido puede surgir la pregunta: ¿por qué Dios lo permite? Es la pregunta de María a su Hijo: ¿por qué nos has hecho esto, si estábamos angustiados? Parece lógico que quien hace el mal o ame el peligro corra con las consecuencias dolorosas, pero ante el sufrimiento de los inocentes la razón queda como paralizada: ¿Por qué Dios, pudiendo evitarlo no lo evita? Para empezar a entender hay que mirar a Jesús en la Pasión, porque si su Padre, que tanto le amaba, le llevó por el camino del dolor, sería porque ahí se encerraba un gran bien que a primera vista no se ve, y que tocará a cada uno descubrir.

La respuesta está en las primeras palabras de Jesús que nos trae el Evangelio: la obediencia, hacer la voluntad del Padre. Es la respuesta a llamada de Dios a reparar el desorden que el pecado ha dejado en el mundo y en uno mismo. Hay una estrecha y profunda solidaridad entre los hombres, tanto en el pecado como en la reparación. Dios llama a los hombres a unirse al sacrificio de Jesús y la suya ha de ser una respuesta de fe, porque hay que creer a Dios, creer que Él sabe más y cuenta con nosotros para sacar muchos bienes.

No busquemos razones humanas, porque las razones del dolor son razones de amor. El amor entiende y tiene sus razones. Y el que sufre por amor, ama más. El sufrimiento es un lugar privilegiado para entender la confianza que Dios deposita en los hombres, como colaboradores suyos en el bien, a los que asocia a la Redención. María ya no pregunta a Jesús, camino del Calvario: Hijo, ¿por qué me has hecho esto? Ella sabe, ya lo ha entendido por su obediencia en la fe.

Señor, ya desde ahora acepto todo lo que el Padre quiera enviarme, con sus penas y dolores. Cuenta conmigo, Señor. Y cuando llegue el dolor pensaré: ¿qué nos irás a dar cuando me pides tanto?

El Bautismo del Señor

Hijos en el Hijo

“Cuando se bautizaba todo el pueblo, y Jesús, habiendo sido bautizado, estaba en oración, sucedió que se abrió el cielo, y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como una paloma, y se oyó una voz que venía del cielo: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me he complacido»” (Lc 3, 18-22)

Hablando con propiedad Dios Padre sólo tiene un Hijo, Jesús, y nosotros somos hijos de Dios en la medida en que estamos unidos a Él por la gracia del Espíritu Santo. Si el Padre nos ama, es porque nos ama en Cristo; si nos da su gracia, es por Cristo; si escucha nuestras oraciones es por Cristo nuestro Señor. Si somos amados por Dios, lo somos *en el Amado, por quien tenemos la redención, gracias a su sangre, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia* (Ef 1,6-7). Somos hechos hijos de Dios en el Hijo.

Esto tiene como consecuencia que el salmo segundo, que es salmo mesiánico, se refiere sólo a Cristo y no se puede aplicar propiamente a los cristianos; igualmente, lo que el Padre dice de su Hijo no se puede aplicar del mismo modo a los hijos adoptivos, como son aquellas palabras que dijo con voz clara en el bautismo de Jesús: *Tú eres mi hijo, el amado*. Sin embargo, podemos considerar esas palabras dirigidas a nosotros en la medida en que estamos unidos a Cristo. No podemos rezar con propiedad «Padre mío que estás en el cielo», sino «Padre nuestro», es decir, sólo podemos llamar Padre a Dios unidos al Hijo, pues somos hijos en el Hijo.

Jesucristo es el medio para entrar en relación con la Santísima Trinidad. Por eso canta la Iglesia: «Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos». En consecuencia, nuestra vida ha de desarrollarse viviendo con Él, dejando que viva en nosotros. En Cristo – *primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8,29)–, el Padre nos dice a todos y a cada uno de los bautizados: *Este es mi hijo amado* (Mt 3,17). Dios nos quiere mucho; mucho más de lo que imaginamos, nos comprende y nos mira con un cariño que sólo empezaremos a comprender en el Cielo.

Gracias Padre nuestro, que estás en el Cielo, porque sé que eres mi Padre y yo tu hijo.

2 tiempo ordinario

Lo que Tú digas

“Y, como faltase el vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora». Dijo su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os diga»” (Jn 2, 3-4)

¿Qué les va a Jesús y a María respecto a los hombres? Les va todo. Por eso vino Jesús al mundo, por eso fue escogida María como Madre de Jesús. Por eso María se dio cuenta de la falta del vino, y por eso Jesús hizo el milagro. Jesús ya se había dado cuenta del problema pero no actúa y se hace rogar para que aprendiéramos muchas cosas. Para que aprendiéramos, por ejemplo, que es necesario pedirle a Dios y hacerlo a través de su Madre; que es necesario estar en las cosas de los demás, y colaborar y obedecer: sin los sirvientes que llenaron las tinajas no se hubiera obrado el milagro.

Dios quiere que vivamos pendientes de los demás, que no estemos tanto en nuestras cosas que no nos demos cuenta de lo que les sucede a los que viven con nosotros, en nuestra casa. El negocio más importante de un padre es su mujer y sus hijos, no su trabajo y sus aficiones. La tarea más importante de una madre o de los hijos mayores es también ésta: los demás.

A veces tenemos problemas y se deben precisamente a egoístas problemas personales y a no meternos en la piel de quien lo está pasando mal. No basta con decir que se ama, hay que demostrarlo dedicando tiempo, escuchando, haciendo propios los problemas o las enfermedades.

Dios podría solucionar todo lo que nos preocupa, pero no quiere hacerlo, y observa. ¿Qué hacer? ¿No habrá que acudir a María, obedecer a Dios y tener ojos para los demás?

Haced lo que Él –Jesús– nos diga. ¿Y qué nos dijo Él, qué nos mandó? Sólo un mandamiento, que nos amáramos. Entonces se obrará el milagro. El milagro de transformar el corazón egoísta en corazón generoso; empezará a cambiar el mundo porque ha cambiado uno mismo. Si hiciéramos lo que Él nos dice...

3 tiempo ordinario

En el seno de la Iglesia

“Distinguido Teófilo: Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros, conforme nos las transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me pareció también a mí, después de haberme informado con exactitud de todo desde los comienzos” (Lc 1, 1-4)

La Tradición de la Iglesia es fuente de revelación. La Escritura sola no basta para saber lo que Dios nos ha querido decir. Dios podía habernos dejado la Escritura y darnos a cada uno una especial asistencia del Espíritu para entenderla en su sentido correcto y preciso, pero no lo ha establecido así, sino que ha querido dar su especial asistencia a algunas personas (sus Apóstoles y sus sucesores en el episcopado, bajo la guía de Pedro, que en cada momento es el Papa).

La Escritura se escribió en el seno de la Iglesia, y ahí es donde se entiende. Hoy la entendemos en la comunión de la única Iglesia de Jesucristo, la que nacida de Jesús estableció en sus apóstoles y discípulos. Nosotros creemos lo mismo que creían aquellos primeros cristianos, aunque con un desarrollo teológico más explicitado. No creemos otras cosas.

Quienes se han separado de la comunión de la Iglesia a lo largo de los siglos, han acabado creyendo otras cosas (suprimiendo el amor a la Virgen, la fe en algunos sacramentos, la no obediencia al sucesor de Pedro, etc.) o interpretan a su manera la Escritura. Jesucristo dio un sentido a sus palabras y el Espíritu Santo en Pentecostés hizo recordar todas aquellas enseñanzas de Jesús y durante la historia ha ayudado a los Pastores de la Iglesia a mantenerse fieles a las enseñanzas de su Fundador.

Importa mucho, como hizo san Lucas al escribir a su amigo Teófilo, que nos informemos bien de la vida y las enseñanzas de Jesús contenidas en el Nuevo Testamento, que se han conservado intacta precisamente en la Tradición de la Iglesia, para creer y vivir según lo que Él enseñó.

Dame a entender, Señor, que profundizar en la fe no es tiempo perdido, sino una necesidad para fundamentar mi vida y no quedar sorprendido por los falsos profetas.

4 tiempo ordinario

Disposiciones interiores

“Y añadió: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. Muchos leprosos había también en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue curado, sino Naamán el Sirio. Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira, y se levantaron, le echaron fuera de la ciudad” (Lc 4, 21-30)

Los contemporáneos de Jesús se percataban de que les hablaba al corazón de parte de Dios. Sus enseñanzas afectaban al hombre por entero. Había que creer en Jesús, y para facilitarlo, Él hacía los milagros. Pero en esta ocasión no los hizo porque encontró una mala disposición en los corazones: no estaban dispuestos a creerle, ni aunque vieran milagros. Al hacérselo notar, ellos le echaron fuera de su ciudad. Jesús era y seguirá siendo inevitablemente signo de contradicción: o se está con Él o contra Él.

He aquí la profundidad del corazón humano, que se cierra a la luz de la verdad, que conscientemente expulsa de su vida a Dios. El ateísmo, tanto teórico como práctico, supone una decisión consciente de rechazar la inclinación religiosa que anida en todos. Es cierto que cada uno está influido por circunstancias culturales, psicológicas e incluso biológicas; pero también es verdad que el Espíritu Santo habla con gemidos inenarrables dentro del corazón humano. Todos tenemos la obligación de buscar la verdad en lo que se refiere a la verdadera religión y, una vez conocida, seguirla.

Antes de convertirse al catolicismo, el cardenal Newman era una gran autoridad de la iglesia anglicana y por su posición percibía una suma considerable de libras. Alguien le preguntó por qué se había convertido, renunciando a esa posición económica, a lo que contestó: «Nunca he pecado contra la luz».

Hemos de examinar los motivos que nos llevan a actuar, si tenemos rectitud de intención o hay intereses escondidos que nos impiden ver la luz, escuchar la voz de Dios. Examinar si estamos dispuestos a oír a Dios, y en general a lo que estamos dispuestos a dar.

Quiero ser sincero, Señor, delante de Ti. Estoy dispuesto a reconocer la verdad aunque eso suponga tener que cortar o cambiar. No quiero echarte de mi ciudad, al contrario, quiero que seas el centro de mi mundo interior.

5 tiempo ordinario

Retiro espiritual

“Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra... Dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad las redes para pescar». Simón contestó: «Maestro, hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero por tu palabra, echaré las redes»” (Lc 5, 3-5)

También a nosotros el Señor nos pide que nos apartemos un poco de las cosas de la tierra para estar con Él, que hagamos el esfuerzo de remar dentro de nosotros mismos y, echando la red sobre el tapete veamos las acciones de nuestra vida, qué hemos de quitar y qué hemos de mejorar. Conocernos más y sobre todo adentrarnos en el conocimiento más profundo de Dios. No podemos conformarnos con navegar por los días a nuestro ritmo, en la superficie. Necesitamos profundizar en los grandes temas de nuestra vida: nuestra existencia, la vida de la gracia, el pecado, el amor que Dios nos tiene, la Eucaristía, las virtudes teologales, nuestras disposiciones, nuestras obras... Pero para eso es necesario bogar hacia mar adentro, en alta mar, lejos de nuestro terreno –de nuestro lugar habitual–, sin las amarras de nuestra apreciación o de nuestros gustos, para ver lo que Dios quiere.

Es necesario, por tanto, hacer cada año unos días de retiro espiritual. Allí podremos ver, con la luz del Espíritu Santo y en la conversación sincera con el Director espiritual, qué espera Dios de nosotros. No nos quedaremos entonces en lo negativo, ni en lo que sólo tiene una importancia relativa, porque podremos observar los sucesos con perspectiva, sin apasionamiento, sin miedos, con sentido de eternidad.

¿Por qué esa falta de fruto en nuestra vida o esa visión negativa, pesimista, falta de fe? Es preciso profundizar, descubrir las raíces y los motivos de nuestras acciones, hacer examen, descubrir lo que nos pasa y por qué. Y actuar por su Palabra, según Él nos indica, dispuestos a obedecer, a dejarnos dirigir por Él. Sólo así el fruto será fecundo y alegre.

Tú, Señor, me buscas para decirme hacia dónde tengo que dirigir mi barca y qué ritmo he de llevar. Me esperas en ciertos momentos para hablarme con mayor hondura. Procuraré ir a la soledad, donde hablas al alma, y yo te puedo escuchar mejor.

6 tiempo ordinario

El secreto de la felicidad

“Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Bienaventurados los que ahora padecéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis... Alegraos en aquel día y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en el Cielo” (Lc 6, 20-23)

La felicidad no consiste en tener satisfechas las necesidades materiales, alcanzar los deseos y proyectos personales, ni en la autoestima o la buena estima de los demás. El hombre, a diferencia de los animales, es un ser no acabado, sino en vías de perfección: debe alcanzar su meta. Y esta meta no consiste en «tener» (tener cosas, tener resuelto el futuro...), sino en «ser» perfecto. Es en esa dimensión ética donde hemos de plantear la cuestión de la felicidad, como acertadamente señaló Aristóteles (*Ética a Nicómaco*).

El hombre puede ser generoso o egoísta, puede ser valiente o cobarde, puede ser bueno o malo. Puede llegar a ser muchas cosas, y para eso tiene la inteligencia, para conocer los verdaderos bienes que le pueden perfeccionar y hacer feliz, y con la libertad, ir escogiéndolos. Cada uno es moralmente el resultado de sus elecciones. He aquí la grandeza del hombre o su envilecimiento. La elección de la felicidad es algo absoluto: en cada decisión se busca como fin. Y sólo quien acierte en el verdadero fin del hombre (es decir, Dios) la encontrará.

La Biblia, aparte de otras consideraciones, es un gran tratado de cómo ser feliz orientando la vida hacia Dios, y en primer lugar siguiendo los Mandamientos: *El Señor nos mandó practicar todas estas leyes y temer al Señor Dios nuestro, para que seamos felices todos los días de nuestra vida* (Dt 6,24). Los mandamientos son caminos de libertad y de felicidad. Después Jesús expuso las Bienaventuranzas que perfeccionan ese camino hacia la felicidad. Dios ha prometido el cielo y es Fiel, nuestra felicidad se funda en la fidelidad de Dios y consiste en nuestra fidelidad a Dios. No lo olvidemos nunca.

Señor, que me acuerde una y otra vez que la felicidad plena la prometiste para después de la muerte, y que sólo seré feliz en esta tierra empleando mi libertad en lo que Tú quieres, en amarte y servirte.

7 tiempo ordinario

Amar a los enemigos

“A vosotros que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian. Al que te hiere en la mejilla preséntale también la otra” (Lc 6, 27-29)

Después de aclarar el error de los fariseos, Jesús expone cuál debe ser la norma de comportamiento ante quien nos causa mal. Porque una cosa es el error, que siempre ha de ser rechazado, y otra las personas que yerran. Y el gran peligro está en el amor propio, sobre todo cuando la injusticia se padece en primera persona.

Jesús nos dio ejemplo en su Pasión. Él no era un soñador idealista que ingenuamente creyera en la bondad natural de las personas, pues conocía que el pecado es una realidad. Pero tampoco las trataba mal como si merecieran se descargara la cólera de Dios al haber descubierto la malicia en el corazón ajeno. Sólo un corazón sin malicia y que conociera a fondo la fragilidad humana y su capacidad de conversión podía ser capaz de tratar con ese respeto y amor a los que obraban mal.

Cuando los soldados en la pasión –y antes los sanedritas– le golpearon, le escupieron en la cara y le pusieron una corona de espinas para burlarse, Él callaba. El ojo de Jesús sabía mirar a través de los velos de las pasiones humanas y penetrar hasta lo más íntimo del hombre, allí donde él está solo y desnudo, allí donde no tiene más que miseria y depende de una infinidad de influencias del cuerpo, del alma y del entorno. He ahí por qué Jesús no quería juzgar ni aún cuando le atormentaban y maltrataban. En cambio, perdonaba siempre.

Es verdad que cuando le golpearon en la mejilla quiso que se aclarara esa flagrante injusticia, pero no sólo la cara sino todo el cuerpo iba a presentar en la flagelación. A Jesús lo que le interesaba era salvar al hombre, antes que salvar sus propios derechos a toda costa.

Arranca, Señor, de mí el amor propio. Hazme entender que lo que importa es ayudar eficazmente a los demás a salir de sus errores y pecados, no quedarme atascado por las ofensas que se hacen en el mundo o me causen a mí. Que puedan ver en mí a Cristo que perdona y salva.

8 tiempo ordinario

La viga en el ojo

“¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en el tuyo?... Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás con claridad cómo sacar la paja del ojo de tu hermano” (Lc 6, 41-42)

Es la propia malicia de nuestro corazón lo que nos hace ver mal a los demás, como unas dioptrías que deforman nuestra apreciación. Y por eso hablamos mal de los otros, abiertamente o con una sutil ironía. La recomendación es clara: procura tú mejorar en ese aspecto que ves mal en tu hermano, y una vez curado, descubrirás que no era tan grande su defecto.

Dios nos mira con ojos de madre; por decirlo de alguna manera, nos ve siempre por nuestro lado bueno. Es verdad que tenemos defectos, y bueno será que los reconozcamos y procuremos quitarlos. Pero no somos un conjunto de males, ninguno de nosotros. Debemos hacer el propósito de ver el lado bueno de las personas y de las cosas, porque, además, así seremos más objetivos. En contra de lo que puede parecer es así. Una cosa es que nos demos cuenta de lo que está mal en los demás y otra el espíritu crítico que no sólo ve lo negativo, sino que, además, lo agranda. Es la viga en el ojo propio.

La soberbia tiene un mecanismo automático: ante el bien que uno hace, se recrea en él y lo agranda; ante el mal que realiza, tiende a olvidarlo; ante el bien que otro hace no tiene más remedio que reconocerlo pero le añade un pero; y ante el mal que otro realiza, lo exagera con el fin de bajarle y uno subir. Es la hipocresía, la mentira. La humildad, lógicamente, razona justo al revés. La humildad es la verdad. No, no es exagerado ver en uno mismo la viga enorme aun cuando se trate de cosas pequeñas, porque ante el amor de Dios todo es grande. Los santos se consideran a sí mismos pecadores y son sobremanera indulgentes con las flaquezas ajenas. Son más realistas, se parecen más a Dios en su modo de ver las cosas.

Jesús, que conoces nuestras deficiencias y nuestros buenos deseos para hacer el bien, que quieres ayudarnos a ser buenos; danos luz para ser humildes, para que arranquemos el obstáculo nefasto de la soberbia que distorsiona nuestro corazón y nos impide conocernos y reconocer el bien que hacen los demás.

9 tiempo ordinario

El respeto

“No estaba ya lejos de la casa cuando el centurión le envió unos amigos para decirle: Señor, no te tomes esta molestia, porque no soy digno de que entres en mi casa; por eso ni siquiera yo mismo me he considerado digno de venir a ti; pero di una palabra y mi criado quedará sano” (Lc 7, 6-7)

Este centurión trata con deferencia y respeto a Jesús. Se da cuenta de que está ante alguien importante, y hace su petición desde la humildad. Es importante reconocer el valor de la autoridad, de las personas e incluso de las cosas. Hay que tratar a cada uno como se merece. La confianza es otro valor, pero no debe llegar al punto de perder el respeto. Dios se merece todo nuestro respeto, y esta actitud ha de estar presente siempre en nuestra oración, en la Liturgia o al hablar de Él. Asimismo al hablar de la Iglesia o de sus ministros. Las personas y cosas santas hay que tratarlas santamente. De otra manera hay riesgo de ir perdiendo el sentido de lo sagrado, y, en definitiva, la fe.

También en el amor humano es fundamental respetar la dignidad de la otra persona: no se puede hacer con ella cualquier cosa, invocando un pretendido amor. Hay que respetar a la persona y el tipo de relación que se tiene con ella: no es lo mismo estar casados, que ser novios o ser hermanos; las manifestaciones de cariño han de ser distintas. El amor que no tiene como premisa el respeto no es verdadero amor.

No da igual todo por el hecho de que haya confianza. Es preciso respetar a los padres, la opinión de los que saben, la autoridad establecida, etc. En cuanto personas todos somos iguales, pero en otros aspectos no, y hay que tratar a las personas distintas de manera distinta. Es importante corregir a los niños cuando usan mal las cosas o abusan de ellas –si maltratan los animales, rayan una mesa, ensucian o desordenan–, no por ellas, por las cosas, sino por ellos, porque el respeto a lo que son las cosas supone un orden interior, importante en la vida personal, social y religiosa.

Señor, no soy digno de que entres en mi casa cuando me acerco a comulgar; me doy cuenta de Quién eres Tú y de quién soy yo. Pero di una sola palabra para que mi alma quede curada, preparada para tu visita.

1 de Cuaresma

Las tentaciones

“Después el diablo lo llevó a un lugar elevado, y le mostró todos los reinos de la superficie de la tierra en un instante. Y le dijo: «Te daré todo este poder y su gloria, porque me han sido entregados y los doy a quien quiero. Por tanto, si me adoras, todo será tuyo».” (Lc 4, 5-7)

Las criaturas son un reflejo de la Bondad y la Omnipotencia divina. Son buenas, pero la Biblia (y de modo específico en el Eclesiastés) se nos habla de la vanidad de vanidades que es la ciencia, la riqueza, el amor y la vida sin Dios. La Iglesia posee un sentido demasiado realista del pecado como para abandonarse candorosamente a una exaltación incondicional de las riquezas de la creación, y no olvida las advertencias de Dios sobre el hechizo y la fascinación de las criaturas, que exponen a las almas a apartarse de Dios: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* (Lc 9,23).

Debido a la malicia que anida en nuestro corazón y a nuestra fragilidad, en ocasiones las criaturas constituyen un obstáculo que nos aleja de Dios, y tras nuestras caídas, se convierten en fuente de abundantes lágrimas. Las *Confesiones* de san Agustín están llenas de estos suspiros y lamentaciones motivados por el recuerdo de sus caídas personales.

Del evangelio de hoy podemos sacar algunas conclusiones prácticas: descubrir aquello que para nosotros es ocasión de pecado, y rechazarlo con prontitud, sin dialogar con el diablo, como hizo Jesús. Se nos pide una decisión radical. A la vez, debemos ver las tentaciones como *oportunidades* que se nos presentan para demostrar nuestro amor a Dios. Tener tentaciones no es malo; si las sabemos aprovechar nos pueden dar mucha cercanía con Dios. Finalmente, hemos de contar con la ayuda de los ángeles, y muy especialmente con el Ángel Custodio que cada uno tenemos.

Hazme humilde, Señor, y dame la fortaleza necesaria para huir de la tentación. Que nada me ate a las criaturas; ni siquiera aquellas personas que debo querer, pero que pueden trastornar mis afectos y alejarme de tu amor, pues sólo debo adorarte a Ti.

El esplendor de la verdad

“Mientras él oraba, cambió el aspecto de sus rostro y su vestido se volvió blanco, resplandeciente. Y he aquí que dos hombres estaban conversando con él: eran Moisés y Elías que, aparecidos en forma gloriosa, hablaban de la salida de Jesús que había de cumplirse en Jerusalén” (Lc 9, 28-36)

En medio de un gran resplandor, Jesús –que es la Luz de los hombres– habla con Moisés y Elías, que representan respectivamente la Ley (la Moral) y las profecías (la doctrina). Jesús vino a darnos la vida divina a través de su muerte y de los sacramentos que instituyó, y a darnos la luz, el sentido de nuestra vida. Quien le sigue no camina a oscuras, quien no le ha escuchado o no le quiere escuchar no acierta. Ahí están tantas filosofías antiguas y modernas, incapaces de explicar qué es el mundo, quién es el hombre y quién es Dios.

«Splendor veritatis», así se titula una encíclica del Papa Juan Pablo II, porque la verdad es bella, es esplendorosa, atractiva para todo hombre de buena voluntad. En última instancia el hombre que tiene buen corazón verdad y ante ella humilla su razón, la admite, y procura cumplir la Ley que descubre en su corazón. Hay una grave obligación de todo hombre de buscar la verdad en cuanto a Dios y su Iglesia y, una vez conocida, seguirla.

Jesús departía con Moisés y Elías sobre su Pasión. La Cruz será la fuente de la que manará la vida sobrenatural, y el faro que ilumine el sentido de nuestro andar terreno: el hombre ha nacido para entregarse a Dios, para obedecerle y amarle, aunque le suponga sacrificio, incluso la muerte. Ser cristiano no puede ser sólo un título que aparece en el documento de identidad junto al grupo sanguíneo, significa un modo de vida, precisamente el que Dios ha querido para todos los hombres: amarle, dar la vida día a día por El, según la doctrina que Jesús nos enseñó. El premio es el cielo, pero ahora hay que recorrer el camino de la obediencia y del amor, del sacrificio.

Hoy nos abres la puerta del Cielo y por esa rendija nos dejas entrever el premio. Señor, auméntanos la virtud de la esperanza, sin la cual no podríamos vivir ahora tal como Tú deseas. Procuraremos conocer mejor lo que nos has enseñado y ponerlo en práctica.

Espíritu de examen

“Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente... Y les decía esta parábola: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar en ella fruto y no encontró. Entonces dijo al viñador: «Mira que hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera sin encontrarlo; córtala, ¿para qué va a ocupar terreno en balde?»” (Lc 13, 3-7)

Es lógico que los alumnos, pasado un tiempo, realicen una prueba para demostrar al profesor y demostrarse a sí mismos el aprovechamiento. Es lógico que quien ha invertido su dinero en una empresa haga balance, y si no rinde, lo mejor es abandonar la empresa. Cada uno somos una inversión de Dios, a cada uno nos ha dado mucho y libremente hemos de dar los frutos que Dios espera con nuestra libertad. Nuestra vida no es nuestra, como si fuéramos independientes y pudiéramos hacer lo que nos viene en gana. La libertad tiene siempre el reverso de la responsabilidad: somos responsables del fruto bueno o malo que demos, o de la omisión del fruto debido. Dios tiene derecho a exigirnoslo. Y tan es así, que al final de nuestra vida nos va a pedir cuentas.

¿No es verdad que queda en mí mucha soberbia, mucha sensualidad, mucha pereza? ¿Por qué no estoy alegre, optimista y esperanzado? ¿Qué frutos de fraternidad y apostolado he dado últimamente? ¿Cómo es mi oración? Conviene que cada noche nos detengamos siquiera unos minutos para examinar nuestro día, lo que hemos hecho de bien, lo que hemos hecho de mal y lo que deberíamos haber hecho y no hicimos. En este examen de conciencia encontraremos acciones buenas, y serán causa para dar gracias a Dios, que es quien nos da todo; e indudablemente encontraremos cosas que hicimos mal, por las que hemos de pedirle perdón. La penitencia nos ayudará a ver mejor. Si no hacemos penitencia, pereceremos, pues no descubriremos el mal y no cambiaremos.

¿Qué frutos esperas, Señor de mí? Procuraré –con tu gracia– hacer lo que esperas de mí. Amante Jesús mío, ¡oh cuánto te ofendí!, perdona mi extravío, y ten piedad de mí.

4 de Cuaresma

Ser hijo pródigo

“Empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos; y nadie se las daba. Volviendo en sí, se dijo: Me levantaré e iré a mi padre.” (Lc 15, 11-18)

Mientras tuvo dinero, aquel chico tuvo amigos y amigas, parecía feliz porque no le faltaba de nada. Pero en realidad no lo era. El estado de necesidad simplemente puso en evidencia la vaciedad de su corazón, la pérdida de su dignidad humana. Hay una lógica en el bien y otra en el mal. Quien es bueno, aunque sea pobre o esté enfermo, puede ser un gran hombre, y saberlo. Quien hace el mal sabe que por ahí no lo será. La dignidad del cristiano está en ser hijo de Dios. Quien comete pecado pierde la vida sobrenatural, y muchas veces hasta la dignidad humana pierde. En ocasiones esto no se nota en la psicología o en la salud física, se entra en crisis, porque la vida sin Dios es un sinsentido. ¡Qué bueno es el sufrimiento porque hace recapacitar!

Recapacitar, plantearse el sentido de la vida y de la muerte. Volver los ojos a Dios, que no es que quiera limitarnos con sus mandatos, y que esté pronto al castigo. Al contrario, Dios es un Padre lleno de misericordia, que sufre al ver al hombre que se aleja de su verdad y sufre, y está pronto a conceder el perdón y a hacer fiesta. Ha hecho a cada un libre, y cada cual decide amar a Dios o marcharse. Él, sin embargo, espera al hombre que peca para que -libremente- vuelva a pedirle perdón. Porque el pecado es, en primer y ante todo, una ofensa contra el Cielo,.

¡Cuándo aprenderemos que no vale la pena dejarse llevar por la tentación del pecado, que no compensa ni humanamente. Que es un engaño, y que se puede acabar... comiendo con los cerdos. Podemos ser muy felices y hacer felices a los demás, pero a veces no queremos. Sufrimos y hacemos sufrir. Hemos de hacer examen -volver en mí- y volver a Dios, que sólo desea nuestro bien.

¡Cuántas veces he de hacer de hijo pródigo cada día! No quiero quedarme en la caída; sí, me levantaré, volveré junto a mi Padre; volveré a ser el hijo que debo ser.

5 de Cuaresma

No vuelvas a pecar

“Le dijeron: «Maestro, Moisés en la Ley nos mandó lapidar a éstas; ¿tú que dices?»... Jesús se incorporó y le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?» Ella respondió: «Ninguno, Señor». Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno; vete y desde ahora no peques más»” (Jn 8, 3-11)

¡No lo vuelvas a hacer nunca más! El pecado es lo que Dios aborrece, y donde hay pecado Él no puede estar, de modo semejante a como el agua y el fuego no pueden coexistir. El Señor comprende los errores, la debilidad del pecador, pero cuando se ha cometido el pecado Dios no dice que no ha pasado nada: hay que reconocerlo y pedir perdón en el sacramento instituido para eso.

No debemos engañarnos imaginando que al pecar no pasara nada, como que Dios mirara hacia otro lado, como que, porque es bueno, lo pasa por alto. Él comprende perfectamente lo que sucede en el corazón humano, pero porque sabe que el pecado es un acto voluntario –y sabe el mal que supone para el pecador– no quiere dejarle en ese lamentable estado, y le pide que voluntariamente rectifique.

Tarea dolorosa es rectificar cuando se es soberbio, cuando se quiere tapar para no ver. Dios nos pide humildad y amor. No desea condenar, pero el que está en pecado está sin Dios, que es lo peor que le puede suceder a la persona humana. El infierno es eso esencialmente.

Con qué delicadeza trató Jesús a aquella mujer, a la que posiblemente indujeron al pecado para tender una trampa a Jesús. Qué delicadeza la suya que respeta tan admirablemente a cada persona. No obliga, no coacciona, sugiere, pide, espera como el padre del hijo pródigo.

Dios no vence el pecado con la prepotencia violentando la libertad o castigando con venganza. Quiere vencernos a base de misericordia y de amor, como veremos al considerar la Pasión. Cada uno tiene que descubrir ese amor, la malicia que supone el pecado y rectificar.

Que yo entienda, Señor, cuánto te ofende el pecado y el daño que produce. De todo corazón te digo: no quiero volver a cometerlo nunca más.

Domingo de Ramos

Un burro como trono

“Envió a dos discípulos diciendo: Id a la aldea que está enfrente; al entrar encontraréis un borrico atado, en el que todavía no ha montado nadie; desatadlo y traedlo. Y si alguno os pregunta por qué lo desatáis les diréis así: porque el Señor lo necesita” (Lc 19, 29-31)

¿Por qué el borrico joven y no la mula o un airoso caballo? Jesús parece haber visto ya antes ese borrico y ha pensado en él. Y manda en su busca porque necesita de él. Dios, que ha creado todo y no necesita de nada ni de nadie quiere necesitar de una criatura para entrar en Jerusalén. También necesita de nosotros, porque «el que te creó sin ti, no te salvará sin ti» (San Agustín). El quiere poner en nuestra alma tesoros divinos; más, quiere tomar asiento en nosotros, pero nosotros hemos de colaborar con El.

Y necesita de nosotros para que su palabra llegue a los demás. Dios podría infundir en cada persona su doctrina, como hizo con san Pablo, pero ha establecido que, por la misteriosa solidaridad que existe entre los hombres, unos sean el instrumento de Dios para que El llegue a los otros.

Ser trono de Dios es un gran honor. Si lo meditamos despacio nos asombraremos. Pero es preciso tener la mansedumbre y docilidad del burro, dejarse hacer por Dios, dejarse llevar. Dios no necesita de airosos corceles, de la belleza o la fuerza de sus instrumentos, sino de su docilidad.

Cuando Jesús entró en Jerusalén montando el pollino, toda la ciudad se conmovió. A través de la historia los santos han conmocionado el mundo, y sobre todo han removido a las almas a plantearse seguir a Cristo. Si el trabajo apostólico no llega a conmover los corazones y que las personas se conviertan hacia Dios, es trabajo perdido.

Señor, que has prometido salvar a los hombres y a los burros (Salmo 36) indicando cuál ha de ser nuestra disposición, haz que entienda mi dignidad de hijo de Dios, que he de vivir en gracia y que por ella vives Tú en mí.

Dame docilidad y fortaleza para dejarme llevar por Ti, para que me entusiasme con tus obras y sólo busque tu gloria en lo que hago. Los frutos espirituales de mi trabajo los dejo en tus manos.

3 de Pascua

El poder de la obediencia

“Jesús les dijo: «Muchachos, ¿tenéis algo de comer!» Le contestaron: «No». El les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces. Aquel discípulo a quien amaba Jesús dijo a Pedro: «¡Es el Señor!»” (Jn 21, 5-8)

Los apóstoles, ellos solos, no logran nada. Ellos eran los expertos, los que conocían las técnicas de la pesca, las mejores horas y los lugares propicios. Jesús, de profesión carpintero, les dice que echen la red para pescar, y de una manera determinada. El resultado es la eficacia, los frutos. Es el poder de la obediencia; que no lo olvidemos nunca. Los frutos en las empresas de apostolado en la Iglesia no dependen de la experiencia o de los medios con los que se cuente, sino de la obediencia al espíritu que las dio origen. El que hace lo que Dios ha dicho, tiene premio siempre; por el contrario, el resultado de perder el buen espíritu es la infecundidad.

Obedecer al superior como obedece un niño a su padre, a pie juntillas, sin reservas, porque lo dice su padre. La obediencia supone humildad de la razón, creer a veces contra toda esperanza, hacer cosas que parecen locura hoy día o en estas circunstancias, pero es el camino, porque detrás siempre está el Señor.

La razón nos puede sugerir en ocasiones que de otra manera sería mejor –hay muchas «razones»–, y que el superior se puede equivocar. Pero no hemos de olvidar que la única razón por la que existe la Iglesia en el mundo, y el motivo por el que hacemos lo que hacemos es sobrenatural. Si se pierde esto, se pierde todo, no tiene sentido ni la Iglesia ni las tareas de los cristianos, pues todo descansa en la obediencia de la fe.

Señor, que conoces nuestras dificultades externas, y sobre todo interiores, no queremos actuar por nuestra cuenta y riesgo, porque el riesgo es grande, perderte a Ti. En tu nombre echaremos la red, hablaremos a los demás de Ti y les plantaremos la vocación para que descubran lo que Tú tienes previsto para ellos.

4 de Pascua

La Iglesia es comunión

“Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y me siguen. Yo les doy vida eterna; no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano.” (Jn 10, 27-28)

Jesús es uno con su Padre, y en la Última Cena pidió que cada uno fuéramos uno con Él (Jn 17,23). Entonces, les dijo también que el diablo no podía nada contra Él (Jn 14,29). En la medida en que somos de Dios, en que estamos unidos a Él, el diablo no puede hacernos nada, porque somos de Dios. Pero en la misma medida en que no somos suyos, el diablo nos puede hacer caer. Entramos en comunión con Dios al escuchar su voz y creer en su palabra. Eso nos lleva a participar de su vida sobrenatural, que nos llega principalmente por los sacramentos (el que crea y se bautice), la oración y las buenas obras. La Iglesia es la comunión de los hombres con Cristo (*Catecismo, 787*).

¡Qué alegría saber que no estamos solos, que estamos unidos a millones los hermanos y hermanas nuestros por la comunión de los santos! Aunque estemos en lugares lejanos, incluso aislados, no estamos solos, nos encontramos en el mismo redil, con el mismo Pastor, participando de las mismas cosas santas. No estamos solos, sobre todo porque somos uno con Cristo. Qué seguridad. Él nos ha dicho que no pereceremos jamás y no seremos arrebatados de su mano. Si no nos separamos de Él, ni la muerte ni la vida, ni el diablo, ni una persona, ni los estados de ánimo podrán separarnos de Él. Ni de Él ni de los demás cristianos.

En la Iglesia estamos especialmente unidos a través de la Madre, en cuyo mes nos encontramos, en el que tantos y tantos acuden a sus santuarios marianos. Estas romerías son un trasunto de nuestra vida, que no es otra cosa que una romería hacia la casa de la Virgen –que es la casa del Padre– donde, por fin, nos encontraremos todos en Jesús.

Señor, que eres más íntimo a mí que yo mismo, y que eres uno conmigo si estoy unido a Cristo por la gracia. Graba a fuego en mi corazón estas verdades para que no me sienta nunca solo.

5 de Pascua

Os reconocerán

“Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor entre vosotros” (Jn 13, 34-35)

Como comentaba un autor antiguo que los cristianos laicos no se diferencian externamente en nada de los demás hombres: residen en las mismas ciudades, hablan el mismo lenguaje y llevan los mismos vestidos, obedecen las leyes, etc., pero no son mundanos; lo que es el alma en el cuerpo, eso mismo son los cristianos en el mundo (*Carta a Diogneto*, 5).

A los cristianos se les tiene que notar por su modo de trabajar bien, porque no mienten, porque viven las exigencias éticas en todo su comportamiento, y sobre todo en que saben querer: quieren a Dios y lo manifiestan, quieren a sus padres y hermanos, a todas las personas sin marginar a nadie; si se casan lo hacen para siempre y no tienen miedo a los hijos.

Hay una silenciosa campaña laicista que pretende imponer a todos los que tienen sus creencias que las vivan en privado, pero que no las manifiesten. Es un engaño en el que no puede caer el cristiano, porque no debe ocultar su condición. Dios cuenta con cada uno para ser luz del mundo, para ayudar a las gentes a reconocer la verdad. Y para eso es necesario vivir coherentemente –sin hacer alardes externos, pero sin complejos– la fe.

El mundo está expectante, como con dolores de parto, esperando *ver la manifestación de los hijos de Dios* (Rm 8,19): ver cómo se aman los esposos cristianos, comprobar que se puede ser fiel en el matrimonio, que se puede tener familia numerosa, que se puede amar a los enemigos, que se puede ser fiel a la vocación divina. El mundo necesita oír la doctrina de Jesucristo, pero también necesita verla hecha vida en los cristianos. El ejemplo arrastra.

Señor, danos fortaleza a todos los cristianos, especialmente a los sacerdotes y religiosos, para que no tengan miedo a los juicios del mundo, no quieran mimetizarse, porque en esa medida no te son fieles. Y ayúdanos para que sepamos amar a los que nos rodean y seamos testimonio de tu amor entre los hombres.

6 de Pascua

Obras son amores

“Jesús le respondió: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que escucháis no es mía sino del Padre que me ha enviado»” (Jn 14, 23-24)

Jesús, el Maestro, nos ha enseñado lo que Dios espera de cada uno de nosotros. A su marcha, el Espíritu Santo recordará todas sus palabras en la primitiva Iglesia. Con la muerte del último Apóstol –Juan– la revelación pública queda completada. Ya no habrá doctrinas nuevas, sólo mejor comprensión de las verdades de salvación. Y, sobre todo, lo que se trata es de vivir esas verdades. Quien lo cumpla, amará a Dios como Él desea ser amado.

En el Catecismo de la Iglesia Católica se contiene la Fe que hay que creer, los Mandamientos que se han de cumplir, la Liturgia donde se vive la fe, y cómo ha de ser nuestra oración. Conocerlo bien es tarea de la Iglesia que enseña (de los pastores) y de cada uno de los fieles. Conocerlo para practicar como cristianos.

Se equivoca quien dice de sí mismo que es creyente y no practica lo que cree, o afirma ser cristiano no practicante. De manera semejante a como el futbolista es quien practica el fútbol y no quien sabe mucho de ese deporte, cristiano es quien practica la doctrina cristiana. También muchos de los que están en el infierno conocen la doctrina, pero no son en realidad cristianos.

No nos engañemos tranquilizando nuestra conciencia con falsos argumentos. La vida tiene como fin amar a Dios, y se le ama cumpliendo sus palabras. No bastan los buenos deseos y las buenas intenciones si no se concretan en obras, porque, como dice el refrán, «obras son amores, y no buenas razones». En la otra vida no nos van a preguntar sobre la teorías que teníamos para justificar no hacer lo que debíamos, sino qué hemos hecho: el bien y el mal, acciones y omisiones.

Jesús, que hiciste el bien y enseñaste a hacerlo; tu vida fue una demostración práctica de lo que predicaste. Ayúdanos a ser coherentes con la fe que profesamos, para que demostremos día a día que se pueden vivir las exigencias cristianas, que se puede vivir como el Padre desea.

La Ascensión del Señor

Quédate con nosotros

“Y mientras los bendecía se separó de ellos subiendo hacia el cielo. Ellos se postraron ante él... y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios” (Lc 24, 46-53)

Hoy queda claro quién es Jesús, se resuelve definitivamente aquella pregunta de Pilato y de tantos otros que se preguntaron y le preguntaron: Tú, ¿quién eres? A los apóstoles se lo había dicho: *Salí del Padre y vine al mundo, ahora dejo el mundo y voy al Padre* (Jn 16,28). El día de la Ascensión Jesús vuelve a su lugar de origen, porque Él es del cielo. Pero como se hizo Hombre para estar entre los hombres, ha querido quedarse en la Eucaristía, por nosotros y para nosotros.

Se ha ido y se ha quedado, respondiendo así a un deseo de los hombres que le decimos: «No te vayas todavía, no te vayas por favor...; quédate junto a nosotros que la tarde está cayendo...» Así decía la copla sevillana: «Que no sé leer, que no sé leer; no me mandes papeles que no sé leer; mándame a tu persona que la quiero ver. Por el correo mándame a tu persona que la deseo». No nos bastan sus cartas, queremos tenerle a Él. La Eucaristía responde, entre otros motivos, al deseo de estar juntos, a la realidad de la amistad.

Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí para que, donde yo estoy, estéis también vosotros (Jn 14,3), nos había dicho. Ese lugar está en el Cielo, pero también está en la tierra. Ahí está Él, y desea que estemos junto a Él. «Amar quiere decir estar cercano a la persona a quien se ama; significa *estar cercano* al amor con el que soy amado. Amar significa también *recordar*, caminar de alguna manera con la imagen de la persona amada en los ojos y en el corazón. Quiere decir *meditar* en el amor con el que soy amado, y profundizar cada vez más en su grandeza divina y humana» (Juan Pablo II, 19-VI-1983).

¿Qué propósito he de hacer en un día como hoy, en el que Jesús se fue y se quedó para mí? Iré a tu encuentro, Señor, a ese lugar donde me esperas, la Eucaristía Sacrificio (la Misa) y la Eucaristía Sacramento; para acompañarte, para recordar tus palabras y tu vida, para meditar el amor con el que soy amado. Sin prisa, como estás Tú en el Sagrario.

La Santísima Trinidad

Mirada de amor

“Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis sobrellevarlas ahora. Cuando venga Aquel, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia la verdad completa.” (Jn 16, 12-13)

La unidad sustancial del compuesto humano (alma y cuerpo, biología y psicología, facultad cognoscitiva y apetitiva) implica una interacción y la mutua dependencia de todas las facultades. Es un hecho de experiencia que nuestros juicios (cómo pensamos) son influidos por los datos que tenemos pero también por nuestras tendencias afectivas: nuestras opciones intelectuales, incluso las más objetivas en apariencia, son dictadas a menudo por un subconsciente de afectividad que nos mueve en el sentido de nuestras simpatías o antipatías.

El afecto tiene una importancia decisiva en la persona. Si está ejercitado en el bien verdadero, puede conducirnos a una dimensión a la que no es capaz la razón. Una madre, por ejemplo, adivina el sentimiento de su hijo mejor que el psiquiatra más agudo. El cariño pesa con todo su peso para inclinarla hacia un juicio instintivo, que surge de ella no de un subconsciente infrarracional o tenebroso, sino de un sentimiento suprarracional, de connaturalidad entre dos seres unidos por una afinidad profunda.

El *conocimiento por connaturalidad* es el conocimiento que tienen los místicos de Dios. Sin desprenderse del conocimiento que se tiene por la fe, alcanzan a Dios tal cual es con una *mirada de amor*, como su Bien supremo, que actúa sobre la voluntad de ellos con el más poderoso atractivo, el único capaz de saciar el ansia de amor, el ansia fundamental. La cuasi experiencia de Dios les hace aparecer a sus almas como el Ser más amado y más deleitable. Dichosos los que, movidos por el Espíritu de Dios, inician su conocimiento en la fe revelada y llegan a la verdad plena, a Dios mismo, en una mirada sin cansancio y sin descanso, como un anticipo del cielo en la tierra.

Ven Espíritu Divino y muéstranos toda la verdad que podamos conocer ya ahora sobre cómo sois en Dios. Transfórmalos, capacítalos para que sepamos amar como los místicos y te veamos con esa mirada de amor tal como sois.

Corpus Christi

El milagro eucarístico

“Tomando los cinco panes y los dos peces, miró al cielo y pronunció la bendición, los partió y los dio a sus discípulos, para que los distribuyeran entre la muchedumbre. Comieron y se saciaron todos. Y de lo que sobró recogieron doce cestos de trozos.” (Lc 9, 16-17)

Jesús hizo dos milagros que servirán para entender algunos aspectos de la Eucaristía: la conversión del agua en vino en Caná y la multiplicación de los panes. La Eucaristía es el sacramento por el que, por las palabras de la Consagración se convierte toda la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y por tanto allí está Cristo entero, con su humanidad y su divinidad.

Y esto se realiza en todos los lugares y sobre todos los trozos de pan y todo el vino que se consagre. Cristo no se rompe al romper las especies (ya no es pan sino *formas* de pan: sólo queda la rugosidad, la consistencia, el color, en definitiva las formas externas de lo que fue pan). La Eucaristía es un milagro permanente. Sin embargo hay que creer. La fe es creer a alguien, y porque uno se fía de esa persona, se tiene por cierto lo que ella dice. No es ilógico tener fe. Quien no cree en la presencia de Cristo en la Eucaristía, cree en cambio en los ovnis, los horóscopos, las cartas y en un sinnúmero de cosas. Los que se dicen no creyentes suelen creer en muchas más cosas que los cristianos.

Hay que creer a Dios, que es el único capaz de hacer milagros, y los ha hecho; ahí están los milagros eucarísticos de Daroca, Lanciano o Bolsena. No vale la excusa del que dice: «Si yo viera un milagro creería», porque el milagro está ahí, y precisamente lo que hay que hacer es creerlo. El que no se acerca a adorar a Dios presente en la Eucaristía, es que no tiene interés en enterarse.

Jesús se ha quedado en la Eucaristía para nosotros, para que se distribuyera entre los cristianos y para nuestra adoración. Por su parte Dios ha querido acercarse a nosotros, es nuestra parte lo que falta. Él está ahí, en esas dimensiones del pan y del vino; ¿dónde estamos nosotros?, ¿a su vera?

Danos siempre de este Pan, tu Cuerpo y Sangre, Señor. Auméntanos la fe, la fe de la Iglesia que sabe lo que tiene, que te tiene a Ti.

10 tiempo ordinario

¿Por qué lloras?

“Al acercarse a la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar un difunto, hijo único de su madre, que era viuda... Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: «No llores»” (Lc 7, 12-13)

Jesús se emocionó y lloró a la muerte de su amigo Lázaro y en otra ocasión al ver de lejos la ciudad de Jerusalén por lo que sufrirían sus moradores. Ante la viuda de Naím se vuelve a emocionar porque tiene corazón ante el sufrimiento ajeno. Lloró David después de cometer su pecado múltiple, lloró amargamente Pedro después de haber negado conocer a Jesús. Lloró la Magdalena a los pies de Jesús aquel día de su conversión, junto a la Cruz y ante la tumba abierta. En esta última ocasión Jesús le preguntó: *Mujer, ¿por qué lloras?* (Jn 20,15). Lloraba por la pérdida de Jesús.

Quizá sea hoy un buen día para que nos preguntemos por qué lloramos. Si es la muerte de un pariente, el sufrimiento del que somos testigos, el pecado; o si, por el contrario, es porque no nos sale lo que teníamos previsto, por nuestro amor propio herido, nuestra humillación, traducida en queja. ¿Qué es lo que nos hace sufrir y llorar? No olvidemos que «la rueda estropeada es la que más chirría».

¿No será acaso que pensamos mucho en nosotros mismos? Jesús, que se compadeció de aquella mujer viuda, nos dice también a nosotros: No llores. Si tenemos un poco más de sentido sobrenatural dolerán ciertas contrariedades –que podemos ofrecer a Dios–, y nos quejaremos menos. Y sí nos dolerán aquellas otras cosas que hacían sufrir a Jesús, que hacen sufrir a los santos.

¿Cómo es nuestro arrepentimiento, nuestro dolor de amor, cuando acudimos al sacramento de la Confesión? ¿Es la humillación de que nos suceda a nosotros eso, es el temor, la vergüenza lo que nos causa pena? ¿No deben ser las lágrimas de Pedro y sus palabras de arrepentimiento las que deberíamos repetir? Una vez arrepentidos, oiremos que el Señor nos dice: No llores.

Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que yo te amo. Desde lo hondo a Ti grito, Señor. Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa.

11 tiempo ordinario

El valor de los detalles

“Vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso; pero ella, desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con óleo; ella en cambio ha ungido mis pies con perfume.”
(Lc 7, 44-46)

Es el amor o la falta de amor lo que Jesús advierte. La contrición es un acto de amor, y el de aquella mujer fue muy grande. Eso pasa desapercibido para aquel fariseo, porque él mismo no había cuidado los detalles. En los detalles se descubre al buen profesional, la buena educación y el cariño. Habitualmente no se nos presentarán grandes ocasiones de demostrar el amor a Dios; lo normal será cuidar lo pequeño: la genuflexión, los detalles de liturgia (hasta el incienso y el perfume Jesús lo valora), la puntualidad, la limpieza, el orden, no descuidar los sentidos, el recogimiento... Son pequeñas cosas, pero ahí es donde nos jugamos el amor a Dios.

Dios son Personas que nos ven, Jesús tiene corazón humano y se da cuenta: le alegra comprobar el cariño o le duele la falta de atención. No por Él, sino por nosotros. Somos humanos y el cariño a Dios hemos de demostrarlo de esta manera, al modo humano, con pequeñas obras, pero obras de amor al fin y al cabo. Lo que Jesús le da a aquella mujer es desproporcionado: perdona sus pecados y le permite recuperar la alegría honda del corazón. Jesús da mucho por poco que se le dé.

¿Por qué la aridez en la oración? ¿Por qué en ocasiones nos parece que no está en la Eucaristía o que no nos oye en la oración? ¿No será porque, a base de descuidos, somos nosotros los que nos hemos alejado de su presencia amorosa? El amor hay que cultivarlo y conquistarlo cada día. El premio son pequeñas flores, con sus colores y perfumes imperceptibles para los demás, pero que llenan el corazón.

Necesitamos hacer examen y concretar propósitos. *Señor, ¿cómo te puedo amar un poco mejor?*

Mortificación cristiana

“Y, dirigiéndose a todos, decía: El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará»” (Lc 9, 23-24)

Quienes buscan como fin de sus vidas pasarlo lo mejor posible, evitando el dolor a toda costa y permitiéndose ciertas compensaciones sin las cuales les parece sería imposible vivir, esas personas cuando oyen hablar de mortificación les resulta una palabra extraña, cuando no se asocia con la imaginación a ciertas penitencias medievales entendidas como torturas. Se piensa que los cristianos al hablar de la mortificación están locos o que son felices haciendo cosas que dañan la salud, o la conciben como una especie de tributo que han de pagar a la divinidad que promete a cambio la salvación.

No nos engañamos si afirmamos que esa imagen de la mortificación ha sido expresamente difundida, y acogida favorablemente por aquellos que no están dispuestos a renunciar a ningún placer o a dejar de buscar sus intereses.

La mortificación cristiana no va contra el deseo de felicidad, al contrario: la realidad es que a veces nos apetecen cosas que no nos vienen bien. Y en la medida en que contrariamos las apetencias que nos inclinan al mal, estamos evitando el mal, aquello precisamente que nos impide alcanzar la felicidad. Mal consejo sería decir a quien tiene un dolor de muelas que no acuda al dentista porque le puede hacer daño, cuando es éste quien puede quitarle el dolor.

El problema consiste en que queremos ser felices pero a nuestra manera, y ahí es donde nos equivocamos. El sacrificio, la mortificación voluntaria es una necesidad para liberar al hombre de sus tendencias caprichosas que a la postre le hacen infeliz. Pero es sobre todo la demostración práctica de que amamos a Dios. Sin Cruz no hay cristianismo. Sin Cruz el hombre no encuentra a Dios.

Dame, Señor, la sabiduría de la Cruz para que yo tome mi cruz de cada día con garbo humano y sentido sobrenatural, siguiéndote a Ti. Porque sólo en la Cruz está la Vida, la muerte a uno mismo y la Resurrección a la verdadera Vida. Procuraré buscarla y aprovecharla.

13 tiempo ordinario

El Corazón de Jesús

“Pero no le recibieron porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: «Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?» Él se volvió y les reprendió” (Lc 9, 51-62)

De lo que rebosa el corazón habla la boca (Lc 6,45), y lo que acababan de decir sus discípulos debió de herir al Maestro, porque no era eso lo que Jesús les había enseñado. Quien es vengativo, quien tiene mala idea o desea el mal al prójimo no ha entendido a Cristo. Poco a poco aquellos hombres lo fueron aprendiendo, sobre todo al entender el significado de su entrega en la Pasión.

Hemos de mirar al corazón de Jesús para aprender cómo nos quiere, la paciencia que tiene, cómo se compadece y perdona, cómo se ha entregado. Su costado abierto por la lanzada es como una ventana por la que llegamos a descubrir la riqueza insondable que es Cristo, y por la que alcanzamos a ver la magnitud del amor divino revelado en un corazón de carne, humano.

El suyo es un corazón dispuesto a acercarse a los pecadores, sin hacer acepción de personas, sin importarle el trato que reciba; porque busca a la oveja perdida a costa de cualquier sacrificio. Un corazón que se emociona ante el amigo fallecido y ante el dolor de la viuda que sufre; un corazón manso y humilde, que no devuelve sino bien ante lo que se le haga; un corazón que se entregó de tal manera por cada persona que, al ser atravesado por la lanza, ya no le quedaba ni sangre que entregar.

Somos discípulos del tal Maestro si somos comprensivos, misericordiosos, perdonadores, mansos, cariñosos. Lejos de nosotros, por tanto, el rencor, la frialdad, al altanería, la dureza en el trato. Tener un corazón, en definitiva, hecho a la medida del Corazón de Jesús. En esto, además, conocerán los hombres cómo es Dios: viendo a sus discípulos.

Gracias Señor porque te has hecho tan cercano y nos has revelado cómo eres: lento a la ira y rico en misericordia. Un Dios amable, un Dios que comprende y perdona. Quítame las impurezas, dame tus mismos sentimientos, tu mismo modo de ver las personas; dame, Señor, un corazón semejante al tuyo.

14 tiempo ordinario

La misión

“Después de esto designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar a donde él había de ir. «Y les decía: La mies es mucha mas los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Id: he aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos»” (Lc 10, 1-12; 17-20)

Rogar al dueño y también ir. Es una tarea de todos los cristianos. «La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros. La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del bien vivir. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una gradual secularización de la salvación, debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina.

¿Por qué la Misión? Porque a nosotros, como a san Pablo, *se nos ha concedido la gracia de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo* (Ef 3,8). La Iglesia, y en ella todo cristiano, no puede esconder ni conservar para sí esta novedad y riqueza, recibidas de la divina bondad para ser comunicadas a todos los hombres» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*).

Hay dos modos de ser enviado, una yendo a otro lugar, y otra permaneciendo en el mismo sitio pero de otra manera: personas transformadas por la gracia y la doctrina cristiana colaboran a transformar la sociedad. No sólo para hacer un mundo mejor, más habitable. Sino un mundo donde Dios sea el norte de cada persona, donde las leyes ayuden al hombre a desarrollar sus capacidades humanas y puedan vivir como hijos de Dios. El cristianismo es un humanismo, ciertamente, pero es mucho más: Cristo es el camino para la salvación eterna.

Señor, que no me confunda, que no crea que voy bien sólo por no hacer mal. Que vea la necesidad de mover los corazones hacia Ti, de que tengo que rezar para que haya vocaciones entregadas en la Iglesia, pero de que yo también tengo que ir.

15 tiempo ordinario

Vivir para los demás

“«Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él, y al verlo se movió a compasión, y acercándose vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; lo hizo subir sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó... ¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de los salteadores?» El (fariseo) contestó: «El que tuvo misericordia con él». Le dijo entonces Jesús: «Pues anda y haz tú lo mismo»” (Lc 10, 33-37)

Más explícito no puede ser Dios con nosotros: Haz tú lo mismo, ten misericordia con los que te rodean. Posiblemente, por prudencia, no debemos atender a desconocidos que encontramos en la carretera. Sin embargo, no hemos de esperar que se presenten sucesos insólitos o espectaculares; tenemos al alcance de la mano mucha gente que necesita de nosotros. El buen samaritano hizo lo que podía hacer; ¿qué podemos hacer nosotros?

Como los ojos no están hechos para mirarse a sí mismos, el corazón humano necesita preocuparse de los demás para expandirse de modo natural y no quedarse encogido. El amor a otra persona activa la capacidad de amar, que de otra manera quedaría necrosada y estéril. Estamos hechos para el amor, y quien no ama bien no puede ser feliz. No podemos tener tiempos reservados exclusivamente para nosotros porque hemos de vivir para los demás. Hasta en el descanso hemos de pensar cómo ayudar a los demás, incluyéndoles en el plan, haciendo algo que les guste, etc. Es no pensar cómo me organizo, o cómo resuelvo mis problemas.

No es sólo una comprobación psicológica que quien piensa en los demás es más feliz, es que amando al prójimo progresamos en el amor a Dios. Si no preguntamos ¿qué espera Dios de mí?, la respuesta es: preocúpate de quienes tienes a tu alrededor. Haciendo esto indudablemente amamos a Dios.

Jesús, ayúdame a quitar el peso del egoísmo que me hace estar en mis cosas y me impide advertir los problemas, necesidades y defectos ajenos. Hazme ver sus carencias y dificultades como propias, para que les dedique el mismo interés que mis problemas.

16 tiempo ordinario

La mejor parte

“Marta andaba afanada con los múltiples quehaceres de la casa y poniéndose delante dijo: «Señor, ¿nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude». Pero el Señor le respondió: «Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. En verdad una sola cosa es necesaria. Así, pues, María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada»” (Lc 10, 40-42)

Todos tenemos obligaciones, trabajos que hemos de realizar. También Jesús en sus tres años de vida pública parecía que no paraba de enseñar y viajar. Pero sí paraba, y se iba a solas a hacer oración con su Padre. Ese encuentro era el momento mejor, el más importante de la jornada.

Deberíamos llegar a ser contemplativos de Dios durante toda la jornada, alabándole, pidiendo, dando gracias,... Pero no lo lograremos si no nos esforzamos por serlo de un modo particular en unos ratos de oración diarios. Sin esa quietud donde la palabra de Dios se hace carne en nosotros, sin ese mirar hacia el Cielo y, desde esa perspectiva ver lo que nos sucede y el mundo entero, caeremos en el activismo.

El activismo devora la vida interior y termina por olvidar el sentido de lo que se está haciendo. No basta hacer cosas, incluso por los demás, sino hacer lo que Dios espera de nosotros. Sin oración se acaba viviendo hacia fuera, hasta la ayuda que se presta acaba siendo algo que podría realizar alguien que no es cristiano. Se acaba por no acercarse a los demás a Dios.

Nos jugamos mucho en la oración. La calidad de la vida interior está en estrecha relación con la calidad de nuestro trato con Dios. Ahí, con Él, veremos muchas cosas. Quizá algunas que Él lleva tiempo deseando comunicarnos, y que no ha sido posible por nuestra culpa.

¡Cuándo me daré cuenta definitivamente, que cuando me retiro en la oración o en cualquier otra práctica de piedad –incluso cuando detengo el pensamiento y digo una jaculatoria– estoy escogiendo la mejor parte! Que no me parezca tiempo perdido, Señor, porque sin esos momentos contigo, me perdería en mil cosas.

17 tiempo ordinario

El Padrenuestro

“Cuando oréis, decid: «Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu reino” (Lc 11, 2)

Dice el Catecismo que «la Iglesia es esta nueva comunión de Dios y de los hombres: unida con el Hijo único hecho “primogénito de una multitud de hermanos” se encuentra en comunión con un solo y mismo Padre, en un solo y mismo Espíritu» (n. 2790). Podemos rezar el Padrenuestro en la medida en que estamos unidos a Cristo, pues sólo somos hijos en el Hijo. Y lo podemos rezar en la medida en que estamos unidos a los demás cristianos.

La Iglesia es la *familia de Dios* (Ef 2,19), cuyo Padre es Dios. Estamos unidos a Él de modo misterioso y real al estar en gracia, y al rezar en espíritu y verdad. Desde el inicio de la Iglesia la comunidad de los creyentes ora unida, junto a María. Por muy diferentes que sean los carismas que hayan recibido unos y otros, en la oración nos encontramos todos y nos sentimos muy unidos.

No debemos rezar, pues, esta oración que nos viene de Jesús de una manera rutinaria o mecánica. Con la palabra «Padre» estamos adorando a Dios (primer mandamiento), después santificamos su Nombre (segundo mandamiento), estamos hablando como hijos con su Padre del cielo, rezamos unidos a toda la Iglesia de todos los siglos, estamos pidiendo lo que más necesitamos: el alimento corporal y espiritual, que nos perdone los pecados y nos libre del Maligno.

Es preciso darnos cuenta de lo que decimos cuando rezamos y a Quién lo decimos. Por eso es importante rezar despacio las oraciones vocales, y en especial esta oración. Bueno será que meditemos despacio esta oración con lo que de ella nos dice el Catecismo, y en general toda su cuarta parte, que trata de la oración. Así entraremos más en comunión con Dios y con nuestros hermanos.

Señor, que quieres darme el alimento espiritual cada día en la Eucaristía y en la oración, que yo tenga hambre de conocerte mejor, de profundizar en la vida interior, saboreando cada día más aquellas palabras que Tú nos enseñaste y que quisiste que supiéramos desentrañar.

18 tiempo ordinario

Avaricia

“Estad alerta y guardaos de toda avaricia, porque si alguien tiene abundancia de bienes, su vida no depende de aquello que posee... Insensato, esta misma noche te reclaman el alma; lo que has preparado, ¿para quién será? Así ocurre al que atesora para sí y no es rico ante Dios” (Lc 12, 15-21)

La avaricia es uno de los siete pecados capitales. Con razón los religiosos quieren atarse voluntariamente con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, porque en esos tres temas es muy fácil que entre el “Yo” y puede suceder que después de un error práctico, la soberbia se obceque y empecine en no reconocerlo. La avaricia, dirá san Pablo es como una idolatría (1 Col 3,5), el dinero se puede convertir en una especie de dios. De hecho Jesús dirá que no se puede servir a Dios y a las riquezas. En latín riquezas se dice *mammona*, que deriva de Mammon, dios del norte de África que era celoso y quien le servía debía darle todo.

El dinero, y en general los bienes de la tierra, sirven para no estar preocupados por ellos. Quien pasa necesidad tiene que estar preocupado por conseguirlo, pero no el que ya lo tiene. Amontonar riqueza es un gran error humano, porque posiblemente nunca se disfruten en vida y en la muerte hay que dejarlos (y a saber qué se hará de ellos); pero sobre todo porque poner la ilusión de la vida en eso constituye un pecado grave, al tener como fin lo que ha de ser un medio.

El fin de nuestra vida es Dios, y hemos de atesorar bienes que se cotizan en el cielo: ser buenos manifestándolo en las obras buenas. Ayudar económicamente a los indigentes, por ejemplo, es una obra buena que se ingresa en el cielo. Dios ve y valora cada acto de generosidad que hacemos, cada detalle que tenemos con los demás. Quizá debiéramos, en la presencia de Dios, plantearnos hoy algunas preguntas.

¿Tengo apegado el corazón al dinero? ¿Cuántas veces hablo de temas económicos, de cosas que tengo que comprarme? ¿Ayudo a la Iglesia en sus necesidades en proporción con mis posibilidades? ¿He ayudado a alguna institución o a alguna persona necesitada para resolver su problema? ¿Soy generoso con mis familiares? ¿Soy más generoso con Dios con mi tiempo?

19 tiempo ordinario

En el silencio

“Dichosos aquellos siervos a los que al volver su amo los encuentre vigilando. En verdad os digo que se ceñirá la cintura, les hará sentar a la mesa y acercándose les servirá...” (Lc 12, 37-40)

Comentaba un autor antiguo que los cristianos laicos no se diferencian externamente en nada de los demás hombres: residen en las mismas ciudades, hablan el mismo lenguaje y llevan los mismos vestidos, obedecen las leyes, etc., pero no son mundanos; lo que es el alma en el cuerpo, eso mismo son los cristianos en el mundo (*Carta a Diogneto*, 5).

A los cristianos se les tiene que notar por su modo de trabajar bien, porque no mienten, porque viven las exigencias éticas en todo su comportamiento, y sobre todo en que saben querer: quieren a Dios y lo manifiestan, quieren a sus padres y hermanos, a todas las personas sin marginar a nadie; si se casan lo hacen para siempre y no tienen miedo a los hijos.

Hay una silenciosa campaña laicista que pretende imponer a todos los que tienen sus creencias que las vivan en privado, pero que no las manifiesten. Es un engaño en el que no puede caer el cristiano, porque no debe ocultar su condición. Dios cuenta con cada uno para ser luz del mundo, para ayudar a las gentes a reconocer la verdad. Y para eso es necesario vivir coherentemente –sin hacer alardes externos, pero sin complejos– la fe.

El mundo está expectante, como con dolores de parto, esperando *ver la manifestación de los hijos de Dios* (Rm 8,19): ver cómo se aman los esposos cristianos, comprobar que se puede ser fiel en el matrimonio, que se puede tener familia numerosa, que se puede amar a los enemigos, que se puede ser fiel a la vocación divina. El mundo necesita oír la doctrina de Jesucristo, pero también necesita verla hecha vida en los cristianos. El ejemplo arrastra.

Señor, danos fortaleza a todos los cristianos, especialmente a los sacerdotes y religiosos, para que no tengan miedo a los juicios del mundo, no quieran mimetizarse, porque en esa medida no te son fieles. Y ayúdanos para que sepamos amar a los que nos rodean y seamos testimonio de tu amor entre los hombres.

20 tiempo ordinario

El signo de la espada

“Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os digo, sino división. se dividirán el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre” (Lc 12, 49-53)

Hay en el Evangelio aparentes paradojas, y una de ellas es ésta: por un lado Jesús hablaba de un reino de paz, y por otra parte que no había venido a poner paz sino la espada. Y esto se debe, como dijo Simeón a María cuando presentaron en el Templo a Jesús, porque Él es *signo de contradicción*, pues pondrá al descubierto la bondad o la malicia del corazón de cada cual; a la vez a Ella se le auguró que una espada le atravesaría el alma.

Quien se decide a seguir a Cristo tendrá paz, aquí en la tierra y después en el cielo, la verdadera paz que el mundo no puede dar. Pero precisamente por querer ser buenos, eso mismo hará que la gente que no entiende –o no quiere entender– ese comportamiento se enfade y ataque con la espada de la calumnia, de no dejar en paz. A veces será porque *no pueden soportar la sana doctrina* (2 Tm 4,3), otras veces porque se resisten a los planes de Dios. Ese rechazo puede convertirse en una auténtica persecución, y en algunos casos se puede llegar ser mártir.

Muchos cristianos murieron en las persecuciones romanas por causa de la espada, otros devorados por las fieras. ¿Qué era lo que les mantenía en su fe y en su vida honesta? Aquel fuego que Cristo tenía en su corazón y que había venido a poner en la tierra: el amor al Padre y el amor a los demás. Jesús no vino a pelear contra nadie, vino a hablar de la verdad, y por eso a poner al descubierto los corazones: el que se rebela contra la verdad es que hay algo que está mal en su corazón.

El que se enfada contra la Iglesia se está mirando en un espejo de justicia y se siente incómodo con sus ideas o con su vida. Precisamente siguiendo la verdad es como tendrá paz en el corazón, no permaneciendo en el mal y en el error.

Señor, cuando trato de cumplir tu voluntad, sé que la espada es el signo de la Cruz; señal de que hago lo que debo hacer. Te pido por los que no entienden mi camino, y por los que no quieren seguir el suyo, que Tú les propones.

21 tiempo ordinario

Los que se salvan

“Y uno le dijo: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» El les contestó: «Esforzaos para entrar por la puerta angosta, porque muchos, os digo, intentarán entrar y no podrán. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos»” (Lc 13, 22-30)

Jesús refiere la entrada en el cielo a la vida moral: los que han hecho el bien irán a la vida eterna, los que han muerto en pecado mortal, aunque hayan hecho muchas cosas en la tierra, irán al infierno. No depende, pues, del prestigio, de la sabiduría, o de otro valor, sino del bien y del mal, de la Caridad que se posee. Dios ve el interior del corazón, a Dios no se le engaña. Por eso, hablando humanamente, quienes van al cielo se pueden llevar grandes sorpresas. Por tanto no hemos de mirar la apariencia de las personas, ni tampoco podemos juzgar sus intenciones: sólo Dios conoce el interior de la persona y todas sus circunstancias. Lo que sí hemos de hacer es juzgarnos a nosotros mismos y ver si estamos caminando hacia la puerta angosta, que por eso puede que sea el camino también más estrecho. ¿Quiénes son los que se salvan? Los que hacen el bien y evitan el mal, los que cumplen los Mandamientos y en general lo que Dios desea. ¿Son muchos los que los cumplen? Esa es la pregunta que hemos de hacernos personalmente. Es verdad que la salvación depende totalmente de Dios, pero en otro sentido depende totalmente de cada persona.

El cielo y el infierno no son maneras de hablar. El cielo es como un banquete, una fiesta, la felicidad completa porque es ver a Dios. En el infierno hay llanto y rechinar de dientes por la rabia, porque todo dependía de uno, y no se puede echar la culpa a nadie de haberse quedado fuera. Es la sensación (entre otros muchos suplicios) del que ha perdido el tren por acabar de ver cómo acababa una película y se ha quedado en la estación solo y con frío; la sensación de insensato de haber perdido la felicidad eterna por una tontería de unos segundos.

¿Señor, son muchos los que te aman? Sé que son muchos más de lo que parece. Pero también es verdad que muchos otros no van por buen camino. Yo iré a visarles, a decirles la maravilla que supone estar contigo.

22 tiempo ordinario

Conocimiento propio

“Cuando seas invitado por alguien a una boda, no te sientes en el primer puesto, no sea que otro más distinguido que tú haya sido invitado por él, y al llegar el que os invitó a ti y al otro, te diga: cede el sitio a éste” (Lc 14, 7-14)

Al frívolo y superficial le importa quedar bien, que se cuente con él, le gusta dárselas de que sabe ante los demás, de que está al día... En general, la soberbia es enojosa para el prójimo, hasta puede resultar ridícula, como en el caso de la parábola, cuando uno aparenta ser, tener o saber lo que no es, no tiene o no sabe. Por el contrario, quien es humilde no pretende llamar la atención o sobresalir en el hablar, en el vestir o en tantos otros detalles; resulta agradable y elegante en su sencillez.

Incluso, si le alaban por el trabajo realizado o por sus cualidades de voz o de memoria, sabe que lo tiene recibido, recuerda el esfuerzo que le ha costado y que un pequeño contratiempo puede hacer que pierda lo que tenía. Y, en todo caso, no pierde de vista que los honores de la tierra son vaciedad y que tarde o temprano todo lo de esta tierra desaparecerá.

Algo semejante sucede en las relaciones con Dios: ante Él no cabe la apariencia porque conoce perfectamente quiénes somos, cómo somos y toda nuestra historia. Por eso, la actitud fundamental de todo hombre que se acerque a Dios ha de ser la conciencia de su nada en presencia de “Aquél que Es”. «Yo Soy El que Soy. Tú eres lo que no es», decía el Señor a santa Catalina de Siena. Todas nuestras relaciones con Dios son regidas por esta verdad básica que nos sitúa en nuestro lugar.

La humildad es la virtud humana fundamental, sin la cual no hay ninguna otra que lo sea. La humildad atrae la gracia de Dios, que está dispuesto a *subir* a los humildes. En cambio, Dios no soporta a los soberbios, les deja solos, les devuelve a su nada. El que es humilde sabe cuál es su puesto siempre, ante Dios y ante los demás, y agradece todo.

Señor, Dame el conocimiento propio, para que me conozca como Tú me conoces, ame lo que Tú amas, y evite todo aquello que no merece la pena. Que sólo trate de agradarte, qué sólo Tú seas mi bien. Otra cosa no quiero.

23 tiempo ordinario

Plantearse la vocación

“Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre incluso su propia vida, no puede ser mi discípulo...Porque, ¿quién de vosotros, al querer edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos a ver si tiene para acabarla?” (Lc 14, 25-33)

Jesús planteó la radicalidad de la vocación cristiana: hay que seguirle por encima de todo, por encima de la honra, de la familia, de los propios proyectos. Todas estas cosas serán buenas y Dios las quiere para nosotros si están vistas desde la respuesta cristiana, pero lo primero es la llamada de Dios y la respuesta total.

Sin embargo, esa respuesta a vivir el cristianismo puede tener manifestaciones concretas (la vocación específica al sacerdocio, al estado religioso, a ser cristiano según un carisma determinado), y antes de dar esa respuesta, quien se plantee una de esas “vocaciones” ha de pensárselo bien. Jesús enseña a renglón seguido que no hemos de tomar decisiones imponderadas, precipitadas, sino tomándonos el tiempo necesario, pidiendo consejo a quien pueda darlo.

Esa prudencia no consiste en investigar si me interesa o no responder a Dios, si me compensa o no, si van a decir otras personas de mi familia, o calcular si voy a ganar o perder humanamente si me entrego a Dios. No se trata de eso, porque el planteamiento de Jesús es claro: el que calcula con Dios, no es digno de Él. Se trata de pedir luz a Dios, de tomarse el tiempo necesario para que, partiendo desde la humildad y la generosidad, acertar en lo que Dios quiere para mí, saber si es una vocación que coge toda la vida o es sólo una ilusión.

Ilumina y fortalece, Señor, a quienes tienen que descubrir todavía su vocación. Y danos a los que ya la conocemos una nueva luz para agradecerla como la verdadera orientación de la vida. Que, volviendo al amor del primer día, sepamos valorarla y arrancar de nosotros todo aquello que nos separe de Ti.

24 tiempo ordinario

¿Dónde tengo el corazón?

“El hijo mayor estaba en el campo y, llamando a uno de los criados, le preguntó qué pasaba. Este le dijo: Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano. Se indignó y no quería entrar” (Lc 15, 1-32)

El hermano del hijo pródigo es una imagen del hombre que vive para sí mismo: no le importa el bien de su hermano ni lo que causa alegría a su padre; critica el comportamiento de los demás, y no hace examen de su conducta. ¿Dónde estaba cuando llegó su hermano que no pudieron avisarle? ¿Por qué habla de su hermano con desprecio? ¿Qué tenía en su corazón para reprochar a su padre que a él no le había dado ni un cabrito? ¿Por qué no se lo había pedido nunca a su padre, es que no tenía confianza en él?

Con razón se ha puesto a este personaje como ejemplo de la tibieza en el orden espiritual, situación del que no pide perdón a Dios porque exteriormente no ha hecho nada escandaloso (no se marcha de la casa), pero interiormente vive muy lejos de Él, en su mundo triste y amargo.

Aquel chico no se había ido de la casa paterna, pero su corazón estaba muy lejos de las normas y costumbres de su casa, y no amaba lo que amaba su padre, ni con el interés de su padre. Estaba en su mundo, en sus cosas. Quería ser él el centro de atención, y ve en su hermano que acaba de llegar un competidor. Su amor propio le impide salir de sí mismo y amar a los demás.

A su padre, por el contrario, le importa su hijo que estaba perdido y ha vuelto. Y también invita a convertirse y a entrar en la fiesta al otro hermano. A Dios le importamos todos y cada uno, aún con nuestros errores y miserias. Siempre está a la espera de nuestro arrepentimiento para darnos mucho más de lo que imaginamos.

¿Dónde tengo el corazón? ¿En mí, en mis cosas, en mis planes? ¿Hay alguien que necesite de mí ahora? ¿Qué me están pidiendo los superiores, el director espiritual? ¿Me doy cuenta de que Dios espera una mirada mía, una oración, que esté pendiente de Él? ¿Entiendo que Dios quiere hacer una fiesta conmigo, que yo sea muy feliz ahora, pero que he de olvidarme de mi “cabrito”?

25 tiempo ordinario

Fidelidad

“Quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho; y quien es injusto en lo poco también es injusto en lo mucho. Ningún criado puede servir a dos señores, pues odiará a uno y amará al otro, o preferirá a uno y despreciará al otro” (Lc 16, 1-13)

Aunque nos parezca que en ocasiones somos incoherentes entre lo que pensamos y lo que hacemos, en el fondo puede que no haya tal incoherencia. Siempre hay un fondo dentro de nosotros mismos que es de donde sale lo que realmente amamos, donde tenemos en definitiva nuestro corazón. Es verdad que todos podemos tener fallos, errores o pecados, pero una cosa es esa, y otra que se vayan repitiendo esos detalles “sorprendentes”.

Por los detalles pequeños que salen como gotas podemos averiguar que existe una veta de agua, una raíz de la que sale una y otra vez ese mal humor, el espíritu de crítica, la falta de pobreza, la falta de puntualidad, el descuido de los sentidos, etc. Cada uno tiene sus preferencias, sus amores. Quien prefiere de modo habitual acabar de ver la televisión o no levantarse puntual por la mañana y retrasa la oración o descuida la puntualidad en el trabajo, no debe engañarse: las prioridades que uno tiene manifiestan dónde tiene su corazón, qué es lo que ama más.

No nos engañemos: el que no es fiel en lo poco, tampoco lo es en lo mucho. El Señor, que es comprensivo ante la debilidad, es tajante ante esa debilidad consentida y habitual: es preciso aclararse y tomar una decisión: o Dios o el otro dios del orgullo, de la sensualidad, de la vanidad, de la pereza,... Es preciso ir a la vena de donde sale ese agua sucia, ir a la raíz y cortarla en la oración y con la penitencia. Porque o somos buenos o somos malos. Lo que no debemos es ser tontos.

La fidelidad es la perseverancia en el amor, y se juega normalmente en los detalles pequeños. Las grandes deslealtades no surgen de pronto. Cuando se cae el techo de una casa suele ser por no haber reparado las goteras ni haber quitado la carcoma de las vigas.

Quiero poner esfuerzo, Señor, para ser coherente en el bien. Lucharé en los detalles pequeños para demostrarte que te quiero, que quiero serte fiel.

26 tiempo ordinario

El infierno existe

“Pero replicó Abrahán: «Tienen a Moisés y a los Profetas. ¡Que los oigan!» El dijo: «No, padre Abrahán; pero si alguno de entre los muertos va a ellos, se convertirán». Y les dijo: «Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque uno de los muertos resucite»” (Lc 16, 19-31)

Que oigan a Moisés y los Profetas, Dios ha hablado y no habla en balde, Dios no juega con los hombres. Si les habla espera una respuesta: la vida es respuesta a la llamada (vocación) de Dios. Toda vida es respuesta, y toda la vida es respuesta. En esta vida caben teorías, engañarse, y escaparse de la voz de Dios, pero a Dios no se le engaña. Hay una responsabilidad por conocer el Evangelio y vivirlo: ahí está el catecismo de la Iglesia Católica, con sus cuatro partes: los contenidos revelados por Dios (los Profetas), la Liturgia, la Ley de Moisés y la Ley de Cristo, y cómo hemos de orar.

Nadie puede decir que no lo sabía. «La ignorancia de las leyes no exime de su cumplimiento», este principio establecido en los Códigos civiles expresa la seriedad con que se ha de vivir en sociedad. Con la misma seriedad –por lo menos– hay que vivir las cosas que se refieren a Dios. Detrás de la muerte hay cielo o infierno, ésa es la realidad y ahí no valen las teorías, opiniones ni estadísticas. Es muy fácil decir que el infierno no existe para no tener que vivir tal y como se debe y como nos interpela hoy la palabra de Dios. Cada uno decide su suerte.

La enseñanza de Jesucristo con esta parábola es clara y nítida. En el cielo no se tendrá pena de los que se condenan para siempre y sufren tormentos horribles sin nunca acabar, porque hay tal distancia que ni se sabrá que existen. No hay lástima, pues cada uno recibe según lo que ha querido.

Señor, te pido por aquellos por aquellos que no quieren creer en tus palabras (la Ley y los Profetas) y, en cambio, acuden a pretendidos espíritus de muertos que vagan por el mundo o invocan al diablo. Te pido para que tengan la oportunidad de enterarse de la verdad y sean humildes para reconocerla.

Te ruego también por los que no quieren pensar en las verdades eternas, para que no se engañen y quieran aceptar la realidad de la vida presente, que es vivir de cara a Ti.

27 tiempo ordinario

Todo lo hizo bien

“Pues igual vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: somos unos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer” (Lc 17, 5-10)

Cuando Dios creó el mundo, echó una mirada sobre él y vio que era bueno, tenía bondad, pero además estaba bien hecho, acabado perfectamente hasta en sus últimos detalles. Y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y lo puso en la tierra para que trabajara, para que trabajara a su semejanza, es decir, que hiciera obras buenas y que estuvieran bien hechas. No es pedir demasiado al hombre que trabaje bien, porque eso es lo que debe de hacer. La chapuza, que exige retocar el trabajo mal acabado no es sólo una deficiencia técnica, sino un desorden de la persona.

Como un resumen de su vida, de Jesús dijeron que *todo lo hizo bien* (Hch 10.38). Explicó toda la doctrina y la redención la llevó a cabo a la perfección, hasta el punto de poder decir al Padre: *he llevado a cabo la obra que me encomendaste hacer* (Jn 17,4), y en la Cruz: *Todo está cumplido* (Jn 19,30), he hecho todo lo que tenía que hacer, y bien hecho.

Cada día hemos de trabajar bien, con rectitud de intención, sin la mirada retrospectiva de autocomplacencia, sin alardear de lo que hacemos, porque es lo que debemos hacer. Ir haciendo el bien, y haciéndolo bien, ha de ser un lema de nuestra vida; para ayudar a los demás y para ofrecérselo a Dios. Dios lo está viendo y basta.

El Beato Josemaría Escrivá lo explicó innumerables veces: «Sí, siempre la misma cosa. Pero esa tarea vulgar —igual que la que realizan tus compañeros de oficio— ha de ser para ti una continua oración, con las mismas palabras entrañables, pero cada día con música distinta. Es misión muy nuestra transformar la prosa de esta vida en endecasílabos, en poesía heroica» (*Forja*, 500).

Me gustaría decirte, Señor, el último día de mi vida: he hecho todo lo que debía de hacer, lo que Tú esperabas de mí; y como está bien terminado, te lo puedo ofrecer. Quiero ser yo mismo la obra bien terminada del Espíritu Santo. Hoy quiero trabajar así, bien hechas las cosas, en tu presencia para poder ofrecértelas.

28 tiempo ordinario

Ser agradecidos

“Uno de ellos, al verse curado, se volvió glorificando a Dios a gritos, y se fue a postrarse a sus pies dándole gracias. Era samaritano. Ante lo cual dijo Jesús: «¿No son diez los que han quedado limpios? Los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino sólo este extranjero?»” (Lc 17, 15-18)

Jesús era muy humano, tenía sentimientos, y echó en falta el agradecimiento en aquellos otros nueve leprosos a los que había curado. No por Él, sino por ellos. Y Jesús sigue vivo, también como Hombre. Es de bien nacidos el ser agradecidos. ¡Y nosotros tenemos que agradecer a Dios tantas cosas: la vida, la salud, el ser cristianos, la paz social, los alimentos,...!

Tenemos que acostumbrarnos a dar las gracias, de verdad, a Dios y a los demás. Es reconocer lo que hacen por nosotros, y que sin ellos no seríamos lo que somos. Una buena parte de nuestra oración ha de ir por este derrotero. La oración se teje con cuatro hilos, que cada vez se van haciendo más fuertes: adorar alabando, dar gracias, pedir perdón, y pedir por personas y pedir cosas. Dios está dispuesto a darnos lo que necesitemos, pero, de algún modo, se siente más movido a concedernos lo que le pedimos cuando le hemos dado gracias por lo que ya nos ha concedido. Así, al menos, sucede con los hombres.

No es cuestión de táctica para conseguir algo o de buena educación, ha de ser en nosotros una actitud de profunda humildad, de reconocimiento a quien nos hace un favor, aunque por su trabajo debiera de hacerlo. Dar las gracias es una forma de demostrar nuestro amor.

Hoy, Señor, te damos gracias, por la vida, la tierra y el sol. Hoy queremos cantar las grandezas de tu amor. Gracias, Jesús, porque quisiste venir a compartir nuestro mundo para curarnos del pecado, porque te entregaste por cada uno de nosotros como si fuéramos el único amado. Gracias, Espíritu Santo, porque no cesas de santificarnos, porque no te cansas de llamarnos a una vida nueva. Gracias, Padre, por las personas que has puesto a nuestro lado y nos han ayudado. Concédeles reconocer tu ayuda y otórgales la actitud de ser agradecidos.

29 tiempo ordinario

Presencia de Dios

“Les proponía una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desfallecer, diciendo: En cierta ciudad había un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. También había en aquella ciudad una viuda, que acudía a él diciendo: «Hazme justicia ante mi adversario». Y durante mucho tiempo no quería»” (Lc 18, 1-4)

Nos cuesta tener presencia de Dios, precisamente porque no tenemos esa costumbre. Pero podemos llegar a que sea algo continuo como el respirar. Es llamativo cómo el perro adiestrado mira una y otra vez a su amo antes de hacer cualquier cosa o simplemente para saber dónde se encuentra. Y es llamativa la presencia del amado o la amada ausente en el día y la noche del amante. Su ausencia provoca una presencia que llena el pensamiento, que lo atrae como un imán, continuamente.

En los evangelios aparece cómo Jesús con frecuencia alababa a su Padre. Hoy nos insiste en que hemos de rezar de modo habitual. San Pablo concretará incluso: *ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Co 10,31). De una u otra manera, Dios ha de ser el punto de referencia siempre. No como alguien a quien se teme, sino como el amado a quien se recuerda y se acude.

Esta presencia habitual de Dios nos evitará muchas preocupaciones y ligerezas a la hora de hablar; y sobre todo dará un tono sobrenatural a lo que hagamos. Hemos de alabar a Dios, adorarle, darle gracias por tantas cosas, pedirle por personas y asuntos, pedirle perdón. ¡Podemos hacer tantos actos de amor y desagravio a lo largo del día!, tantas jaculatorias (que significa saeta) que suban como flechas encendidas de amor hasta Dios y la Santísima Virgen. Dios nos ama aunque no nos demos cuenta. Es la gran realidad. Por eso no puede ser el gran ausente, sino el gran amado, cuyo recuerdo atrae, cuya presencia llena el corazón y el día entero.

Señor, sé que tu presencia continua es un don que Tú das sin merecerlo. Pero también es verdad que hay que buscarlo. Yo procuraré esforzarme por elevar mi corazón hacia Ti en tales y cuales ocasiones.

30 tiempo ordinario

La presunción

“Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, quedándose de pie, oraba para sus adentros: Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás...el publicano, en cambio, quedándose lejos, ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Oh Dios ten compasión de mí que soy un pecador” (Lc 18, 9-14)

Se aprecia en el Antiguo Testamento que la relación de los hombres con Dios estaba transida por el temor de Dios. Esta expresión se repite sin cesar en la Biblia evocando sentimientos de obediencia, de fidelidad, de culto debido a Yahvé. El día de la caída, Adán y Eva, culpables, tiemblan de temor al oír la voz de Dios. Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios. La Ley del Sinaí fue dada entre relámpagos y truenos: era la Ley del temor, que regiría al pueblo de Dios para que los hombres no hicieran el mal. Es el tema de fondo de muchos salmos.

Dos aspectos del temor a Yahvé recorren todo el Antiguo Testamento: el sentido de la trascendencia divina y la conciencia de la propia indignidad del pecador. Sólo Dios es el Santo, el Fuerte, el Todopoderoso, el Rey Soberano. La santidad de Dios en oposición a nuestra miseria de pecadores fue uno de los temas centrales de la predicación de los profetas. Como dirá san Agustín, la gran diferencia entre los dos Testamentos es el paso del temor al amor. El Espíritu Santo, que infunde el espíritu de temor en los hijos de Dios, mueve al amor, no a tener miedo a Dios. Sin embargo, con esta parábola Jesús alerta de que no debemos ser autosuficientes.

El temor del que se habla en el Antiguo Testamento era imperfecto, pero no era algo reprochable: es la condición para tener confianza y obedecer a Dios. El libro del Apocalipsis volverá a insistir en la trascendencia de Dios y en la condena para aquellos que, confiando en la «bondadosidad» de Dios, no hacen lo que Dios desea.

Quiero hacer mía, Señor, la oración del publicano; que sólo busque cumplir tu voluntad, que no pierda de vista mi condición de pecador, mi fragilidad; que no quiera separarme de tu mano, ir por mi cuenta, incluso presumiendo.

31 tiempo ordinario

Zaqueo cambió

“Cuando Jesús llegó al lugar, levantando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me hospede en tu casa». Bajó rápido y lo recibió con gozo. Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y si he defraudado en algo a alguien le devuelvo cuatro veces más»” (Lc 19, 1-10)

Zaqueo se acerca al lugar por donde va a pasar Jesús. A veces es la curiosidad lo que hace que alguien se acerque a un santuario mariano, a una iglesia, o le lleve a preguntar a un sacerdote. Otras veces, sin embargo, no se quiere ir a ese encuentro, no sea que uno advierta que tendría que convertirse y cambiar de vida. Ese encuentro de Zaqueo con Jesús fue decisivo para él. Reconoció sus errores, reparó sus pecados y cambió de vida. La consecuencia de todo ello fue la alegría. Para Zaqueo, posiblemente, fue un encuentro fortuito, casual; para Jesús no: Jesús conocía a Zaqueo sin que él lo supiera desde hacía mucho tiempo y le llamó por su nombre.

En nuestra conciencia nos damos cuenta de la voz de Dios que nos pide ese cambio, ese acercamiento al sacramento del perdón. Son necesarias cinco cosas: examinar la conciencia para ver lo que hemos hecho mal, tener dolor de los pecados y detestarlos, con propósito de no volver a cometerlos, decir los pecados al confesor, y estar dispuestos a reparar y a cumplir la penitencia que nos fuere impuesta.

Es muy sencillo recibir el perdón de Dios y llegar a tener la alegría del corazón, pero hemos de superar dos obstáculos: la soberbia, el no estar dispuestos a bajarnos de nuestro árbol porque allí tenemos nuestra seguridad, nuestra autosuficiencia (aunque estemos verdaderamente incómodos) y la pereza para ir al sacerdote y recorrer los cinco pasos.

Señor que me buscas y me esperas, que sólo deseas mi bien, que eres compasivo y rico en clemencia, auméntame la humildad, dame un corazón nuevo. Yo quiero salir a tu encuentro, porque no es sólo mi alegría, es que sé que te doy una alegría, y es fiesta en el cielo, cada vez que acudo a este sacramento.

32 tiempo ordinario

No querían creer

“Se le acercaron algunos de los saduceos, los cuales niegan la resurrección, y le preguntaron: Maestro, Moisés nos dejó escrito que si el hermano de uno muere dejando mujer, y éste no tiene hijos, su hermano la tomará por mujer y dará descendencia a su hermano. Pues bien, eran siete hermanos... en la resurrección, la mujer ¿de quién será esposa?” (Lc 20, 27-38)

Hay quienes no tienen fe y plantean cuestiones doctrinales con el buen deseo de aprender. Pero hay otros que ni creen ni tienen interés en descubrir la verdad, y cuando plantean a los cristianos ese tipo de preguntas lo hacen con el fin de poner en aprietos, como intentando justificar su increencia alegando que las respuestas no les convencen. Los saduceos no creían en la resurrección y plantean a Jesús una cuestión para ponerle en un aprieto. Jesús, sin embargo, les da la respuesta. Todo lo que los cristianos creemos es razonable. Hay algunos misterios cuya verdad última se nos escapa, y hay que hacer un acto de fe, pero tienen su razón de ser y pueden explicarse muchas cosas al respecto. Y siempre se puede razonar que la postura contraria es falsa.

Es necesario que los cristianos conozcamos bien las razones de la fe, porque nosotros no creemos irracionalmente; nos planteamos también las cuestiones morales: por qué vivimos la castidad o la obediencia, por qué no utilizamos la violencia, por qué la eutanasia es un mal, etc., y damos razón de nuestras convicciones a todo el que nos pregunte.

No hemos de tener miedo a dialogar, a resolver las dudas que nos plantean. Pero también hemos de percatarnos de la intención, de la buena o mala voluntad de quien pregunta, de su seriedad o su superficialidad ante la verdad, porque quien no quiere creer, aunque se le parezca un ángel, no creerá.

Auméntanos la fe a los cristianos, Señor, para que nos interese conocer mejor las verdades y nos atrevamos a hablar de temas importantes con nuestros amigos. Y auméntales la humildad a ellos para que puedan creer.

33 tiempo ordinario

El templo de Dios

“Como algunos le hablaban del Templo, que estaba adornado con bellas piedras y ofrendas votivas, dijo: «Vendrán días en los que esto que veis no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida»... El dijo: «Mirad, no os dejéis engañar»” (Lc 21, 5-19)

El Templo de Jerusalén era para los judíos de entonces el punto de referencia, donde habitaba Dios. Pensaban, por eso y por la consistencia de los materiales, que nunca sería destruido. Era hermoso, era su orgullo. Jesús predice su destrucción, que tuvo lugar el año setenta, cuando las tropas romanas sitiaron y tomaron la ciudad bajo el mando del general Tito. Un arco de triunfo en el foro romano conserva un altorrelieve que conmemora el saqueo y destrucción de aquella maravilla.

Hay quienes cuidan su cuerpo y le rinden una especie de culto como si fuera su mayor bien. Como si la salud fuera su tesoro, que contiene a su “yo”. No quieren pensar que ese templo un día será destruido, quizá hacia el año setenta de sus vidas, y que será totalmente destruido, reducido a polvo. Porque Dios nos sacó del polvo de la tierra y al polvo volveremos hasta nuestra resurrección. San Pablo exclama: *¿No sabéis que sois templos de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1 Co 3,16), y también que *llevamos este tesoro en vasos de barro* (2 Co 4,7). El gran tesoro es la gracia de Dios que afecta nuestra alma y nuestro cuerpo. Es a Dios a quien hay que dedicar tiempo (la oración y los sacramentos), a quien hay que rendir culto.

Hemos de plantearnos cuánto tiempo dedicamos a las necesidades del cuerpo y cuánto a formar nuestra conciencia y a las prácticas de piedad. Sería una pena que uno descubriera el verdadero sentido de su vida justo cuando se muere, al comprobar la vaciedad de su vida, la necesidad de sus ilusiones. Hoy se nos sugiere plantearnos seriamente estas verdades.

Señor, que no nos dejemos engañar por los señuelos de la vida, que valoremos la importancia de formar nuestra conciencia y de participar en los sacramentos. Haznos ver hoy la trascendencia de cada día, de cada acción, la necesidad de vivir en gracia.

Jesucristo, Rey del universo

Reinar desde la Cruz

“Uno de los ladrones crucificados le injuriaba diciendo: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nos»otros. Pero el otro... decía: «Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino». Y le respondió: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso»” (Lc 23, 39-43)

Si el mundo ha sido creado y recreado en el Verbo, y el Verbo se ha encarnado hasta tal punto de morir en la Cruz, ésta ha de ser la clave del universo, de la historia y de cada hombre. Los hombres pasan, los imperios también, y las fortunas económicas y los honores. Sólo una cosa permanece: *Stat Crux dum volvitur orbis*, como reza el lema de los cartujos. En la Cruz un hombre, y sobre su cabeza un cartel que afirma: Rey. Es engañoso el mundo al prometer la felicidad a través del triunfo, de la prepotencia, la astucia, el salirse con la suya, o el ser alguien.

Cristo reina desde la cruz, desde el trono de la obediencia y el amor al Padre, desde la entrega sin condiciones. Y desde ahí, desde el sufrimiento, lanza su última palabra – *verbum crucis*– para que el hombre rasgue su corazón, se convierta y aprenda a reinar con Él desde ese solio real. La disyuntiva es clara, o se vive para Dios (en la obediencia, la entrega, el servicio), o se vive egoístamente y, en definitiva, en el fracaso. San Pablo dice en momentos difíciles: *Nosotros predicamos a Cristo crucificado; escándalo para los judíos, necedad para los gentiles* (1 Co 1,23). Es preciso ser humilde y tener sentido sobrenatural para estar en la verdad y ver las cosas como las ve Dios. Cristo es la última palabra, la última verdad del hombre. Quien le sirve, reina como hijo de Dios.

Señor, yo reconozco que Tú eres el Rey de los hombres y de la creación. Te pido lo que te pidió el ladrón arrepentido: llévame al Paraíso. Creo que Tú eres Rey, y deseo que reines en mi corazón; yo procuraré seguirte, en la obediencia al Padre, en el servicio, en la entrega, en el sufrimiento, llevando la cruz de cada día. Dame tu gracia y fortaleza para cuando las fuerzas me falten.

ÍNDICE

Año A

1 de Adviento (<i>Preparar el corazón</i>)
2 de Adviento (<i>Templanza</i>)
3 de Adviento (<i>Apostolado</i>)
4 de Adviento (<i>La vocación de José</i>)
Sagrada Familia (<i>Obedecer a Dios</i>).....
2 de Navidad (<i>Dios entre nosotros</i>)
Bautismo de Jesús (<i>La Gracia de Dios</i>)
2 ordinario (<i>Quitar el pecado</i>)
3 ordinario (<i>La vocación</i>).....
4 ordinario (<i>Las Bienaventuranzas</i>)
5 ordinario (<i>Evangelizar</i>)
6 ordinario (<i>Perdonar las ofensas</i>).....
7 ordinario (<i>Porque es bueno</i>)
8 ordinario (<i>La providencia divina</i>).....
9 ordinario (<i>Edificar sobre roca</i>).....
1 de Cuaresma (<i>La verdadera doctrina</i>).....
2 de Cuaresma (<i>El peligro de la rutina</i>).....
3 de Cuaresma (<i>Remover los corazones</i>).....
4 de Cuaresma (<i>Asombrarse ante Dios</i>)
5 de Cuaresma (<i>Dios nos ama</i>)
Domingo de Ramos (<i>¿A qué has venido?</i>).....
Resurrección (<i>Cristo vive</i>).....
2 de Pascua (<i>Dar paz</i>).....
3 de Pascua (<i>Castidad</i>)
4 de Pascua (<i>Para qué la libertad</i>)
5 de Pascua (<i>Conocer a Jesucristo</i>)
6 de Pascua (<i>El Santificador</i>)
Ascensión (<i>Proselitismo</i>)
Pentecostés (<i>El sacramento del perdón</i>)
Sma. Trinidad (<i>La vida divina</i>).....
Corpus Christi (<i>La unión del amor</i>).....
10 ordinario (<i>Médico divino</i>)
11 ordinario (<i>Darse gratis</i>).....
12 ordinario (<i>Lo que aparta de Dios</i>).....
13 ordinario (<i>Desprendimiento del corazón</i>).....
14 ordinario (<i>Cansados y agobiados</i>).....
15 ordinario (<i>La tibieza</i>)
16 ordinario (<i>Tolerancia</i>).....
17 ordinario (<i>El tesoro</i>)
18 ordinario (<i>Bendecir al Señor</i>)

19 ordinario (<i>Fe</i>).....
20 ordinario (<i>El silencio de Dios</i>).....
21 ordinario (<i>Conocer el cristianismo</i>).....
22 ordinario (<i>Morir para vivir</i>).....
23 ordinario (<i>Corrección fraterna</i>).....
24 ordinario (<i>Perdonar siempre</i>).....
25 ordinario (<i>Trabajar en la viña</i>).....
26 ordinario (<i>Rectificar hoy</i>).....
27 ordinario (<i>Dar fruto</i>).....
28 ordinario (<i>Encuentro dominical</i>).....
29 ordinario (<i>Ir a Misa</i>).....
30 ordinario (<i>El primer mandamiento</i>).....
31 ordinario (<i>Hacer y callar</i>).....
32 ordinario (<i>Con la lámpara encendida</i>).....
33 ordinario (<i>Somos distintos</i>).....
Cristo Rey (<i>Servir es reinar</i>).....

Año B

1 de Adviento (<i>Estad preparados</i>).....
2 de Adviento (<i>Pureza de corazón</i>).....
3 de Adviento (<i>Dar luz</i>).....
4 de Adviento (<i>Mirar a la Mujer</i>).....
Sagrada Familia (<i>Rezar en familia</i>).....
Epifanía (<i>Día de regalos</i>).....
Bautismo de Jesús (<i>Hijos de Dios</i>).....
2 ordinario (<i>Encontrar a Jesús</i>).....
3 ordinario (<i>Seguidme</i>).....
4 ordinario (<i>Libres para amar</i>).....
5 ordinario (<i>Todos te buscan</i>).....
6 ordinario (<i>Dejarse curar</i>).....
7 ordinario (<i>Por la fe de ellos</i>).....
8 ordinario (<i>Vino nuevo</i>).....
9 ordinario (<i>Libertad de espíritu</i>).....
1 de Cuaresma (<i>El peso del amor</i>).....
2 de Cuaresma (<i>¿Quién es Jesús?</i>).....
3 de Cuaresma (<i>No podemos callar</i>).....
4 de Cuaresma (<i>La luz de la conciencia</i>).....
5 de Cuaresma (<i>La cruz</i>).....
Domingo de Ramos (<i>Eloí, Eloí</i>).....
Resurrección ver año A
2 de Pascua ver año A
3 de Pascua (<i>Dios y hombre</i>).....
4 de Pascua (<i>El Buen Pastor</i>).....

5 de Pascua (<i>Sarmientos de la vid</i>).....	
6 de Pascua (<i>Declaración de amor</i>).....	
Ascensión (<i>Fuego en la tierra</i>).....	
Pentecostés	ver año A
Sma. Trinidad (<i>Es de noche</i>)	
Corpus Christi (<i>Jesús Sacramentado</i>)	
10 ordinario (<i>Abiertos a la verdad</i>)	
11 ordinario (<i>Paciencia</i>)	
12 ordinario (<i>En la tormenta</i>)	
13 ordinario (<i>Querer de verdad</i>).....	
14 ordinario (<i>Los obstáculos</i>)	
15 ordinario (<i>Necesidad de la pobreza</i>).....	
16 ordinario (<i>Descanso</i>)	
17 ordinario (<i>Comprometerse</i>).....	
18 ordinario (<i>Pan de vida</i>).....	
19 ordinario (<i>Vida eterna</i>).....	
20 ordinario (<i>Vivir con Cristo</i>)	
21 ordinario (<i>Nosotros hemos creído</i>).....	
22 ordinario (<i>Corazón recto</i>)	
23 ordinario (<i>Sinceridad</i>)	
24 ordinario (<i>Sentido sobrenatural</i>)	
25 ordinario (<i>Ser los últimos</i>).....	
26 ordinario (<i>El escándalo</i>).....	
27 ordinario (<i>Lo que une</i>).....	
28 ordinario (<i>Ven y sígueme</i>).....	
29 ordinario (<i>Queremos triunfar</i>)	
30 ordinario (<i>Sentimentalismo</i>).....	
31 ordinario (<i>Todo por amor</i>)	
32 ordinario (<i>Generosidad</i>).....	
33 ordinario (<i>Juicio particular</i>)	
Cristo Rey (<i>Yo soy Rey</i>).....	

Año C

1 de Adviento (<i>Carpe diem</i>).....	
2 de Adviento (<i>Convertirnos</i>).....	
3 de Adviento (<i>Dirección espiritual</i>)	
4 de Adviento (<i>Bienaventurada seas</i>)	
Sagrada Familia (<i>¿Por qué sufrir?</i>)	
2 de Navidad	ver año A
Bautismo de Jesús (<i>Hijos en el Hijo</i>).....	
2 ordinario (<i>Lo que Tú digas</i>).....	
3 ordinario (<i>En el seno de la Iglesia</i>)	

4 ordinario (<i>Disposiciones interiores</i>)	
5 ordinario (<i>Retiro espiritual</i>)	
6 ordinario (<i>El secreto de la felicidad</i>)	
7 ordinario (<i>Amar a los enemigos</i>)	
8 ordinario (<i>La viga en el ojo</i>).....	
9 ordinario (<i>El respeto</i>).....	
1 de Cuaresma (<i>Las tentaciones</i>)	
2 de Cuaresma (<i>El esplendor de la verdad</i>).....	
3 de Cuaresma (<i>Espíritu de examen</i>).....	
4 de Cuaresma (<i>Ser hijo pródigo</i>)	
5 de Cuaresma (<i>No vuelvas a pecar</i>).....	
Domingo de Ramos (<i>Un burro como trono</i>).....	
Resurrección	ver año A
2 de Pascua	ver año A
3 de Pascua (<i>El poder de la obediencia</i>)	
4 de Pascua (<i>La Iglesia es comunión</i>)	
5 de Pascua (<i>Os reconocerán</i>)	
6 de Pascua (<i>Obras son amores</i>).....	
Ascensión (<i>Quédate con nosotros</i>)	
Pentecostés	ver año A
Sma. Trinidad (<i>Mirada de amor</i>)	
Corpus Christi (<i>El milagro eucarístico</i>).....	
10 ordinario (<i>¿Por qué lloras?</i>)	
11 ordinario (<i>El valor de los detalles</i>)	
12 ordinario (<i>Mortificación cristiana</i>).....	
13 ordinario (<i>El Corazón de Jesús</i>).....	
14 ordinario (<i>La misión</i>).....	
15 ordinario (<i>Vivir para los demás</i>)	
16 ordinario (<i>La mejor parte</i>)	
17 ordinario (<i>El Padrenuestro</i>).....	
18 ordinario (<i>Avaricia</i>).....	
19 ordinario (<i>En el silencio</i>)	
20 ordinario (<i>El signo de la espada</i>)	
21 ordinario (<i>Los que se salvan</i>).....	
22 ordinario (<i>Conocimiento propio</i>)	
23 ordinario (<i>Plantearse la vocación</i>)	
24 ordinario (<i>¿Dónde tengo el corazón?</i>)	
25 ordinario (<i>Fidelidad</i>).....	
26 ordinario (<i>El infierno existe</i>)	
27 ordinario (<i>Todo lo hizo bien</i>)	
28 ordinario (<i>Ser agradecidos</i>).....	
29 ordinario (<i>Presencia de Dios</i>)	
30 ordinario (<i>La presunción</i>).....	
31 ordinario (<i>Zaqueo cambió</i>).....	
32 ordinario (<i>No querían creer</i>).....	
33 ordinario (<i>El templo de Dios</i>).....	

Cristo Rey (*Reinar desde la Cruz*).....